

APIANO

HISTORIA  
ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

## INTRODUCCIÓN GENERAL

### 1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo<sup>1</sup>. A esta guerra

---

<sup>1</sup> «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida<sup>2</sup>. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano<sup>3</sup>. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procurator Augusti* o Augus-

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

<sup>2</sup> Cf. P. VIERECK y A. G. ROOS, *Appiani Historia Romana*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: VIERECK, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. MILLER, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. MÜLLER, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr. 607 A*, lo editó M. TREU en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

<sup>3</sup> H. G. PFLAUM, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, 2.<sup>a</sup> ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

*torum* que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le possibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo<sup>4</sup>.

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

---

<sup>4</sup> Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de NABER: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de HAINES, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. VIERECK, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos<sup>5</sup>. Para Millar<sup>6</sup>, ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

<sup>5</sup> F. MILLAR, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

<sup>6</sup> Véase *ob. cit.*, pág. 8.



Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.<sup>7</sup> Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»<sup>8</sup>.

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

<sup>7</sup> E. CHAMPLIN, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

<sup>8</sup> «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. GABBA, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes<sup>9</sup>. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

<sup>9</sup> Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. GRIFFITH, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio<sup>10</sup>, Paulo Clodio<sup>11</sup>, Jerónimo de Cardia<sup>12</sup>, César<sup>13</sup>, Augusto<sup>14</sup> y Asinio Polión<sup>15</sup>.

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo<sup>16</sup>, aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón<sup>17</sup> y Casio Hémina<sup>18</sup>.

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípato, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

<sup>10</sup> *Africa* 132.

<sup>11</sup> *Galia* I 3.

<sup>12</sup> *Mitrídates* 8.

<sup>13</sup> *Galia* XVIII; *Guerras Civiles* II 79.

<sup>14</sup> *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

<sup>15</sup> *Guerras Civiles* II 82.

<sup>16</sup> *Guerras Civiles* IV 47.

<sup>17</sup> *Galia* VI.

<sup>18</sup> *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia<sup>19</sup>. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría<sup>20</sup>. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

<sup>19</sup> Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtibero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

<sup>20</sup> Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio<sup>21</sup>.

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

<sup>21</sup> Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello<sup>22</sup>. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.<sup>23</sup>. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

<sup>22</sup> Cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

<sup>23</sup> *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. HERING, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.



en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitridates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*<sup>24</sup>.

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

<sup>24</sup> Cf. J. DOBIÁŠ, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Etudes sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas<sup>25</sup>. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

---

<sup>25</sup> Cf. GABBA, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba<sup>26</sup>, no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

---

<sup>26</sup> *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonesto y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthēs*, *próphasis tò phanerón* y *arkhē*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al unísono con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redundaba en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante



de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

## 2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

#### A) LA TRADICIÓN MANUSCRITA DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia*, *La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

*Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates* y los cinco libros de *Las Guerras Civiles*. Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia»*.

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales<sup>28</sup>. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr. 141 (V)*, de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr. 387 (B)*, que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr. 134 (V, J en Dilts)*, del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr. 37 (D)*, del siglo XV; el *Laurentianus 70.5 (1)*, del siglo XV; el *Parisinus gr. 1672 (F)*, de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr. 1642 (E)*, del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr. 141*, que contiene el *Prólogo*, el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia*, el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre Africa* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus LXX.26*, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya<sup>29</sup>. Respecto al *Prólogo*, Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

<sup>28</sup> Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's *Historia Romana*», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

<sup>29</sup> Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal*, Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr. 141* sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél<sup>30</sup>. En cambio, P. Maas<sup>31</sup> en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon<sup>32</sup> y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles*. Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) descende del primario *Marcianus* gr. 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus* gr. 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escorialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)<sup>33</sup>, en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)<sup>34</sup>. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con I, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

<sup>30</sup> Véase *Prefacio*, pág. XIII.

<sup>31</sup> *En Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles*.

<sup>32</sup> «*Questiones Appianeae*», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

<sup>33</sup> Cf. *Prefacio*, pág. XV.

<sup>34</sup> Cf. *art. cit.*, págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis (O)*»<sup>35</sup> los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis (i)*»<sup>36</sup>.

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)<sup>37</sup>. Según Dilts<sup>38</sup>, las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

<sup>37</sup> Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

<sup>38</sup> *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

<sup>39</sup> Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus (Romanorum y gentium)*, *De uirtutibus et uitiis*, y *De sententiis*<sup>40</sup>. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana*.

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escorialensis* destruido en un incendio en 1671<sup>41</sup>.

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus* gr. 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza*, *Sobre Italia*, *El libro samnita*, *Sobre la Galia*, *Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

<sup>40</sup> Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. BOISSEVAIN, C. DE BOOR, Th. BÜTTNER-WOBST y A. G. ROOS, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

<sup>41</sup> Cf. VIBRECK, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de BOISSEVAIN en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado<sup>42</sup>. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

---

<sup>42</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

*cerpta*, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad<sup>43</sup>. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo<sup>44</sup>. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

---

<sup>43</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

<sup>44</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.



cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*<sup>45</sup>.

B) EDICIONES DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre Africa*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitridates*, y los cinco libros de las *Gueras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnaldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deterioros. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

<sup>45</sup> Para más detalles, VJERECK, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg. A* y *B*, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr. 141* (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacensis gr. 374* (A), *Marcianus gr. 387* (B), *Vaticanus gr. 134* (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr. 1642* (E, *Reg. C* en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map*, en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles*. El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History*, con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Classical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1958 (2.<sup>a</sup> ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus*, con comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1970.

#### b) Ediciones de los «*Excerpta Constantiniana*».

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta*, que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia*. Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiiis*, a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980<sup>46</sup>.

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Angel Mai<sup>47</sup>, y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones<sup>48</sup>.

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos<sup>49</sup>.

### c) Traducciones.

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África*, *Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

<sup>46</sup> Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae*, París, 1634.

<sup>47</sup> El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis*, edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

<sup>48</sup> En 1830, J. LUCHT publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

<sup>49</sup> Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V<sup>50</sup>.

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

---

<sup>50</sup> Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

## BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique*.

- G. BRUNO SUNSERI, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.
- P. DESIDERI, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

- J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.
- H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.
- I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.
- , «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.
- H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.
- P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.
- A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano», *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.
- A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs I: Die Quellen von Appians Iberica 1-43*), Munich, 1927.
- , «Viriatius» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.
- , *Geschichte von Numantia = Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.
- W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

## VI

### SOBRE IBERIA

#### SINOPSIS

- 1-2. Geografía y pobladores de Iberia.
3. Argumento del libro *Sobre Iberia*.
- 4-5. Amílcar en Iberia. Su muerte.
6. Asdrúbal sucede a Amílcar en Iberia.
7. El Tratado del Ebro.
8. Muerte de Asdrúbal. Aníbal es elegido jefe.
9. Aníbal decide hacer la guerra a los romanos.
10. Aníbal cruza el Ebro y ataca Sagunto.
11. Embajada de los saguntinos a Roma.
12. Final de Sagunto.
13. Embajada romana a Cartago. Declaración de guerra.
14. Los Escipiones hacia Iberia.
15. Actuación conjunta de Publio y Gneo Cornelio Escipión en Iberia.
16. Muerte de los Escipiones.
17. Incremento del poderío cartaginés en Iberia.
18. Cornelio Escipión es elegido general para Iberia. Su partida.
19. Escipión en Iberia. Decide atacar Cartago Nova.
20. Ataque a Cartago Nova.
21. Escipión se da cuenta de que la marea deja desguarnecida una parte del muro.
22. La ciudad es capturada.
23. Recuento del botín conseguido en Cartago Nova.



24. Escipión prosigue su avance victorioso por Iberia.
25. Escipión acampa junto a Carmona.
26. Escipión infunde ánimos a sus soldados.
27. La batalla de Carmona.
28. Nuevos hechos victoriosos de Escipión, Asdrúbal parte hacia Italia.
29. Lelio es enviado a África.
30. Escipión acude a la corte de Sifax.
31. Hechos de armas de Marcio.
32. Cástax e Ilurgia.
33. Astapa.
34. Sedición en el ejército de Escipión.
35. Escipión toma medidas para sofocar la sedición.
36. La rebelión de las tropas es sofocada.
37. Indíbil. Masinissa se alía con Escipión.
38. Fundación de Itálica. Partida de Escipión hacia Roma. Nueva sublevación de Indíbil.
39. Catón es enviado a Iberia para sofocar una nueva sublevación.
40. Catón llega a Emporion y obtiene una victoria.
41. Estratagema de Catón para demoler todas las murallas de las ciudades a lo largo del Ebro.
42. Flaco marcha contra Complega.
43. Tiberio Sempronio Graco realiza una espléndida campaña en Iberia.
44. Segeda. Levantamiento de los belos y los titos.
45. Derrota de Nobílior y muerte de Caro.
46. Nobílior es derrotado junto a Numancia.
47. Sucesivos desastres de Nobílior.
48. Claudio Marcelo en Iberia.
49. Embajada de los celtíberos a Roma.
50. Marcelo firma un tratado de paz antes de la llegada de su sucesor Lúculo. Fin de la guerra de los belos, titos y arevacos.
51. Lúculo hace una incursión contra los vacceos.
52. Perfidia de Lúculo.
53. Asedio de Intercacia.
54. Escipión concluye la paz con los habitantes de Intercacia.
55. Intento frustrado de Lúculo contra Palantia.

56. Comienzo de la guerra lusitana.
57. Hechos de Mummio.
58. M. Atilio y Servio Galba en Iberia.
59. Operación conjunta de Lúculo y Galba en Lusitania.
60. Actuación infamante de Galba.
61. Vetilio en Iberia. Viriato.
62. Viriato es elegido jefe. Comienza la guerra de Viriato.
63. Derrota de Vetilio.
64. Derrota de Gayo Plaucio.
65. Fabio Máximo Emiliano en Iberia. Su victoria sobre Viriato.
66. Viriato y Quintio. Los arevacos, belos y titos comienzan otra guerra.
67. Fabio Máximo Serviliano en Iberia.
68. Viriato en Lusitania.
69. Serviliano, copado por Viriato, concluye con él un tratado de paz.
70. Cepión rompe el tratado.
71. Sexto Junio Bruto fracasa al intentar reprimir a algunas bandas de salteadores.
72. Expedición de Bruto contra los brácaros.
73. Bruto marcha contra Talábriga.
74. Muerte de Viriato.
75. Funerales y personalidad de Viriato.
76. La guerra numantina.
77. Pompeyo asume el mando. Termancia y Malia.
78. Pompeyo fracasa en su asedio a Numancia.
79. Actuación vergonzosa de Pompeyo. Popilio Lena en Iberia.
80. Mancino hace la paz y el senado la rechaza. Emilio Lépido en Iberia.
81. Emilio emprende la guerra contra la voluntad del senado.
82. Sucesivos fracasos de Emilio.
83. El senado desaprueba el tratado de Mancino y entrega a éste a los numantinos.
84. Escipión es elegido cónsul y parte hacia Iberia.
85. Restauración de la disciplina en el ejército.
86. Escipión somete al ejército a ejercicios continuos.
87. Escipión se traslada junto a Numancia. Su carácter previsor.

88. Escipión salva a Rutilio Rufo de una emboscada.
89. El cónsul romano escapa de una emboscada.
90. Numancia es rodeada con un muro.
91. Corte de las comunicaciones por el río.
92. Se completa el cerco de Numancia. Sistema de señales.
93. Los numantinos intentan romper el cerco en vano.
94. Proeza de Retógenes. Lutia.
95. Negociaciones entre el numantino Avaro y Escipión.
96. Los numantinos se rinden.
97. Reflexiones sobre el heroísmo de Numancia.
98. Escipión parte hacia Roma.
99. Breve resumen sobre hechos militares posteriores en Iberia.
100. Actuación vergonzosa de Didio.
101. Sertorio en Iberia.
102. Iberia bajo César y Augusto.

Los montes Pirineos se extienden desde el mar Tirreno hasta el océano septentrional. Habitan su parte oriental los celtas, que hoy día se llaman gálatas y galos, y la parte occidental, los iberos y celtíberos, que comienzan en el mar Tirreno y se extienden formando un círculo a través de las columnas de Hércules hasta el océano septentrional. Por consiguiente, Iberia está rodeada por el mar, a excepción de los Pirineos, los montes más altos de Europa y, tal vez, los más abruptos de todos. De este entorno marítimo recorren, en sus travesías, el mar Tirreno hasta las columnas de Hércules, pero no cruzan el océano occidental y septentrional, excepto para atravesarlo hasta el país de los britanos y, para ello, se ayudan de las corrientes marinas. La travesía tiene una duración de un día y medio<sup>1</sup>. El resto de este océano no lo surcan ni los romanos ni

---

<sup>1</sup> El tiempo es increíblemente corto. El error tal vez se deba a las ideas equivocadas que los antiguos tenían sobre la posición de Iberia y de las Islas Británicas, estas últimas en los confines del mundo conocido, así como la propia Iberia.

los pueblos sometidos a ellos. La extensión de Iberia —a la que algunos ahora llaman Hispania, en vez de Iberia— es enorme e increíble como para tratarse de un solo país, puesto que su anchura se evalúa en diez mil estadios y su longitud es igual a su anchura. La habitan pueblos numerosos y de nombres variados y fluyen, a través de ella, muchos ríos navegables.

- 2 No es mi propósito, ya que sólo escribo una historia de Roma, preocuparme con detalle de qué pueblos se piensa que fueron sus primeros pobladores y quiénes la poseyeron después de éstos. Sin embargo, me parece que en algún momento los celtas, después de atravesar el Pirineo, la habitaron fusionándose con los nativos, lo que explica, por tanto, también el nombre de celtíberos. De igual modo, me parece que los fenicios, navegando con frecuencia hasta Iberia desde época remota por razones de comercio, se asentaron en una parte de ella. Asimismo, los griegos, al llegar hasta Tartesos y su rey Argantonio<sup>2</sup>, también algunos se quedaron en Iberia. Pues el reino de Argantonio estaba en Iberia. Y creo que Tartesos era entonces una ciudad a orillas del mar, la que hoy día se llama Carpesos. El templo de Hércules que se encuentra en el estrecho lo erigieron, según creo, los fenicios. Y todavía en la actualidad

---

<sup>2</sup> Argantonio, mítico rey de Tartesos, una región del sur de Iberia situada en el curso medio y bajo del Betis (Guadalquivir). El nombre de Tartesos se le dio también al río y a la ciudad situada en su desembocadura. Tal vez fue visitada por los minoicos. Los fenicios la ocuparon temporalmente. En el 650 a. C. aprox., Coleo de Samos fue desviado hasta allí. En torno al 600 vinieron focenses que entablaron amistad con el poder de Tartesos. El comercio de Tartesos con los fenicios, cartagineses y con los britanos la hicieron, junto con su riqueza minera, proverbialmente rica. La ciudad fue destruida por los cartagineses en torno al 500. Los geógrafos la confundieron con Gades. Tartesos fue, probablemente, la ciudad bíblica de Tarshish. Carpesos puede ser una variante mal interpretada por Apiano.

se celebran ceremonias religiosas a la manera fenicia y su dios no es el Hércules Tebano, sino el Tirio<sup>3</sup>. Queden, sin embargo, estos asuntos para los que tratan de épocas remotas.

A este país afortunado y lleno de grandes riquezas <sup>3</sup> comenzaron a explotarlo los cartagineses antes que los romanos. Una parte de él la poseían ya y la otra la saqueaban, hasta que los romanos, tras haberlos expulsado, ocuparon de inmediato las regiones de Iberia que tenían los cartagineses. Y llegando a dominar el resto del país después de mucho tiempo y esfuerzo, y pese a las numerosas defecciones de los territorios ya ocupados, la dividieron en tres partes y enviaron a tres pretores. De qué modo llegaron ellos a someter a cada una y cómo lucharon con los cartagineses por su posesión y, después de éstos, con los iberos y celtíberos, lo mostrará este libro, que contiene una primera parte relativa a los cartagineses. Y puesto que este asunto era concerniente a Iberia, me fue necesario introducirlo en la historia de Iberia, por la misma razón por la que también los sucesos acaecidos entre los romanos y los cartagineses en relación con Sicilia, desde el comienzo de su invasión y su poder en la isla, se encuentran insertos en mi historia siciliana.

La primera guerra entre romanos y cartagineses fue <sup>4</sup> una guerra extranjera por la posesión de Sicilia, librada en la propia Sicilia, y la segunda fue ésta de Iberia y

---

<sup>3</sup> El santuario más famoso de Iberia y uno de los más importantes de toda la Antigüedad era el que, en Cádiz, estaba consagrado al Hércules Gaditano, rival del Melkart de Tiro. Su culto fue traído por los primeros colonos fenicios a finales del segundo milenio a. C. Se conoce bastante bien el templo de Cádiz y el ritual, gracias a las descripciones de los historiadores antiguos que se han ocupado de él (cf. más detalles en A. TOVAR y J. M. BLÁZQUEZ, *Historia de la Hispania Romana*, Madrid, 1975, págs. 178 y sigs.).

en la propia Iberia. En el transcurso de ella, también ambos contendientes, navegando con grandes ejércitos, saquearon mutuamente sus territorios, unos Italia y otros África. La comenzaron alrededor de la ciento cuarenta olimpiada más o menos, cuando disolvieron los tratados que habían concertado al final de la guerra de Sicilia. El motivo de la ruptura fue el siguiente. Amílcar, de sobrenombre Barca, cuando precisamente en Sicilia mandaba las fuerzas cartaginesas, prometió dar abundantes recompensas a sus mercenarios celtas y a los aliados africanos. Al serle reclamadas éstas por aquéllos, una vez que retornó a África, los cartagineses se vieron envueltos en la guerra de África, en el curso de la cual sufrieron numerosos reveses a manos de los propios africanos y entregaron Cerdeña a los romanos en compensación por las afrentas causadas a sus mercaderes en esta guerra de África. Por consiguiente, cuando sus enemigos lo hicieron comparecer a juicio por considerarlo, por estos motivos, el responsable de tantas calamidades para su patria, Amílcar, tras asegurarse el favor de todos los hombres de Estado —de entre los que era el más popular Asdrúbal, que estaba casado con una hija del propio Amílcar—, eludió el juicio e, incluso, cuando tuvo lugar una sublevación de los númidas, consiguió ser elegido general contra ellos en compañía de Annón, llamado el Grande, sin haber rendido cuentas todavía de su anterior generalato<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Existe una gran controversia entre los autores antiguos y modernos sobre las causas de la intervención cartaginesa en Iberia. En ambos casos se observan dos bloques: los que afirman que dicha intervención se debió a un acto motivado por el afán imperialista de los Barcas, al tiempo que una vía de escape para solventar sus dificultades en la política interna de su país cara a sus rivales (así APIANO, *Ib.* 5; *An.* 2; ZONARAS [DIÓN CASIO], VIII 17; DIODORO, XXV 8, 10, y CORNELIO NEPOTE, *Amíl.* 3, estos últimos no tan explícitos como los primeros —más

Una vez que acabó la guerra y se hizo regresar a <sup>5</sup> Annón a Cartago para responder de ciertos cargos, Aníbal, que se hallaba él solo al frente del ejército y tenía a su cuñado Asdrúbal como asociado suyo, se dirigió hacia Gades y, tras cruzar el estrecho hasta Iberia, se dedicó a devastar el territorio de los iberos, que no le habían causado daño alguno. Hacía de ello una ocasión para estar fuera de su patria, para realizar empresas y adquirir popularidad; en efecto, todo lo que apresaba, lo dividía, y daba una parte al ejército con el fin de tenerlo más presto a cometer desafueros en su compañía, otra parte la enviaba a Cartago y una tercera la repartía entre los políticos de su propio partido. Finalmente, los reyes iberos y todos los otros hombres poderosos, que fueron coaligándose gradualmente, lo mataron de la siguiente forma: llevaron carros cargados de troncos a los que uncieron bueyes y los siguieron provistos de armas. Los africanos al verlos se echaron a reír, al no comprender la estrategia<sup>5</sup>, pero cuando estaban muy próximos, los iberos prendieron fuego a los carros tirados aún por los bueyes y los arrearon contra el enemigo. El fuego, expandido por todas partes al diseminarse los bueyes, provocó el desconcierto de los africanos. Y al romperse la formación, los iberos, cargando a la carrera contra ellos,

---

bien sería un acto de Cartago forzado por Amílcar), y otros historiadores que piensan que esta intervención constituyó un acto más de la política exterior de Cartago (el testimonio principal es POLIBIO, II 1, 5 y sigs., y JUSTINO, XLIV 5, 4). Fabio Píctor parece ser la fuente de la que arranca la primera de estas tendencias (cf. más detalles en DE SANCTIS, III 1, págs. 393 y sigs.).

<sup>5</sup> Ya hemos dicho (cf. *Introducción*) el gusto de Apiano por introducir en su relato una serie de estratagemas. Éste es un ejemplo de ello, como otros muchos que se pueden apreciar en el transcurso de su obra.

dieron muerte a Amílcar en persona y a un gran número de los que estaban defendiéndolo.

6 Sin embargo, los cartagineses, satisfechos con el botín obtenido ya en Iberia, enviaron allí otro ejército y designaron como general en jefe de todas las tropas a Asdrúbal, el cuñado de Amílcar, que estaba en Iberia. Éste llevaba consigo a Aníbal, famoso por sus hechos de armas no mucho después, hijo de Amílcar y hermano de su propia esposa, hombre joven y belicoso que gozaba del favor del ejército. A él lo designó como lugarteniente. Asdrúbal se ganó la mayor parte de Iberia por medio de la persuasión, pues era hombre persuasivo en su trato, y en los hechos que requerían de la fuerza se servía del muchacho. Avanzó desde el océano occidental hacia el interior, hasta el río Ebro, que divide a Iberia poco más o menos por su mitad<sup>6</sup> y desemboca en el océano boreal a una distancia de unos cinco días de viaje de los Pirineos.

7 Los saguntinos, colonos oriundos de Zacinto, que viven a mitad de camino entre los Pirineos y el río Ebro<sup>7</sup> y todos los restantes griegos que habitaban en las proximidades del llamado Emporion<sup>8</sup> y en cualquier otro lugar de Iberia, temiendo por su seguridad personal, enviaron embajadores a Roma. El senado, que no quería que se acrecentara el poderío cartaginés, envió, a su vez, embajadores a Cartago. Y ambos llegaron al acuerdo de que el río Ebro fuera el límite del

---

<sup>6</sup> Imprecisión geográfica, errónea en este caso, típica de la historiografía antigua y frecuente en Apiano.

<sup>7</sup> Es un error geográfico de Apiano compartido por Polibio y otros historiadores, el de situar a Sagunto al norte del río Ebro. Sobre la motivación por ignorancia o intencionada de este hecho y la problemática del Tratado del Ebro, véase mi artículo con bibliografía, «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1975), 75-110.

<sup>8</sup> Ampurias (Gerona).



imperio cartaginés en Iberia y que ni los romanos llevaran la guerra contra los pueblos del otro lado del río, súbditos de los cartagineses, ni éstos cruzaran el Ebro para hacer la guerra, y que los saguntinos y demás griegos de Iberia fueran libres y autónomos. Estos acuerdos fueron añadidos a los tratados ya existentes entre romanos y cartagineses.

Poco tiempo después de estos sucesos, un esclavo, a cuyo dueño había matado con crueldad, dio muerte a Asdrúbal, sin ser visto, en el transcurso de una carcería, cuando estaba dedicado al gobierno de aquella parte de Iberia perteneciente a Cartago. Y Aníbal mató a éste, convicto de su crimen, tras haberlo atormentado de manera terrible. El ejército, entonces, proclamó a Aníbal como su general, pues a pesar de su excesiva juventud, lo apoyaba totalmente. Y el consejo de Cartago lo ratificó. Sin embargo, todos los adversarios políticos de Amílcar, que habían temido su fuerza y la de Asdrúbal, cuando se informaron de que estaban muertos, despreciaban a Aníbal por su juventud y perseguían a los amigos y soldados de aquéllos bajo las acusaciones ya antes formuladas contra los Barcas. El pueblo, al mismo tiempo, se puso de parte de los acusadores, lleno de resentimiento contra los acusados, por causa de la severidad de la época de Amílcar y de Asdrúbal. Y les ordenaron llevar al tesoro público los regalos que en gran cantidad les habían enviado Asdrúbal y Amílcar, por considerarlos despojos tomados al enemigo. Éstos enviaron emisarios a Aníbal en demanda de socorro y le hicieron saber que también él recibiría el desprecio más absoluto por parte de los enemigos de su padre, si se desentendía de quienes podían colaborar con él en su patria.

Pero Aníbal no sólo había previsto estas cosas, sino que también era consciente de que los pleitos incoados contra aquéllos eran el principio de un complot contra

su propia persona. Y decidió que no iba a soportar esta enemistad como una amenaza para siempre, al igual que su padre y su cuñado, y que tampoco iba a estar entregado de modo indefinido a la veleidad de los cartagineses, fácilmente dispuestos a mostrarse desagradecidos hacia sus benefactores. Se decía también que incluso, siendo todavía un niño, había sido requerido por su padre a jurar ante el fuego del altar que había de ser un enemigo implacable para los romanos cuando accediera a la política. Precisamente por estas razones, pensaba consolidar su posición y la de sus amigos involucrando a su patria en empresas de gran envergadura y duración, sometiéndola a dificultades y riesgos<sup>9</sup>. Veía, en efecto, que tanto África como los pueblos sometidos de Iberia se hallaban en paz, pero si podía hacer resurgir contra los romanos una nueva guerra, que deseaba en especial, le parecía que los cartagineses se verían aquejados por grandes preocupaciones y temores, y él por su parte, caso de tener éxito, obtendría una fama inmortal, al hacer a su patria regidora de todo el universo —pues no existía enemigo alguno para ellos después de los romanos—, e incluso, en el caso de fracasar, aun así el mero intento le reportaría una gran gloria.

- 10 Y presumiendo que sería un inicio brillante el cruzar el Ebro, convenció a los turbulettes, que eran vecinos de los de Sagunto, a quejarse ante él de estos últimos sobre la base de que hacían incursiones contra su territorio y les causaban muchos otros ultrajes. Y ellos le obedecieron. Entonces, Aníbal envió a los embajadores de éstos a Cartago, en tanto que él, en misivas privadas, expuso que los romanos trataban de convencer a la parte de Iberia sometida a Cartago para que hiciera defección de ésta, y que los saguntinos cooperaban en

---

<sup>9</sup> Cf. nota 4.

ello con los romanos. Y en absoluto desistía de su engaño, enviando muchos mensajes en tal sentido, hasta que el consejo le autorizó a actuar con relación a los saguntinos del modo que juzgara oportuno. Y tan pronto tuvo la ocasión, hizo que, de nuevo, los turbutes se presentaran ante él para quejarse de los saguntinos y mandó venir embajadores de éstos. Se presentaron los embajadores saguntinos y, al exhortales Aníbal a que cada uno expusiera en su presencia los motivos de sus diferencias, estos últimos manifestaron que remitirían el juicio a Roma. Al decirle esto, los hizo salir del campamento y a la noche siguiente, habiendo cruzado el Ebro con todo el ejército, devastó el territorio y apostó sus máquinas contra la ciudad. Pero, como no pudo tomarla, la rodeó de un muro con un foso y, estableciendo alrededor a intervalos numerosos puestos de vigilancia, los inspeccionaba con frecuencia.

Los saguntinos, al verse abrumados por este ataque inesperado y no anunciado por heraldos, enviaron una embajada a Roma. El senado envió con ellos a sus propios embajadores que, en primer lugar, debían recordarle a Aníbal los acuerdos existentes y, caso de no convencerle, navegar hasta Cartago para presentar quejas contra él. A estos embajadores, cuando habían efectuado su travesía hasta Iberia y se dirigían desde el mar hacia el campamento, les ordenó Aníbal que no se acercaran. Entonces se hicieron de nuevo a la mar rumbo a Cartago en compañía de los embajadores saguntinos y volvieron a recordarles los tratados a los cartagineses. Éstos culparon a los saguntinos de causar numerosas ofensas a sus súbditos. Los embajadores de Sagunto les invitaron, por su parte, a llevar el juicio ante los romanos. Pero ellos dijeron que no necesitaban de arbitraje alguno, pues podían vengar esta ofensa por sí solos. Cuando se comunicó esta respuesta a Roma, algunos exhortaban a socorrer de inmediato a

los saguntinos, otros se mostraban aún indecisos diciendo que éstos no se hallaban inscritos en sus tratados en calidad de aliados, sino como autónomos y libres, y que los que estaban sitiados eran libres todavía. Y prevaleció esta opinión.

- 12 Los saguntinos, una vez perdida la esperanza de ayuda de Roma, y como el hambre les acuciaba y Aníbal persistía en su asedio continuo —pues como había oído que la ciudad era próspera y rica no relajaba el asedio—, reunieron el oro y la plata, tanto público como privado, en la plaza pública por medio de una proclama y lo mezclaron con plomo y bronce fundido para que resultara inútil a Aníbal. Y ellos mismos, prefiriendo morir en combate antes que por hambre, se lanzaron a la carrera, de noche todavía, contra los puestos de guardia de los africanos que aún dormían y no sospechaban tal ataque. Por lo cual, los mataron cuando se levantaban del lecho y se estaban armando a duras penas en medio de la confusión y a algunos, incluso, cuando ya estaban luchando. El combate duró mucho tiempo y de los africanos murieron muchos, pero los saguntinos todos. Las mujeres, al ver desde las murallas el fin de sus hombres, se arrojaron unas desde los tejados, otras se ahorcaron y otras, incluso, degollaron a sus propios hijos. Éste fue el final de Sagunto, una ciudad que había sido grande y poderosa. Aníbal, tan pronto como se percató de lo que había sucedido con el oro, movido por la ira, dio muerte a aquellos saguntinos que quedaban y eran adultos, después de torturarlos, pero viendo que la ciudad estaba a orillas del mar y no lejos de Cartago y poseía una tierra buena, la pobló de nuevo e hizo de ella una colonia cartaginesa. La cual creo que actualmente se llama Cartago «Espartágena»<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> «Espartágena» significa productora de esparto. Entre las riquezas de Iberia citan los autores antiguos el esparto, que se

Los romanos enviaron embajadores a Cartago con la orden de que reclamaran a los cartagineses la entrega de Aníbal como responsable de la violación de los tratados, a no ser que todos asumieran la responsabilidad, y de que, si no se lo entregaban, declarasen de inmediato y públicamente la guerra. Los embajadores así lo hicieron y les anunciaron la guerra al no entregarles a Aníbal. Se dice que ocurrió de la siguiente manera. El embajador con una sonrisa les dijo, mostrándole el pliegue de la toga: «Aquí os traigo, cartagineses, la paz y la guerra; tomad aquella que elijáis». Ellos replicaron: «Danos tú, mejor, la que tú quieras». Cuando él les ofreció la guerra, todos prorrumpieron en un grito unánime: «La aceptamos». Y al punto, le comunicaron a Aníbal que ya podía hacer incursiones por toda Iberia sin miedo, pues los pactos estaban rotos. Y él, en consecuencia, marchando contra todos los pueblos cercanos, los puso en sumisión, ya con persuasión, ya por temor o por la fuerza, y reunió un gran ejército sin revelar su finalidad, pero con la secreta intención de invadir Italia. Envió emisarios entre los galos e hizo examinar los pasos de los Alpes. Y los cruzó (dejando) a su hermano Asdrúbal en Iberia (...).

... (Los romanos, pensando que) tendrían que sostener la guerra en Iberia y en África —pues ni siquiera habían imaginado que los africanos invadieran jamás Italia—, enviaron a Tiberio Sempronio Longo con ciento sesenta naves y dos legiones a África —lo que hicieron

---

daba, sobre todo, en las regiones desérticas. Así, PLINIO, *Historia Natural* III 7 y XXXVII 203, habla de los recursos de Hispania y, en el segundo de estos pasajes, menciona el esparto entre las cosas por las que Hispania vence a la Galia, muy similar a ella en otros aspectos. También POMPONIO MELA, en su *Chorographia* II 86, habla del lino y del esparto de Iberia, etc. Es un error de Apiano la confusión entre Cartago Nova y Sagunto.

Longo y los demás generales romanos en África está descrito en el libro Púnico—, y a Publio Cornelio Escipión lo enviaron a Iberia al frente de sesenta naves con diez mil soldados de infantería y setecientos jinetes y, como legado suyo, enviaron con él a su hermano Gneo Cornelio Escipión. Publio al enterarse por mercaderes masaliotas de que Aníbal había cruzado los Alpes en dirección a Italia, temiendo que cayera sobre los italiotas inesperadamente, partió con las quinquerrems en dirección a Etruria después de entregar a su hermano Gneo el ejército en Iberia. Lo que hicieron en Italia él y los otros generales de este ejército con posterioridad a él, hasta que lograron expulsar a duras penas de Italia a Aníbal después de dieciséis años, lo refiere el libro siguiente que comprende todos los hechos de Aníbal en Italia y, por eso, se llama el libro «Anibálico» de la historia de Roma.

15 Gneo, por su parte, no llevó a cabo nada digno de mención en Iberia antes de que regresara a su lado su hermano Publio. En efecto, los romanos, cuando expiró el tiempo del mandato de Publio, después de haber enviado a Italia contra a Aníbal a sus sucesores en el consulado, lo enviaron de nuevo a Iberia tras nombrarlo procónsul. Y desde este momento los dos Escipiones sostuvieron la guerra en Iberia teniendo como oponente a Asdrúbal, hasta que los cartagineses, atacados por Sifax, el rey de los númidas, le hicieron regresar junto con una parte de su ejército y los Escipiones vencieron con facilidad a los que quedaron. Muchas ciudades se les pasaron voluntariamente, pues eran persuasivos en sumo grado tanto para hacer la guerra, como para atraerse aliados.

16 Los cartagineses, cuando concertaron la paz con Sifax, enviaron de nuevo a Asdrúbal a Iberia con un ejército más numeroso y con treinta elefantes. Le acompañaban otros dos generales, Magón y otro Asdrúbal

que era hijo de Giscón. Y a partir de entonces la guerra se hizo mucho más difícil para los Escipiones, pero, incluso en estas condiciones, resultaron vencedores. Perecieron muchos africanos y gran número de elefantes y, finalmente, al aproximarse el invierno los africanos invernaron en Turditanía y, de los Escipiones, Gneo lo hizo en Orsón <sup>11</sup> y Publio en Cástulo <sup>12</sup>. Aquí recibió la noticia del avance de Asdrúbal. Saliendo de la ciudad con un destacamento pequeño para reconocer el campamento, se aproximó a Asdrúbal sin ser visto y después de rodearle con la caballería a él y a todos los que le acompañaban, los mató. Gneo que no tenía noticias de nada envió soldados a su hermano para que se aprovisionaran de trigo, y encontrándose con ellos otros africanos entablaron combate. Al enterarse Gneo salió a la carrera como estaba con las tropas ligeras en su auxilio. Sin embargo, ya habían matado a los anteriores y persiguieron a Gneo hasta que se refugió en una torre. Entonces le prendieron fuego a la torre, y Escipión y sus compañeros murieron abrasados.

De esta forma perecieron los dos Escipiones, hom- <sup>17</sup>  
bres excelentes en todo, y a ellos les añoraron los iberos que, gracias a su intervención, se habían pasado a los romanos. Cuando se enteraron los de la ciudad fueron presa de gran aflicción y enviaron hacia Italia a Marcelo, que había llegado de Sicilia hacía poco tiempo, y en su compañía a Claudio con (...) naves, mil jinetes, diez mil soldados de infantería y recursos suficientes. Como no llevaron a cabo ninguna empresa destacada, el poderío cartaginés se incrementó notablemente y casi llegaron a dominar la totalidad de Iberia, quedando encerrados los romanos en una pequeña franja de terreno en los montes Pirineos. Al enterarse de

---

<sup>11</sup> Osuna (Sevilla).

<sup>12</sup> Cazlona (Jaén).

esto los de Roma, cundió, de nuevo, el pánico. Existía el temor de que mientras Aníbal devastaba la zona norte de Italia estos africanos invadieran el otro extremo. Por este motivo no le era posible evacuar Iberia como era su deseo, por miedo a que esta guerra fuera transferida a Italia.

18 Fijaron, por consiguiente, con antelación el día en el que elegirían un general para Iberia. Al no presentarse nadie como candidato, el miedo se acentuó y un silencio sombrío atenazó a la asamblea. Finalmente Cornelio Escipión, el hijo de Publio Cornelio muerto en Iberia, hombre muy joven —tenía 24 años—, pero con fama de prudente y noble, avanzando hasta el centro de la asamblea pronunció un solemne discurso acerca de su padre y de su tío, y después de lamentar su aciago destino proclamó que, por encima de todo, él era el vengador familiar de su padre, de su tío y de su patria. Expuso muchas otras razones sin pausa y con vehemencia, como un inspirado, prometiendo apoderarse no sólo de Iberia, sino, tras de ella, de África y Cartago también. A algunos les pareció que hablaba a la ligera, como cosa propia de su juventud, pero al pueblo, encogido por el miedo, le volvió a infundir ánimos, ya que los que están asustados se alegran con las promesas, y fue elegido general para Iberia en la convicción de que iba a llevar a cabo algo digno de su coraje. En cambio, los de más edad no lo consideraban coraje sino temeridad. Escipión, al darse cuenta de esto, los convocó de nuevo en asamblea y pronunció otro discurso solemne en un sentido similar al anterior. Y, tras afirmar que su edad no sería para él impedimento alguno, no obstante les invitó públicamente a que si alguno de sus mayores quería asumir el mando se lo cedería de voluntad. Sin embargo, como nadie aceptó su invitación, rodeado de mayores elogios y admiración, partió con diez mil soldados de infantería y quinientos jinetes, pues le fue imposible



llevarse un ejército más numeroso, debido a que Aníbal estaba asolando Italia. También cogió riquezas, otros enseres y veintiocho barcos de guerra, con los que se hizo a la mar rumbo a Iberia.

Después de hacerse cargo del ejército que estaba allí y reunirlo en un solo cuerpo de ejército con las tropas que llevaba, realizó un rito de purificación y se dirigió a ellos también con palabras grandilocuentes. Se extendió al punto por toda Iberia, molesta con los africanos y nostálgica de la noble generosidad de los Escipiones, la noticia de que Escipión, el hijo de Escipión, había llegado como su general por designio de la providencia. Al enterarse Escipión de esto, fingió que realizaba todo como inspirado por la divinidad. Se informó de que los enemigos acampaban en cuatro campamentos, distantes un gran trecho unos de otros, con veinticinco mil soldados de infantería y dos mil quinientos jinetes, pero que tenían su provisión de riquezas, de trigo, armas, dardos, naves, prisioneros y rehenes procedentes de toda Iberia en la ciudad llamada antes Sagunto y entonces ya Cartago Nova<sup>13</sup>, y de que la custodiaba Magón con diez mil cartagineses. Decidió atacarles, en primer lugar, a causa del escaso número de tropas que estaban con Magón y de la gran cantidad de provisiones, y con la idea de tener a esta ciudad como una base segura de operaciones por tierra y por mar contra toda Iberia, ya que poseía minas de plata, un territorio fértil y mucho oro, y constituía el paso más corto a África.

Animado por estos cálculos y sin haberle comunicado a nadie por dónde pensaba atacar, al ponerse el sol condujo al ejército durante toda la noche hasta Cartago Nova. Al amanecer, en medio del estupor de los africanos, empezó a cercar la ciudad con una empali-

<sup>13</sup> Cartagena (Murcia); cf. lo dicho en la nota 10.

zada y se preparó para el día siguiente, apostando escaleras y máquinas de guerra por todo alrededor de la misma, excepto por una sola parte en la que el muro era más bajo y estaba bañada por una laguna y el mar, por lo que la vigilancia era menos intensa. Habiendo cargado durante la noche todas las máquinas con dardos y piedras y tras apostar frente al puerto de la ciudad a sus naves a fin de que las de los enemigos no pudieran escapar a través de él —pues confiaba absolutamente en apoderarse de la ciudad a causa de su elevada moral—, antes del amanecer hizo subir al ejército sobre las máquinas, exhortando a una parte de sus tropas a entablar combate con los enemigos desde arriba y a otra parte a empujarlas contra el muro por su parte inferior. Magón, a su vez, apostó a sus diez mil hombres en las puertas, con la intención de salir, cuando se les presentara la ocasión, con sólo las espadas —pues no era posible usar las lanzas en un espacio estrecho— y envió a los restantes a las almenas. También se tomó él el asunto con mucho celo colocando numerosas máquinas, piedras, dardos y catapultas. Hubo gritos y exhortaciones por ambas partes, ninguno quedó atrás en el ataque y el coraje, lanzando piedras, dardos y jabalinas, unos con las manos, otros con las máquinas y otros con hondas. Y se sirvieron con ardor de cualquier otro instrumento o recurso que tuvieran en sus manos.

- 21 Las tropas de Escipión sufrieron mucho daño. Los diez mil soldados cartagineses que estaban junto a las puertas, saliendo a la carrera con las espadas desenvainadas, se precipitaron contra los que empujaban las máquinas y causaron muchas bajas pero no sufrieron menos. Finalmente, los romanos empezaron a imponerse por su laboriosidad y constancia. Entonces cambió la suerte, porque los que estaban sobre las murallas se encontraban ya cansados y los romanos consiguieron adosar las escalas a los muros. Sin embargo, los carta-

gineses que llevaban espadas penetraron a la carrera por las puertas y cerrándolas tras ellos se encaramaron a los muros. De nuevo la lucha se hizo penosa y difícil para los romanos hasta que Escipión, su general, que recorría todos los lugares dando gritos y exhortaciones de ánimos, se dio cuenta, hacia el mediodía, de que el mar se retiraba por aquella parte en la que el muro era bajo y lo bañaba la laguna. Se trataba del fenómeno diario de la bajada de la marea. El agua avanzaba hasta mitad del pecho y se retiraba hasta media rodilla. Escipión se percató entonces de esto y comprendió la naturaleza del fenómeno, a saber, que estaría baja durante el resto del día y, antes de que el mar volviera a subir, se lanzó a la carrera por todas partes gritando: «Ahora es el momento, soldados, ahora viene la divinidad como aliada mía. Avanzad contra esta parte de la muralla. El mar nos ha cedido el paso. Llevad las escaleras y yo os guiaré».

Después de coger él, el primero, una de las escaleras, **22** la apoyó contra el muro y empezó a subir cuando aún no lo había hecho ningún otro, hasta que, rodeándole sus escuderos y otros soldados del ejército, se lo impidieron y ellos mismos acercaron, a la vez, gran cantidad de escaleras y treparon. Ambos bandos atacaron con gritos y celo e intercambiaron golpes variados, pero, no obstante, vencieron los romanos. Consiguieron subir a unas pocas torres en las que Escipión colocó trompeteros y hombres provistos con cuernos de caza, y les dio la orden de animar y causar alboroto para dar la impresión de que ya había sido tomada la ciudad. Otros, corriendo de aquí para allá, provocaban el desconcierto de igual manera y algunos, descendiendo de un salto desde las almenas, le abrieron las puertas a Escipión. Éste penetró a la carrera con el ejército. De los que estaban dentro algunos se refugiaron en sus casas; Magón, por su parte, reunió a sus diez mil soldados en

la plaza pública y cuando éstos sucumbieron se retiró de inmediato con unos pocos a la ciudadela. Pero al atacar, acto seguido, Escipión la ciudadela, como ya no podía hacer nada con unos hombres que estaban en inferioridad numérica y acobardados por el miedo, se entregó él mismo a Escipión.

23 Éste, por haber tomado en un sólo día, el cuarto de su llegada, una ciudad poderosa y rica, debido a su audacia y buena estrella, se sintió presa de un gran orgullo y daba la impresión, en mayor medida, que ejecutaba cada acción de acuerdo con los designios de la divinidad. No sólo lo pensaba así él mismo en su interior, sino que lo manifestaba públicamente en sus discursos entonces, y desde aquel momento, durante el resto de su vida. Muchas veces, en efecto, penetraba solo en el Capitolio y cerraba las puertas tras de sí, como si se dispusiera a recibir alguna información de parte de la divinidad. Y todavía en la actualidad llevan en las procesiones desde el Capitolio solamente la estatua de Escipión, en tanto que las de los demás las llevan desde el foro. En la ciudad tomada se apoderó de almacenes con enseres útiles para tiempos de paz y de guerra, gran cantidad de armas, dardos, máquinas de guerra, arsenales para los navíos, treinta y tres barcos de guerra, trigo y provisiones variadas, marfil, oro, plata—una parte consistente en objetos, otra acuñada y una tercera sin acuñar—, rehenes iberos y prisioneros de guerra y todas aquellas cosas que antes habían quitado a los romanos. Al día siguiente, realizó un sacrificio y celebró el triunfo. Después hizo un elogio del ejército, pronunció una arenga a la ciudad y, tras recordarles a los Escipiones, dejó partir libres a los prisioneros de guerra hacia sus respectivos lugares de origen con objeto de congraciarse a las ciudades. Otorgó las mayores recompensas al que subió en primer lugar la muralla, al siguiente le dio la mitad de ésta, al tercero la tercera

parte y a los demás proporcionalmente. El resto del botín —lo que quedaba de oro, plata o marfil— lo envió a Roma a bordo de las naves apresadas. La ciudad celebró un sacrificio durante tres días, pensando que de nuevo volvía a renacer el éxito ancestral y, de otro lado, Iberia y los cartagineses que habitaban en ella quedaron estupefactos por el temor ante la magnitud y rapidez de su golpe de mano.

Escipión estableció una guardia en Cartago Nova <sup>24</sup> y ordenó que se elevara la muralla que daba al lugar de la marea. Él se puso en camino hacia el resto de Iberia y, enviando a sus amigos a cada región, las atraía bajo su mando de buen grado y, a las demás que se le opusieron, las sometió por la fuerza. Eran dos los generales cartagineses que quedaban y ambos se llamaban Asdrúbal; uno de ellos, el hijo de Amílcar, andaba reclutando mercenarios muy lejos entre los celtíberos, y el otro, Asdrúbal, el hijo de Giscón, enviaba emisarios a las ciudades que todavía eran fieles demandando que permanecieran en esta fidelidad a Cartago, pues estaba a punto de llegar un ejército inmenso, y envió a otro Magón a las zonas próximas a reclutar mercenarios de donde le fuese posible, mientras que él en persona se dirigió contra el territorio de Lersa, que se les había sublevado <sup>14</sup>, y se dispuso a sitiar alguna ciudad de allí. Sin embargo; cuando se dejó ver Escipión, Magón se retiró a Bética <sup>15</sup> y acampó delante de

<sup>14</sup> El territorio de Lersa es desconocido. Se trata, sin duda, de un nombre corrupto. Se han propuesto varias correcciones. Aquí hemos traducido con cierta libertad el original *es tēn Lērsa gēn* haciéndolo concertar con *tōn aphisamēnōn* como si fuera *Lesargētōn*.

<sup>15</sup> En Apiano aparece *Baitýkē*, que hemos recogido en la traducción como Bética; sin embargo, el nombre correcto debe ser *Baikýlē* (que ya corrigió Wesseling), es decir, *Baecula*, hoy día tal vez Bailén (Jaén). POLIBIO, X 38, 7, *da perì Baikýla pólin* y también Lrvio, XXVII 18, 1.

la ciudad. En este lugar fue derrotado de inmediato, al día siguiente, y Escipión se apoderó de su campamento y de Bética.

- 25 Asdrúbal, el hijo de Giscón, concentró el ejército cartaginés, que aún estaba en Iberia, en la ciudad de Carmona<sup>16</sup>, con la intención de atacar a Escipión a la vez con todas sus tropas. Se unieron a él muchos iberos que trajo Magón y muchos númidas mandados por Masinissa. Asdrúbal acampó dentro del recinto fortificado del campamento con la infantería, en tanto que Masinissa y Magón, que estaban al frente de la caballería, vivaqueaban delante de él. Escipión, por su parte, dividió su propia caballería frente a esta disposición del enemigo y, a Lelio, lo envió contra Magón, mientras que él se opuso a Masinissa. Durante un cierto tiempo estuvo en una situación crítica y tuvo un trabajo penoso, porque los númidas lo asaeteaban a él y a sus hombres y se retiraban a continuación para volver de nuevo a la carga. Pero cuando Escipión dio la orden de perseguirlos sin tregua presentando las lanzas, los númidas, al no tener posibilidad de contraatacar, se replegaron huyendo hacia el campamento. Escipión, desistiendo de la persecución, fijó su campamento a unos diez estadios en una posición sólida que había elegido adrede. El número global de las fuerzas enemigas era de setenta mil soldados de infantería, cinco mil jinetes y treinta y seis elefantes. Escipión no contaba siquiera con un

<sup>16</sup> Apiano sitúa la batalla en Carmona (pueblo al norte de Sevilla en la margen izquierda del Guadalquivir). Sin embargo, POLIBIO, XI 20 a 24, y LIVIO, XXVIII 12, 10 a 17, 1, indican —y su relato es el que ha prevalecido— que tuvo lugar en *Ilipa* (*Silpia*, en Livio), la actual Alcalá del Río al norte de Sevilla y en la margen derecha del Guadalquivir. No obstante, habría que reseñar que hay bastantes puntos oscuros y ambigüedades en cuanto a los datos topográficos en los diferentes relatos de esta batalla (cf. más detalles en DE SANCTIS, III 2, pág. 483, notas 86 y 87).

tercio de estas tropas. Éste fue el motivo de que estuviera indeciso durante algún tiempo y no ofreciera batalla, entablando solamente escaramuzas.

Pero, una vez que empezaron a faltarles las provisiones y el hambre hizo presa del ejército, Escipión juzgó que no era conveniente retirarse. Antes bien, tras realizar un sacrificio, convocó al ejército para dirigirles la palabra nada más concluir éste, y adoptando una vez más el rostro y la postura de un inspirado, les dijo que le había llegado el presagio divino habitual y le había exhortado a dirigirse contra los enemigos. Y era necesario tener más confianza en el dios que en el número de tropas del ejército, pues también habían obtenido las victorias precedentes en razón al favor divino y no por su fuerza numérica. Y, con objeto de inspirar confianza en sus palabras, ordenó a los adivinos que llevaran al centro de la asamblea las entrañas de las víctimas sacrificadas. Mientras hablaba, observó que algunos pájaros estaban revoloteando y, volviéndose bruscamente allí mismo con un movimiento rápido y un alarido, los señaló y dijo que los dioses también se los habían enviado como símbolos de la victoria. Les acompañaba en sus movimientos clavando sus ojos en ellos y gritando como un inspirado. Todo el ejército seguía a un mismo tiempo las gesticulaciones de aquél, que giraba de acá para allá, y todos se sintieron llenos de ardor como ante una victoria segura. Escipión, cuando tuvo todo tal como había planeado, no vaciló ni permitió que su ardor se enfriara, sino que, como un inspirado todavía, afirmó que era necesario entablar combate al punto, después de estas señales. Dio la orden de que tomaran las armas después de comer y los condujo contra los enemigos sin que éstos los esperaran. Puso al frente de la caballería a Silano y al frente de la infantería a Lelio y a Marcio.

27 Asdrúbal, Magón y Masinissa, cuando Escipión les atacó de modo repentino, mediando tan sólo diez estadios entre ambos ejércitos, armaron a sus tropas, que aún no habían comido, con toda rapidez, confusión y tumulto. Se entabló un combate a la vez con la infantería y la caballería, y la caballería romana prevaleció por su misma táctica, persiguiendo sin tregua a los nómidas acostumbrados a retroceder y volver al ataque. A estos últimos, a tan corta distancia, de nada les servían sus dardos. La infantería, sin embargo, se encontraba en situación desesperada a causa del número de los africanos y se veían superados a lo largo de todo el día. Con todo, Escipión no consiguió cambiar la suerte de la batalla, aunque corría a su lado y los animaba sin cesar. Finalmente, entregando su caballo a un muchacho y tomando un escudo de las manos de un soldado, se lanzó a la carrera, solo como estaba, en el espacio abierto entre los dos ejércitos gritando: «Venid, romanos, en socorro de vuestro Escipión que corre peligro». Entonces, al ver los que estaban cerca en qué grado de peligro se encontraba y al enterarse de ello los que estaban lejos, movidos todos de igual modo, por un sentimiento de pudor y temiendo por la seguridad de su general, cargaron a la carrera furiosamente contra los enemigos con alaridos. Los africanos, incapaces de resistir este ataque, cedieron, pues se daba además la circunstancia de que les faltaban las fuerzas al atardecer, por no haber probado alimentos. En poco tiempo perecieron en gran número. Éste fue el resultado que obtuvo Escipión en la batalla celebrada en las cercanías de Carmona y cuyo desenlace fue incierto durante mucho tiempo. En ella los romanos perdieron ochocientos hombres y las bajas enemigas fueron de quince mil hombres.

28 Después de este combate, los cartagineses se seguían retirando con toda rapidez y Escipión los seguía,



causándoles daños y bajas cuantas veces podía ponerles la mano encima. Pero cuando ellos ocuparon un lugar bien protegido, con agua y comida abundante, y no se podía hacer otra cosa que sitiarnos, a Escipión le apremiaban otras tareas, de modo que dejó a Silano para establecer el asedio y él se marchó a otras partes de Iberia y las sometió. Los cartagineses que sufrían el sitio por Silano retrocedieron y, finalmente, llegando al estrecho cruzaron a Gades<sup>17</sup>. Silano, tras infligirles todo el daño que pudo, se reunió con Escipión en Cartago Nova. A Asdrúbal, el hijo de Amílcar que estaba todavía levando tropas en torno al océano septentrional, le ordenó su hermano Aníbal que invadiera de inmediato Italia. Y él, con objeto de pasar inadvertido a Escipión, siguiendo por la costa del océano septentrional, cruzó los Pirineos hacia la Galia con los celtíberos que había reclutado. De este modo, Asdrúbal se encaminó hacia Italia a marchas forzadas sin que lo supieran los italianos.

Lucio, que había regresado desde Roma, le dijo a <sup>29</sup> Escipión que los romanos pensaban enviarlo como general a África. Él, que deseaba esto ardientemente desde hacía mucho tiempo, y esperaba que sucediera así, envió a Lelio a África con cinco naves ante el rey Sifax, llevándole regalos y el recuerdo de su amistad con los Escipiones y la petición de que se uniera a los romanos en caso de que llegaran a hacer una expedición. Él prometió hacerlo, aceptó los presentes y envió, a su vez, otros. Al enterarse de esto los cartagineses enviaron también ellos embajadores junto a Sifax en busca de su alianza. Escipión cuando lo supo, juzgando importante atraerse a Sifax y consolidar su amistad contra

---

<sup>17</sup> Cádiz, convertida en capital de la Iberia cartaginesa después de la caída de Cartagena.

los cartagineses, partió con dos naves en compañía de Lelio para verlo en persona.

30 Los emisarios cartagineses, que todavía estaban con Sifax, le salieron al encuentro cuando se acercaba a la costa sin que Sifax lo supiera. Pero Escipión, a toda vela, los pasó de largo con facilidad y alcanzó el puerto. Sifax los hospedó a ambos, y habiendo concertado una entrevista en privado con Escipión, lo despidió tras darle garantías y retuvo a los cartagineses, que estaban de nuevo acechando a la espera de Escipión, hasta que éste estuvo a salvo a gran distancia en el mar. Tan gran riesgo corrió Escipión, al desembarcar y al hacerse a la mar de regreso. Se dice que en un banquete dado por Sifax, Escipión compartió el mismo sofá que Asdrúbal y éste, después de haberle hecho preguntas sobre muchas cuestiones, quedó asombrado de su dignidad y dijo a sus amigos que ese hombre no sólo era temible en el combate sino incluso en el banquete.

31 Por estas fechas, algunos celtíberos e iberos cuyas ciudades se habían pasado a los romanos todavía seguían sirviendo a Magón en calidad de mercenarios. Marcio los atacó y dio muerte a mil quinientos, y el resto escapó para refugiarse en sus ciudades. A otros setecientos jinetes y seis mil soldados de infantería guiados por Annón los copó en una colina, desde donde, al carecer de todo, enviaron mensajeros a Marcio para conseguir una tregua. Éste les comunicó que pactaría cuando les entregaran a Annón y a los desertores. Entonces, ellos se apoderaron de Annón, aunque era su propio general, mientras escuchaba las propuestas, y de los desertores, y se los entregaron. Marcio reclamó también prisioneros. Cuando los hubo obtenido, les ordenó a todos que llevasen una cantidad estipulada de dinero a un determinado lugar de la llanura, pues no eran propios de los suplicantes los lugares elevados. Una vez que bajaron a la llanura, les dijo: «Acciones

merecedoras de la muerte habéis cometido vosotros que, teniendo a vuestros lugares patrios sometidos a nosotros, escogisteis combatir contra ellos al lado de los enemigos. No obstante, os concedo marcharos sin sufrir castigo si deponéis vuestras armas». Sin embargo, la indignación se apoderó de todos a la vez y gritaron que no entregarían sus armas. Tuvo lugar un combate encarnizado en el que la mitad de los celtíberos cayó tras haber opuesto una feroz resistencia, y la otra mitad consiguió ponerse a salvo junto a Magón. Éste hacía poco que había llegado al campamento de Annón con sesenta navíos y al enterarse del desastre de éste, navegó hasta Gades y, sufriendo por el hambre, aguardó el futuro giro de los acontecimientos.

Mientras Magón estaba inactivo, Silano fue enviado <sup>32</sup> por Escipión a someter a la ciudad de Cástax<sup>18</sup>, pero como sus habitantes le recibieron de manera hostil, fijó su campamento ante ellos y lo comunicó a Escipión. Éste envió por delante un equipo de asedio y lo siguió, pero desviándose en su camino, atacó a la ciudad de Ilurgia<sup>19</sup>. Dicha ciudad era aliada de los romanos en tiempos del anterior Escipión, pero cuando aquél murió, se pasó en secreto al bando cartaginés y, después de haber acogido a un ejército romano como si

---

<sup>18</sup> Cástax, ciudad desconocida. En Livio, XXVIII 19, aparece Cástulo.

<sup>19</sup> Ilurgia, ciudad desconocida. En Livio aparece Iiliturgi; sin embargo, tanto Cástulo como Iiliturgi son menos preferibles que las que da Apiano en la medida en que, por desconocidas, tal vez las sustituyó Livio o Celio, su fuente para este pasaje, a su arbitrio por otros nombres que le eran familiares, cosa que ya hizo en otros lugares, así W. BREWITZ, *Scipio Africanus Maior in Spanien*, tesis doctoral, Tubinga, 1914, págs. 21 y sigs. No es convincente tampoco la propuesta de A. SCHULTEN, *Hermes* 63 (1928), págs. 298 y sigs., y *Fontes Hispaniae Antiquae* III, págs. 144 y sigs., de entender aquí Ilorci en vez de Iiliturgi.

fuera todavía amiga, lo entregó a los cartagineses. Por este motivo, Escipión, lleno de ira, tomó a la ciudad en cuatro horas y, pese a estar herido en el cuello, no desistió del combate hasta conseguir el triunfo. Y su ejército, por la misma razón, olvidándose del saqueo y sin que nadie se lo ordenara, mató cruelmente incluso a los niños y a las mujeres, hasta dejar reducida a la ciudad a sus cimientos. Después de llegar a Cástax, Escipión dividió al ejército en tres cuerpos y mantuvo a la ciudad bajo vigilancia, pero no comenzó el combate para dar tiempo a sus habitantes a cambiar de actitud, pues había oído que estaban dispuestos a ello. Y éstos, tras atacar y dar muerte a aquella parte de la guarnición que se les oponía, entregaron la ciudad a Escipión. Este último estableció una nueva guarnición y colocó la ciudad bajo el mando de uno de sus propios ciudadanos que gozaba de alta reputación. Retornó entonces a Cartago Nova, enviando a Silano y a Marcio a la zona del estrecho para que devastaran todo cuanto pudiesen.

- 33 Astapa<sup>20</sup> era una ciudad que, siempre y en bloque, había permanecido fiel a los cartagineses. Sus habitantes, en esta ocasión en que Marcio tenía establecido el cerco en torno a ellos, convencidos plenamente de que si los romanos los apresaban los iban a reducir a la esclavitud, reunieron todos sus enseres en la plaza pública y tras apilarles alrededor troncos de madera, hicieron subir sobre la pila a los niños y mujeres. Tomaron juramento, a cincuenta hombres notables de entre ellos, de que, cuando la ciudad fuera apresada, matarían a las mujeres y a los niños, prenderían fuego a la pila y se degollarían a sí mismos. Los astapenses, poniendo a los dioses por testigos de estas cosas, se lanzaron a la carrera contra Marcio, que no sospechaba

---

<sup>20</sup> Estepa (Sevilla).

nada, por lo que hicieron replegarse a sus tropas ligeras y a la caballería. E incluso, una vez que estuvo dispuesta la legión con sus armas, las tropas de los astapenses eran, con mucho, las más destacadas por combatir a la desesperada, pero, no obstante, se impusieron los romanos por el número, ya que por el valor no fueron inferiores en absoluto los de Astapa. Y cuando todos estuvieron muertos, los cincuenta que quedaban degollaron a las mujeres y a los niños, prendieron el fuego y se arrojaron a sí mismos a él, dejando a los enemigos una victoria sin provecho. Marcio, sobrecogido por el valor de los de Astapa, no cometió ningún acto de violencia contra sus casas.

Después de estos sucesos, Escipión cayó enfermo y <sup>34</sup> Marcio asumió el mando del ejército. Pero todos aquellos soldados que habían gastado sus ganancias a causa de su vida disipada, juzgando que, por no tener nada, nada digno de sus fatigas habían conseguido y que Escipión los despojaba de su fama y sus hechos gloriosos de armas, hicieron defección de Marcio y acamparon por su cuenta. Se unieron a ellos muchos otros procedentes de las guarniciones, y algunos, llevando dinero de parte de Magón, intentaban persuadirlos para que se pasaran a su lado. Los amotinados tomaron el dinero, eligieron generales y centuriones entre ellos, dispusieron a su manera los demás asuntos y se pusieron a sí mismos bajo disciplina militar tomándose mutuos juramentos. Cuando Escipión se enteró, mandó decir a los sublevados que, debido a su enfermedad, no les había podido recompensar y, de otro lado, a los demás les apremió a que hicieran deponer su actitud a sus compañeros amotinados, y en común a todos les envió otra carta, como si ya estuvieran reconciliados, diciéndoles que les iba a recompensar de inmediato. Y les dio la orden de que marcharan, al punto, a Cartago Nova en busca de provisiones.

35 Cuando fueron leídas estas cartas, algunos sospechaban, otros, en cambio, les daban crédito, de modo que llegaron a un acuerdo y todos a la vez se pusieron en camino hacia Cartago Nova. Al aproximarse éstos, Escipión dio la orden a los senadores que le acompañaban de que cada uno de ellos tomase como compañero a uno de los cabecillas de la sedición, cuando se acercaran, y lo recibiese como huésped, como si fuera a aconsejarle en tono amigable, y lo retuviera a ocultas prisionero. Ordenó también a los tribunos militares que cada uno tuviera dispuestos con sus armas a los hombres más fieles al rayar el alba sin ser vistos y que, ocupando los lugares estratégicos de la asamblea a intervalos, en el caso de que alguien se pusiera de pie con idea de causar algún disturbio, lo asaetearan y mataran inmediatamente sin orden previa. Él en persona, poco después de despuntar el día, se hizo llevar a la tribuna y envió por los alrededores a los heraldos para convocar a la asamblea. La proclama los cogió de improviso y, sintiendo vergüenza de que su general, todavía enfermo, estuviera aguardándoles y creyendo que eran convocados para el asunto de las recompensas, se precipitaron corriendo en tropel desde todos los lugares, unos sin ceñirse las espadas, otros vestidos sólo con la túnica, sin haber tenido lugar de ponerse toda su indumentaria.

36 Escipión tenía en torno a él una guardia que no era visible. En primer lugar les censuró por lo sucedido, después les dijo que sólo haría recaer la culpa sobre los que comenzaron la revuelta, «a los que yo castigaré con vuestra ayuda». Y mientras decía esto, ordenó a los lictores que dividieran en dos partes a la multitud. Así lo hicieron y los senadores llevaron a los culpables al centro de la asamblea. Cuando prorrumpieron en gritos y llamaron a sus compañeros de armas para que les socorrieran, los tribunos dieron muerte al instante

a los que se hicieron eco de sus palabras. La multitud, una vez que supo que la asamblea estaba custodiada, se sumió en un silencio sombrío. Escipión, después de ultrajar a los que habían sido conducidos al centro, y en especial, a los que de entre ellos habían gritado en demanda de ayuda, ordenó que se les cortara el cuello a todos tras sujetarlos con clavos al suelo y, para el resto, proclamó por medio del heraldo el perdón. De este modo, Escipión restableció la situación en el campamento.

Indíbil, uno de los reyes que había llegado a un 37 acuerdo con él, realizó una incursión en una parte del territorio sometido a Escipión mientras estaba amotinado el ejército romano. Y cuando Escipión marchó contra él, sostuvo el combate con bravura y mató a mil doscientos romanos, pero al haber perdido a veinte mil de los suyos, se vio obligado a pedir la paz. Y Escipión le impuso una multa y llegó a un acuerdo con él. Masinissa, sin que Asdrúbal se percatase, cruzó el estrecho, y entablando relaciones de amistad con Escipión, juró combatir como su aliado, si llevaba la guerra contra África. Este hombre se mantuvo fiel en todas las circunstancias a causa del siguiente motivo. La hija de Asdrúbal, el general que entonces combatía a su lado, le había sido prometida en matrimonio a Masinissa. Pero el rey Sifax se enamoró de la joven y los cartagineses, considerando de gran importancia asegurarse a Sifax contra los romanos, le concedieron a la joven sin consultarle nada a Asdrúbal. Llevada a cabo esta acción, Asdrúbal la mantuvo oculta, por respeto a Masinissa, pero al enterarse éste hizo una alianza con Escipión. Y Magón, el almirante, habiendo perdido la esperanza en los asuntos de Iberia a juzgar por la situación presente, se hizo a la mar rumbo al país de los ligures y los celtas, y se dedicó a reclutar mercenarios. Mientras andaba ocupado en estos asuntos, los roma-

nos se apoderaron de Gades, que había sido abandonada por Magón.

- 38 A partir de este momento, poco antes de la olimpiada ciento cuarenta y cuatro, comenzaron a enviar anualmente, a los pueblos de Iberia conquistados, pretores en calidad de gobernadores o superintendentes para mantener la paz. Y Escipión, después de dejarles un ejército pequeño adecuado a un asentamiento pacífico, estableció a los soldados heridos en una ciudad que llamó Itálica<sup>21</sup>, tomando el nombre de Italia. Es la patria de Trajano y Adriano, quienes más tarde fueron emperadores de los romanos. Y él partió rumbo a Roma con una gran flota, adornada con magnificencia y repleta a un tiempo de prisioneros, riquezas, armas y un variado botín. La ciudad le hizo un recibimiento espléndido, acompañado de una gloria excelsa y sin precedentes a causa de su juventud y de la rapidez e importancia de sus hechos. Incluso aquellos que lo envidiaban reconocieron que sus, en apariencia, pretenciosas promesas se habían convertido en hechos. Y Escipión, rodeado de la admiración general, celebró el triunfo<sup>22</sup>. Entretanto, Indíbil, una vez que Escipión había partido, se sublevó de nuevo. Los generales de Iberia lo mataron tras reunir todo el ejército que tenían en las guarniciones y otras fuerzas procedentes de los pueblos sometidos. A los culpables de la sublevación, después de hacerles comparecer en un juicio, les condenaron a muerte y confiscaron sus propiedades. A los pueblos que participaron con él en el levantamiento

<sup>21</sup> Santiponce (Sevilla). Es importante esta noticia, ya que Apiano es el único historiador que nos habla de dicha fundación.

<sup>22</sup> Debe de ser un error de Apiano, pues Escipión, al ser *priuatus cum imperio* (es el primer caso seguro de concesión del *imperium proconsulare* a un privado), no podía obtener el triunfo, como aclaran LIVIO, XXVIII 38, 4 y XXXI 20, 3, y DIÓN CASTO, frags. 56, 58.



les impusieron una multa, los despojaron de sus armas, les exigieron rehenes y les impusieron guarniciones más fuertes. Todos estos sucesos tuvieron lugar inmediatamente después de la partida de Escipión, y éste fue el resultado de la primera contienda romana en Iberia.

Algún tiempo después, cuando los romanos estaban en guerra con los celtas de en torno al Po y con Filipo de Macedonia, los iberos se levantaron de nuevo, a la vista de los muchos trabajos en que estaban inmersos los romanos. Y fueron enviados desde Roma, como generales, contra ellos, Sempronio Tuditano y Marco Helvio, y después de aquéllos, Minucio. Y como refuerzo, al hacerse mayor la sublevación, fue enviado Catón con fuerzas más numerosas. Éste era aún un hombre en exceso joven, pero austero y laborioso, destacado por su sagacidad y elocuencia hasta el punto de que los romanos le llamaban Demóstenes a causa de sus discursos, conocedores de que entre los griegos éste había sido su máximo orador. 39

Cuando Catón arribó a Iberia en el lugar llamado Emporion<sup>23</sup>, se congregaron contra él los enemigos desde todos los lugares hasta un número de cuarenta mil. Él, a su vez, se tomó un cierto tiempo en ejercitar a sus tropas y, cuando se dispuso a trabar combate, envió de regreso a Masalia las naves que tenía e hizo comprender a su ejército que lo que había que temer no era el hecho de que los enemigos les sobrepasaran en número —pues siempre puede vencer el valor a la superioridad numérica—, sino el que no disponían de naves y que no existía otra salvación posible que la victoria. Nada más decir esto, entabló combate, tras haber animado a su ejército no, como otros, con la esperanza, sino con el temor. Cuando se llegó al combate cuerpo a cuerpo, iba de un lado para otro animando y 40

---

<sup>23</sup> Cf. nota 8.

arengando a sus tropas. Hacia el atardecer, como el resultado de la pelea era aún incierto y habían caído muchos de ambos bandos, corrió con tres cohortes de reserva hasta lo alto de una colina elevada para poder observar a un tiempo toda la acción. Y tan pronto como vio que el centro de sus líneas era el que se hallaba en una situación más comprometida, corrió en su ayuda exponiéndose al peligro y rompió las líneas enemigas con su acción y con sus gritos de aliento, y fue el primer artífice de la victoria. Después de perseguirlos durante toda la noche, se apoderó de su campamento y mató a muchos de ellos. A su regreso, los soldados le abrazaban y elogiaban como el autor de la victoria. Después de esto concedió un descanso a sus tropas y vendió el botín.

- 41 Todos le enviaban emisarios y él les exigió otros rehenes, envió cartas selladas a cada una de las ciudades y ordenó a sus portadores entregarlas, todas, en un mismo día. El día lo fijó calculando el tiempo que aproximadamente tardarían en llegar a la ciudad más distante. Las cartas ordenaban a los magistrados de todas las ciudades que destruyesen sus murallas en el mismo día que recibieran la orden y, en el caso de que lo aplazaran, les amenazaba con la esclavitud. Éstos, vencidos recientemente en una gran batalla y dado que desconocían si estas órdenes se las habían dado a ellos solos o a todos, temían ser objeto de desprecio, con toda razón, si eran los únicos, pero si era a todos, los otros también tenían miedo de ser los únicos en demorarse y, puesto que no había oportunidad de comunicarse unos con otros por medio de emisarios y sentían preocupación por los soldados que habían venido con las cartas y que permanecían ante ellos, estimando cada uno su propia seguridad como lo más ventajoso, destruyeron con prontitud las murallas. Pues, una vez que se decidieron a obedecer, pusieron el máximo celo en tener en su haber, además, una pronta ejecución.

De este modo y gracias a una sola estratagema, las ciudades ubicadas a lo largo del río Ebro destruyeron sus murallas en un solo día, y en el futuro, al ser muy accesibles a los romanos, permanecieron durante un largo tiempo en paz.

Cuatro olimpiadas más tarde, en torno a la ciento <sup>42</sup> cincuenta olimpiada, muchos iberos se sublevaron contra los romanos por carecer de tierra suficiente, entre otros, los lusones que habitaban en las cercanías del río Ebro. Por consiguiente, el cónsul Fulvio Flaco hizo una expedición contra ellos, los venció en una batalla y muchos de ellos se desperdigaron por las ciudades. Pero todos los que estaban especialmente faltos de tierra y obtenían su medio de vida gracias a una existencia errabunda se congregaron, en su huida, en la ciudad de Complega<sup>24</sup> que era de fundación muy reciente, bien fortificada y se había desarrollado con rapidez. Tomando esta ciudad como base de sus operaciones exigieron a Flaco que les entregara un *sagum*, un caballo y una espada como compensación por cada uno de sus muertos y que se marchara de Iberia antes de que le ocurriera una desgracia. Éste les respondió que les entregaría muchos *sagos* y, siguiendo a sus emisarios, acampó junto a la ciudad. Ellos contrariamente a sus amenazas huyeron en secreto de inmediato y se dedicaron a devastar el territorio de los pueblos bárbaros de los alrededores. Estos pueblos utilizan un manto doble y grueso que abrochan todo alrededor a la manera de una casaca militar y lo llaman *sagum*.

Como sucesor de Flaco en el mando, vino Tiberio <sup>43</sup> Sempronio Graco. Por aquel tiempo asediaban la ciudad de Caravis<sup>25</sup>, que era aliada de Roma, veinte mil

<sup>24</sup> Ciudad no identificada, quizá Contrebia, ciudad de los lusones, sin identificar; se la supone en la zona del Siloca, en la comarca de Daroca (Zaragoza).

<sup>25</sup> Cerca de Borja (Zaragoza).

celtíberos. Como era muy probable que fuera tomada, Graco se apresuró a acudir en socorro de la ciudad, pero después de haber establecido un cerco en torno al enemigo, no pudo comunicar a la ciudad su proximidad. Por consiguiente, Cominio, uno de los prefectos de caballería, tras meditar consigo mismo el asunto y exponer su audaz proyecto a Graco, se ciñó un *sagum* a la usanza ibera y se unió secretamente a los soldados enemigos que iban en busca de forraje. De este modo penetró, en su compañía, en el campamento como si fuera un ibero y, atravesando a la carrera hasta Caravis, les comunicó que Graco venía hacia ellos. Éstos consiguieron mantenerse a salvo aguantando con fortaleza el asedio, hasta que llegó Graco al cabo de tres días, y los sitiadores levantaron el asedio. Entonces, veinte mil habitantes de Complega llegaron hasta el campamento de Graco con ramas de olivo a modo de suplicantes y, cuando estuvieron cerca, le atacaron de improviso y provocaron la confusión. Éste con habilidad les dejó su campamento y simuló la huida. Después, dando la vuelta, los atacó mientras se dedicaban al saqueo, mató a la mayoría y se apoderó de Complega y de los pueblos vecinos. Asentó a las clases más menesterosas y repartió las tierras entre ellos. Llevó a cabo tratados perfectamente regulados con todos los pueblos de esta zona, sobre la base de que serían aliados de los romanos. Les dio y tomó juramentos que serían invocados, en muchas ocasiones, en las guerras futuras. A causa de tales hechos, Graco se hizo célebre en Iberia y Roma y fue recompensado con un espléndido triunfo.

- 44 No muchos años después, estalló en Iberia otra guerra, difícil a causa del siguiente motivo. Segeda<sup>26</sup> es una ciudad perteneciente a una tribu celtíbera Ila-

---

<sup>26</sup> En el término de Belmonte, a 11 km. de Calatayud (Zaragoza).

mada belos, grande y poderosa, y estaba inscrita en los tratados de Sempronio Graco. Esta ciudad forzó a otras más pequeñas a establecerse junto a ella; se rodeó de unos muros de aproximadamente cuarenta estadios de circunferencia y obligó también a unirse a los titos, otra tribu limítrofe. Al enterarse de ello, el senado prohibió que fuera levantada la muralla, les reclamó los tributos estipulados en tiempos de Graco y les ordenó que proporcionaran ciertos contingentes de tropas a los romanos. Esto último, en efecto, también estaba acordado en los tratados. Los habitantes de Segeda, con relación a la muralla, replicaron que Graco había prohibido fundar nuevas ciudades, pero no fortificar las ya existentes. Acerca del tributo y de las tropas mercenarias, manifestaron que habían sido eximidos por los propios romanos después de Graco. La realidad era que estaban exentos, pero el senado concede siempre estos privilegios añadiendo que tendrán vigor en tanto lo decidan el senado y el pueblo romano.

Así pues, Nobílior fue enviado contra ellos con un ejército de casi treinta mil hombres. Los segedanos, cuando supieron de su próxima llegada, sin dar remate ya a la construcción de la muralla, huyeron hacia los arevacos con sus hijos y sus mujeres y les suplicaron que los acogieran. Éstos lo hicieron así y eligieron como general a un segedano llamado Caro, que era tenido por hombre belicoso. A los tres días de su elección, apostando en una espesura a veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes, atacó a los romanos mientras pasaban. Aunque el combate resultó incierto durante mucho tiempo, logró dar muerte a seis mil romanos y obtuvo un brillante triunfo. Tan grande fue el desastre que sufrió Roma. Sin embargo, al entregarse a una persecución desordenada después de la victoria, los jinetes romanos que custodiaban la impedimenta cayeron sobre él y mataron al propio Caro, que destacó por su valor, 45

y a sus acompañantes, en número éstos no inferior a seis mil, hasta que la llegada de la noche puso fin a la batalla. Estos sucesos tuvieron lugar el día en el que los romanos acostumbraban a celebrar una procesión en honor de Vulcano<sup>27</sup>. Por este motivo, desde aquel tiempo, ningún general romano quiso comenzar un combate voluntariamente en este día.

46 Por consiguiente, los arevacos se reunieron de inmediato en esa misma noche en Numancia<sup>28</sup>, que era la ciudad más poderosa, y eligieron como generales a Ambón y Leucón. Nobílior, a su vez, tres días más tarde marchó contra ellos y fijó su campamento a una distancia de veinticuatro estadios. Después que se le unieron trescientos jinetes nómadas enviados por Masinissa y diez elefantes, condujo el ejército contra los enemigos, llevando ocultos en la retaguardia a los animales. Cuando se entabló el combate, los soldados se escindieron y quedaron a la vista los elefantes. Los celtíberos y sus caballos, que jamás antes habían visto elefantes en ningún combate, fueron presa del pánico y huyeron hacia la ciudad. Entonces Nobílior condujo a los animales contra las murallas y combatió con bravura hasta que un elefante, herido en la cabeza por una enorme piedra que había sido arrojada, se enfureció y dando un fortísimo barrido volvió grupas contra sus amigos y mató a todo aquel que se puso en su camino, sin hacer distinción entre amigos y enemigos. Los otros elefantes, excitados por el barrido de aquél, hacían todos lo mismo y comenzaron a pisotear a los romanos, a despedazarlos y lanzarlos por los aires. Esto es lo que

---

<sup>27</sup> Se refiere a la fiesta de las *Vulcanalia*, celebrada el 23 de agosto en honor de Vulcano. En esta festividad era costumbre arrojar al fuego pececitos y, a veces, otros animales. Se creía que estas ofrendas representaban vidas humanas, para cuya conservación dichos animales eran ofrecidos al dios.

<sup>28</sup> A 7 km. de la actual Soria.

les suele ocurrir siempre a los elefantes cuando están irritados, que consideran a todos como enemigos. Y algunos, a causa de esta falta de confianza, los llaman «enemigos comunes». Como consecuencia de este hecho, la huida de los romanos fue desordenada. Los numantinos, al darse cuenta de ello, se lanzaron desde los muros, y en la persecución dieron muerte a cuatro mil hombres y tres elefantes y se apoderaron de muchas armas y enseñas. De los celtíberos murieron alrededor de dos mil.

Nobílior, después que hubo tomado un pequeño respiro tras el desastre, llevó a cabo un intento contra cierta cantidad de provisiones que el enemigo había almacenado en la ciudad de Axinio<sup>29</sup>, pero al no conseguir ningún resultado positivo y sufrir, por el contrario, también allí muchas bajas, regresó de noche al campamento. Desde allí envió a Biesio, un oficial de caballería, a una tribu vecina para lograr una alianza y solicitar jinetes. Ellos les dieron algunos, a los que los celtíberos tendieron una emboscada en su viaje de regreso. Descubierta la emboscada, los aliados lograron escapar, pero Biesio y, con él, muchos romanos perecieron en la lucha. Bajo la influencia de una sucesión tal de desastres acaecidos a los romanos, la ciudad de Ocilis<sup>30</sup>, donde estaban las provisiones y el dinero de estos últimos, se pasó a los celtíberos. Nobílior, perdidas las esperanzas totalmente, inverna en su campamento guareciéndose como le fue posible. Al contar tan sólo con las provisiones que tenía en él sufrió severamente por la falta de las mismas, por la abundancia de nevadas y el rigor del frío, de modo que perecieron muchos soldados, algunos mientras estaban recogiendo

---

<sup>29</sup> Tal vez Uxama (Soria).

<sup>30</sup> Medinaceli (Soria).

leña, otros dentro del campamento, víctimas de la falta de espacio, y otros de frío.

48 Al año siguiente, llegó como sucesor en el mando de Nobílor, Claudio Marcelo con ocho mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Logró cruzar con suma precaución las líneas de los enemigos que le habían tendido una emboscada y acampó ante la ciudad de Ocilis con todo su ejército. Hombre efectivo en las cosas de la guerra, logró atraerse de inmediato a la ciudad y les concedió el perdón, tras exigir rehenes y treinta talentos de plata. Los nergobrigenses, al enterarse de su moderación, le enviaron emisarios para preguntarle por qué medios obtendrían la paz. Cuando les ordenó entregarle cien jinetes para que combatieran a su lado como tropas auxiliares, ellos le prometieron hacerlo, pero, por otro lado, lanzaron un ataque contra los que estaban en la retaguardia y se llevaron algunas bestias de carga. Poco después, llegaron con los cien jinetes, como en efecto se había acordado, y con relación a lo ocurrido en la retaguardia, dijeron que algunos de los suyos, sin saber lo pactado, habían cometido un error. Entonces, Marcelo hizo prisioneros a los cien jinetes, vendió sus caballos, devastó la llanura y repartió el botín entre el ejército. Finalmente, puso cerco a la ciudad. Los nergobrigenses, al ser conducidas contra ellos máquinas de asalto y plataformas, enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo y solicitaron el perdón. Éste replicó que no lo otorgaría, a no ser que los arevacos, belos y titos lo solicitaran todos a la vez. Cuando se enteraron estas tribus, enviaron celosamente emisarios y pidieron a Marcelo que, tras imponerles un castigo moderado, se atuviera a los tratados firmados con Graco. Se pusieron en contra de esta petición algunos nativos a quienes ellos habían hecho la guerra.



Marcelo envió embajadores de cada parte a Roma <sup>49</sup> para que dirimieran allí mutuamente sus querellas y, en privado, mandó una carta al senado instando a la consecución de los tratados. Quería, en efecto, poner fin a la guerra por medio de su intervención personal, pues esperaba que ello le habría de reportar una gloria provechosa. Los embajadores de la facción amiga penetraron en la ciudad y fueron agasajados como huéspedes; en cambio, los del bando enemigo, como era la costumbre, acamparon fuera de las murallas. El senado desestimó la propuesta de paz y se tomó muy a mal que no hubieran querido someterse a los romanos cuando precisamente se lo pidió Nobilior, el predecesor de Marcelo, y les replicó que este último les comunicaría la decisión senatorial. Y, de inmediato, reclutaron un ejército para Iberia, ahora por primera vez mediante sorteo, en vez de por el sistema de leva habitual. Y se decidió, en esta ocasión, formar el ejército mediante sorteo, debido a que muchos culpaban a los cónsules de haber recibido un trato injusto en el enrolamiento, en tanto que a algunos los habían elegido para los servicios más fáciles. Mandaba las tropas el cónsul Licinio Lúculo. Como lugarteniente tenía a Cornelio Escipión, el que, no mucho después, tomó Cartago y, más tarde, Numancia.

Lúculo se puso en camino, y Marcelo anunció públicamente <sup>50</sup> la guerra a los celtíberos y les devolvió sus rehenes como lo habían pedido. Después llamó a su lado al portavoz de los celtíberos en Roma y estuvo conferenciando con él en privado durante largo rato. En razón de esto, se empezó precisamente a sospechar ya entonces, y después fue confirmado en mayor medida por los acontecimientos posteriores, que intentaba convencerles de que pusieran en sus manos sus asuntos, buscando con ansiedad dar fin a la guerra antes de la llegada de Lúculo. Después de esta entrevista, cinco

mil arevacos ocuparon Nergóbriga<sup>31</sup>, y Marcelo se puso en marcha hacia Numancia y acampó a una distancia de cinco estadios de ésta. Persiguió a los numantinos acorralándolos en la ciudad y, finalmente, el jefe de éstos, Litennón, haciendo un alto, dijo a voces que quería reunirse con Marcelo para negociar. Cuando estuvieron reunidos, afirmó que los belos, titos y arevacos se ponían voluntariamente en manos de Marcelo. Éste, feliz por la noticia, exigió rehenes y dinero a todos ellos y, habiéndolos tomado, los dejó libres. De este modo, terminó la guerra de los belos, titos y arevacos antes de la llegada de Lúculo.

- 51 Este último, que estaba deseoso de gloria y necesitado de dinero por causa de su penuria, realizó una incursión contra los vacceos, otra tribu celtíbera, que eran vecinos de los arevacos, sin haber recibido ninguna orden de Roma y sin que los vacceos hubieran hecho la guerra a los romanos, ni siquiera hubieran cometido falta alguna contra el mismo Lúculo. Después de cruzar el río Tajo, llegó a la ciudad de Cauca<sup>32</sup> y acampó frente a ella. Sus habitantes le preguntaron con qué pretensión llegaba o por qué motivo buscaba la guerra, y cuando les contestó que venía en ayuda de los carpetanos, que habían sido maltratados por ellos, se retiraron de momento a la ciudad, pero le atacaron cuando estaba buscando madera y forraje. Mataron a muchos de sus hombres y a los demás los persiguieron hasta el campamento. Tuvo lugar también un combate en regla y los de Cauca, semejantes a tropas de infantería ligera, resultaron vencedores durante un cierto tiempo, hasta que se les agotaron los dardos. Entonces huyeron, pues

---

<sup>31</sup> Desconocida como tal. Está atestiguada Nertóbriga, la actual Riela o quizá Calatorao (Zaragoza). Existe otra *Nertobriga Concordia Iulia*, la actual Fregenal de la Sierra (Badajoz).

<sup>32</sup> Coca (Segovia).

no estaban acostumbrados a resistir a pie firme el combate y, acorralados delante de las puertas, perecieron alrededor de tres mil.

Al día siguiente, los más ancianos, coronados y portando ramas de olivo de suplicantes, volvieron a preguntar otra vez a Lúculo qué tendrían que hacer para ser amigos. Éste les exigió rehenes y cien talentos de plata y les ordenó que su caballería combatiera a su lado. Cuando todas sus demandas fueron satisfechas, decidió poner una guarnición en el interior de la ciudad. Los de Cauca aceptaron también esto y él introdujo a dos mil hombres cuidadosamente elegidos, a quienes dio la orden de que cuando estuviesen dentro ocuparan las murallas. Una vez que la orden estuvo cumplida, Lúculo hizo penetrar al resto del ejército y, a toque de trompeta, dio la señal de que mataran a todos los de Cauca que estuvieran en edad adulta. Estos últimos perecieron cruelmente invocando las garantías dadas, a los dioses protectores de los juramentos, y maldiciendo a los romanos por su falta de palabra. Sólo unos pocos de los veinte mil consiguieron escapar por unas puertas de la muralla de difícil acceso. Lúculo devastó la ciudad y cubrió de infamia el nombre de Roma. Los demás bárbaros corrieron juntos desde los campos hacia zonas escarpadas o ciudades más poderosas, llevándose todo cuanto podían y prendiendo fuego a lo que dejaban para que Lúculo no pudiera encontrar ya nada.

Este último, después de haber recorrido una gran extensión de tierra desértica, llegó a la ciudad de Intercacia<sup>33</sup>, en la que se habían reunido, en su huida, más de veinte mil soldados de infantería y dos mil jinetes. Lúculo, siguiendo un criterio estúpido, los invitó a firmar un tratado, pero ellos le echaron en cara

<sup>33</sup> Quizá Villalpando (Zamora).

su actitud vergonzosa en los sucesos de Cauca y le preguntaron si les invitaba con las mismas garantías que les dio a aquéllos. Lúculo, al igual que todos los culpables, lleno de ira contra ellos por sus reproches en vez de contra sí mismo, asoló sus campos y estableciendo un asedio, cavó en torno a la ciudad muchas trincheras y, de continuo, ponía a sus tropas en orden de combate provocando a la lucha. Sus adversarios, en cambio, no respondían de igual modo y sólo combatían con proyectiles. Con frecuencia, un cierto bárbaro salía cabalgando a la zona que mediaba entre ambos contendientes, adornado con espléndida armadura, y retaba a un combate singular a aquel de los romanos que aceptara y, como nadie le hacía caso, burlándose de ellos y ejecutando una danza triunfal se retiraba. Después que hubo ocurrido esto en varias ocasiones, Escipión, que todavía era un hombre joven, se condeñó en extremo y adelantándose aceptó el duelo y, gracias a su buena estrella, obtuvo el triunfo sobre un adversario de gran talla, pese a ser él de pequeña estatura.

54 Esta victoria elevó la moral de los romanos, pero durante la noche muchos temores hicieron presa en ellos. Pues todos los jinetes bárbaros que habían salido a forrajear antes de que Lúculo llegara, al no poder entrar en la ciudad por haberla sitiado éste, se pusieron a correr alrededor del campamento dando gritos y provocaron un alboroto. Y los que estaban dentro les coreaban. Por lo cual un extraño temor invadió a los romanos. A ello se añadía el cansancio por la falta de sueño a causa de la guardia y la falta de costumbre de la comida del país. No tenían vino, sal, vinagre, ni aceite y, al comer trigo, cebada, gran cantidad de carne de venado y de liebre cocida y sin sal, enfermaban del vientre y muchos incluso morían. Finalmente cuando estuvo completado el muro de asalto y, golpeando las murallas de los enemigos, consiguieron echar abajo una

parte, penetraron a la carrera en la ciudad. Sin embargo, no mucho después, al ser obligados a retirarse, se precipitaron por ignorancia en una cisterna de agua en donde perecieron la mayoría. Durante la noche los bárbaros volvieron a construir la parte de la muralla que había sido derribada. Y como ambas partes sufrían severamente —pues el hambre los acosaba—, Escipión prometió a los bárbaros que, si pactaban, no se quebrantarían los tratados. Le creyeron en razón de su prestigio y puso fin a la guerra bajo estas condiciones: los de Intercacia entregarían diez mil *sagos* a Lúculo, una cierta cantidad de ganado y cincuenta hombres como rehenes. En cambio, no obtuvo Lúculo el oro y la plata que había pedido y por lo que precisamente hacía la guerra, al creer que toda Iberia era rica en oro y plata. Y es que, en efecto, no los tenían y ni siquiera aquellos celtíberos daban valor a estos metales.

Se dirigió a continuación a la ciudad de Palantia<sup>34</sup> **55** que gozaba de gran fama a causa de su valor y en la que se habían reunido muchos refugiados. Por este motivo le aconsejaron algunos que se retirara antes del intento. Sin embargo, Lúculo no hizo caso, pues se había informado de que era muy rica, pero los palantinos lo acosaban sin cesar con su caballería cada vez que iba a aprovisionarse de comida y le impedían abastecerse de alimento. Así que Lúculo, al estar falto de víveres, se replegó con el ejército formado en cuadro. Los de Palantia le persiguieron también entonces hasta el río Duero, desde donde se retiraron durante la noche, y Lúculo después de atravesar hacia el país de los turditanos se retiró a sus cuarteles de invierno. Este fue el final de la guerra de los vacceos llevada a cabo por

---

<sup>34</sup> Palencia. Había un río llamado Palentia en el área de la actual provincia de Valencia.

Lúculo contra el decreto del pueblo romano. Pero Lúculo nunca fue llamado a juicio por ello.

56 Por este tiempo otra tribu de los iberos autónomos, los llamados lusitanos, bajo el liderazgo de Púnico, se dedicaron a devastar los pueblos sometidos a Roma, y después de haber puesto en fuga a sus pretores Manilio y Calpurnio Pisón, mataron a seis mil romanos y, entre ellos, al cuestor Terencio Varrón. Púnico, envalentonado por estos hechos, hizo incursiones por toda la zona que se extendía hasta el océano y, uniendo a su ejército a los vettones, puso sitio a una tribu vasalla de Roma, los llamados blastofenicios. Se dice que Aníbal el cartaginés había asentado entre ellos algunos colonos traídos de África y que, a causa de esto, reciben el nombre de blastofenicios. Púnico, golpeado en la cabeza por una piedra, murió y le sucedió en el mando un hombre llamado César. El tal César entabló combate con Mummio que venía desde Roma con otro ejército y, al ser derrotado, huyó. Pero, como Mummio lo persiguió de manera desordenada, giró sobre sí mismo y haciéndole frente dio muerte a nueve mil romanos, volvió a recuperar el botín que le había sido quitado y su propio campamento, al tiempo que también se apoderó del de los romanos y cogió armas y muchas enseñas que los bárbaros pasearon en son de burla por toda Celtiberia.

57 Mummio se dedicó a hacer ejercicios de entrenamiento dentro del campamento con los cinco mil soldados que le quedaban, temeroso de salir a campo abierto antes de que los soldados hubieran recobrado de nuevo su coraje. Esperó allí a que los bárbaros pasaran con una parte del botín que le habían arrebatado, cayó sobre ellos de improviso y, tras haber dado muerte a muchos, recobró el botín y las enseñas. Los lusitanos del otro lado del río Tajo y aquellos que ya estaban en guerra con los romanos, cuyo jefe era Cau-

ceno, se pusieron a devastar el país de los cuneos que estaban sometidos a los romanos y tomaron Conistorgis<sup>35</sup>, una ciudad importante de ellos. Atravesaron el océano junto a las columnas de Hércules y algunos hicieron incursiones por una parte de África y otros sitiaron a la ciudad de Ocilis<sup>36</sup>. Mummio los siguió con nueve mil soldados de infantería y quinientos jinetes, mató a unos quince mil de los que estaban entregados al saqueo y a algunos otros, y levantó el asedio de Ocilis. Después se topó, casualmente, con los que llevaban el producto de su rapiña y los mató a todos, de tal manera que ni siquiera logró escapar un mensajero de esta desgracia. Tras haber entregado al ejército el botín que podían llevar consigo, el resto lo quemó como ofrenda a los dioses de la guerra. Y Mummio, una vez que finalizó su campaña, regresó a Roma y fue recompensado con el triunfo.

Le sucedió en el mando Marco Atilio, quien realizó **58** una incursión contra los lusitanos, dio muerte a setecientos de ellos y se apoderó de Oxtraca<sup>37</sup>, su ciudad más importante. Después de sembrar el pánico entre los pueblos vecinos, firmó tratados con todos. Entre éstos había algunos vettones, limítrofes con los lusitanos. Sin embargo, cuando Atilio se retiraba para pasar el invierno, todos cambiaron de parecer de repente y asediaron a algunos pueblos vasallos de Roma. Servio Galba, el sucesor de Atilio, les apremió a que levantarán el cerco. Tras recorrer en un día y una noche una distancia de quinientos estadios, se presentó ante los lusitanos y entabló combate de inmediato con el ejército cansado. Por fortuna logró romper las filas enemigas, pero se puso a perseguir al enemigo con poca

---

<sup>35</sup> En el Algarve (Portugal), sin localizar.

<sup>36</sup> En el norte de Africa, Ocile, Arcila (Marruecos).

<sup>37</sup> En la Lusitania, sin localizar.

experiencia en la guerra. Razón por la cual, al hacerlo de forma débil y desordenada debido a la fatiga, los bárbaros, al verlos diseminados y que se detenían a descansar por turnos, se reagruparon y atacándolos dieron muerte a unos siete mil. Y Galba, con los jinetes que estaban a su lado, huyó a la ciudad de Carmona. Aquí recuperó a los fugitivos y, después de reunir aliados hasta un número de veinte mil, marchó hacia el territorio de los cuneos y pasó el invierno en Conistorgis.

59 Lúculo, que había combatido contra los vacceos sin autorización senatorial y, a la sazón, se encontraba invernando en Turditania, al darse cuenta de que los lusitanos hacían incursiones contra las zonas próximas, envió a sus mejores lugartenientes y dio muerte a cuatro mil lusitanos. Mató a mil quinientos cuando atravesaban el estrecho cerca de Gades, y a los demás, que se habían refugiado en una colina, los rodeó de una empalizada y capturó a un número inmenso de ellos. Entonces, tras invadir Lusitania, se puso a devastarla gradualmente. Galba llevaba a cabo la misma operación por el lado opuesto. Cuando algunos de sus embajadores vinieron a él con el deseo de consolidar los pactos que habían hecho con Atilio, el general que le había precedido, y que habían quebrantado, los recibió, firmó una tregua y mostró deseos de entablar relaciones amigables con ellos, ya que entendía que se dedicaban a la rapiña, a hacer la guerra y a quebrantar los tratados por causa de la pobreza: «Pues —les dijo— la pobreza del suelo y la falta de recursos os obligan a esto, pero yo daré una tierra fértil a mis amigos pobres y os estableceré en un país rico distribuyéndoos en tres partes».

60 Ellos, confiados en estas promesas, abandonaron sus lugares de residencia habituales y se reunieron en donde les ordenó Galba. Este último los dividió en tres grupos y, mostrándoles a cada uno una llanura, les ordenó



que permanecieran en campo abierto hasta que, a su regreso, les edificara sus ciudades. Tan pronto como llegó a la primera sección, les mandó que, como amigos que eran, depusieran sus armas. Y una vez que lo hubieron hecho, los rodeó con una zanja y, después de enviar a algunos soldados con espadas, los mató a todos en medio del lamento general y las invocaciones a los nombres de los dioses y a las garantías dadas. De igual modo también, dándose prisa, dio muerte a la segunda y tercera sección cuando aún estaban ignorantes de la suerte funesta de los anteriores, vengando con ello una traición con otra traición a imitación de los bárbaros, pero de una forma indigna del pueblo romano. Sin embargo unos pocos de ellos lograron escapar, entre los que estaba Viriato, quien poco tiempo después se puso al frente de los lusitanos, dio muerte a muchos romanos y llevó a cabo las más grandes hazañas. Pero estas cosas, que tuvieron lugar después, las referiré más adelante. Entonces Galba, hombre mucho más codicioso que Lúculo, distribuyó una parte pequeña del botín entre el ejército y otra parte pequeña entre sus amigos, y se quedó con el resto, pese a que ya era casi el hombre más rico de Roma. Se dice que ni siquiera en tiempos de paz dejaba de mentir y cometer perjurio a causa de su ansia de riquezas. Y a pesar de que era odiado y de que fue llamado a rendir cuentas bajo acusación, logró escapar debido a su riqueza.

No mucho tiempo después, todos los que consiguieron escapar a la felonía de Lúculo y Galba lograron reunirse en número de diez mil e hicieron una incursión contra Turditania. Gayo Vetilio vino desde Roma contra ellos con otro ejército y asumió, además, el mando de las tropas que estaban en Iberia, llegando a tener en total diez mil hombres. Éste cayó sobre los que estaban buscando forraje y, después de dar muerte a muchos, obligó a los restantes a replegarse hacia un

lugar en el que, en el caso de permanecer, corrían el riesgo seguro de morir de hambre, y en caso de abandonarlo, el de morir a manos de los romanos. Tal era, en efecto, la dificultad del lugar. Por este motivo enviaron emisarios a Vetilio con ramas de suplicantes, pidiéndole tierra para habitarla como colonos y prometiéndole que desde ese momento serían leales a los romanos en todo. Él prometió entregársela y se dispuso a firmar un acuerdo. Pero Viriato, que había escapado a la perfidia de Galba y entonces estaba con ellos, les trajo a la memoria la falta de palabra de los romanos y cuántas veces habían violado los juramentos que les habían dado y cómo todo aquel ejército estaba formado por hombres que habían escapado a tales perjurios de Galba y de Lúculo. Les dijo que no había que desesperar de salvarse en aquel lugar, si estaban dispuestos a obedecerle.

62 Encendidos sus ánimos y recobradas las esperanzas, lo eligieron general. Después de desplegar a todos en línea de batalla como si fuera a presentar combate, les dio la orden de que, cuando él se montara a caballo, escaparan disgregándose en muchas direcciones como pudiesen por rutas muy distintas en dirección a la ciudad de Tríbola<sup>38</sup> y que le aguardaran allí. Él eligió sólo a mil y les ordenó colocarse a su lado. Una vez efectuadas estas disposiciones, escaparon al punto, tan pronto como Viriato montó a caballo, y Vetilio, temeroso de perseguirles a ellos que habían escapado en muchas direcciones, dio la vuelta y se dispuso a luchar con Viriato, que permanecía quieto y aguardaba a que llegara el momento de atacar. Viriato, con caballos mucho más veloces, lo mantuvo en jaque, huyendo a veces y otras parándose de nuevo y atacando, y consumió aquel día y el siguiente completos en la misma llanura ca-

---

<sup>38</sup> En la serranía de Ronda, no lejos de Carteia.

balgando alrededor. Y cuando calculó que los otros tenían ya asegurada su huida, entonces, partió por la noche por caminos no usados habitualmente y, con caballos mucho más rápidos, llegó a Tríbola sin que los romanos fueran capaces de perseguirlo a causa del peso de sus armas, de su desconocimiento de los caminos y la inferioridad de sus caballos. De esta manera, de modo inesperado, salvó a su ejército de una situación desesperada. Cuando esta estratagema llegó al conocimiento de los pueblos bárbaros de esta zona, le reportó un gran prestigio y se le unieron muchos desde todos los lugares. Y durante ocho años sostuvo la guerra contra Roma.

Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato, <sup>63</sup> que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo.

Vetilio, en su persecución, llegó hasta la ciudad de Tríbola. Pero Viriato, habiendo ocultado una emboscada en una espesura, continuó su huida hasta que Vetilio estuvo a la altura del lugar y, entonces, volvió sobre sus pasos y los que estaban emboscados salieron de su escondite. Por ambos lados empezaron a dar muerte a los romanos, así como a hacerlos prisioneros y a arrinconarlos contra los barrancos. Incluso Vetilio fue hecho prisionero. El soldado que lo capturó, al ver que se trataba de un hombre viejo y muy obeso, no le dio valor alguno y le dio muerte por ignorancia. De los diez mil romanos lograron escapar, a duras penas, unos seis mil y llegar hasta Carpessos, una ciudad situada a orillas del mar, la cual creo yo que se llamaba antiguamente Tartessos por los griegos y fue su rey Argantonio, que dicen que vivió ciento cincuenta años. A los soldados que habían huido hasta Carpessos, el cuestor que acompañaba a Vetilio los apostó en las

murallas llenos de temor. Y, tras haber pedido y obtenido de los belos y los titos cinco mil aliados, los envió contra Viriato. Éste los mató a todos, así que no escapó ni uno que llevara la noticia. Entonces, el cuestor permaneció en la ciudad aguardando alguna ayuda de Roma.

64 Viriato penetró sin temor alguno en Carpetania, que era un país rico, y se dedicó a devastarla hasta que Gayo Plaucio llegó de Roma con diez mil soldados de infantería y mil trescientos jinetes. Entonces, de nuevo Viriato fingió que huía y Plaucio mandó en su persecución a unos cuatro mil hombres, a los cuales Viriato, volviendo sobre sus pasos, dio muerte a excepción de unos pocos. Cruzó el río Tajo y acampó en un monte cubierto de olivos, llamado monte de Venus. Allí<sup>39</sup> lo encontró Plaucio y, lleno de premura por borrar su derrota, le presentó batalla. Sin embargo, tras sufrir una derrota sangrienta, huyó sin orden alguno a las ciudades y se retiró a sus cuarteles de invierno desde la mitad del verano, sin valor para presentarse en ningún sitio. Viriato, entonces, se dedicó a recorrer el país sin que nadie le inquietase y exigía de sus poseedores el valor de la próxima cosecha y a quien no se lo entregaba, se la destruía.

65 Cuando en Roma se enteraron de estos hechos, enviaron a Iberia a Fabio Máximo Emiliano, el hijo de Emilio Paulo, el vencedor de Perseo rey de los macedonios, y le dieron poder de llevar por sí mismo a un ejército. Como los romanos habían conquistado recientemente Cartago y Grecia y acababan de llevar a feliz término la tercera guerra macedónica, él, a fin de dar descanso a los hombres que habían venido de estos lugares, eligió a otros muy jóvenes y sin experiencia

---

<sup>39</sup> Suele identificarse con la Sierra de San Vicente, al norte de Talavera.

anterior alguna en la guerra, hasta completar dos legiones. Y, después de pedir otras fuerzas a los aliados, llegó a Orsón, una ciudad de Iberia, llevando en total quince mil soldados de infantería y dos mil jinetes. Desde allí, y puesto que no deseaba entablar batalla hasta que tuviese entrenado a su ejército, hizo un viaje a través del estrecho hasta Gades para realizar un sacrificio a Hércules. En este lugar, Viriato, cayendo sobre algunos que estaban cortando leña, dio muerte a muchos de ellos y aterrorizó a los restantes. Cuando su lugarteniente los dispuso de nuevo para combatir, Viriato los volvió a vencer y capturó un botín abundante. Cuando llegó Máximo, Viriato sacaba continuamente el ejército en orden de batalla para provocarle, pero aquél rehusaba un enfrentamiento con la totalidad de su ejército, pues todavía estaba ejercitándolos, aunque, en cambio, sostuvo escaramuzas muchas veces con parte de sus tropas para tantear al enemigo e infundir valor a sus propios soldados. Cuando salía a forrajear, colocaba siempre alrededor de los hombres desarmados a un cordón de legionarios y él mismo con jinetes recorría la zona, como había visto hacer cuando combatía junto a su padre Paulo en la guerra macedónica. Después que pasó el invierno, con el ejército entrenado, fue el segundo general que hizo huir a Viriato, aunque éste combatió con valentía; saqueó una de sus ciudades, incendió otra y, persiguiendo en su huida a Viriato hasta un lugar llamado Bécór<sup>40</sup>, le mató a muchos hombres. Pasó el invierno en Córdoba<sup>41</sup>, siendo éste ya el segundo año de su mando como general en esta guerra. Y Emiliano, después de haber realizado estas campañas, partió para Roma, recibiendo el mando Quinto Pompeyo Aulo.

---

<sup>40</sup> Tal vez Baecula (Bailén).

<sup>41</sup> Córdoba.

66 Después de esto, Viriato no despreciaba ya al enemigo como antes y obligó a sublevarse contra los romanos a los arevacos, titos y belos que eran los pueblos más belicosos. Y éstos sostuvieron por su cuenta otra guerra que recibió el nombre de «numantina» por una de sus ciudades y fue larga y penosa en grado sumo para los romanos. Yo agruparé también lo concerniente a esta guerra en una narración continuada después de los hechos de Viriato. Este último tuvo un enfrentamiento con Quintio, otro general romano, en la otra parte de Iberia y, al ser derrotado, se retiró de nuevo al monte de Venus. Desde allí hizo de nuevo una salida, dio muerte a mil soldados de Quintio y le arrebató algunas enseñas. Al resto lo persiguió hasta su campamento y expulsó a la guarnición de Ituca<sup>42</sup>. También devastó el país de los bastitanos, sin que Quintio acudiera en auxilio de éstos a causa de su cobardía e inexperiencia. Por el contrario, estaba invernando en Córdoba desde mitad del otoño y, con frecuencia, enviaba contra él a Gayo Marcio, un ibero de la ciudad de Itálica.

67 Al año siguiente, Fabio Máximo Serviliano, el hermano de Emiliano, llegó como sucesor de Quintio en el mando, con otras dos legiones y algunos aliados. En total sus fuerzas sumaban unos dieciocho mil infantes y mil seiscientos jinetes. Después de escribir cartas a Micipsa, el rey de los númidas, para que le enviase elefantes lo más pronto posible, se apresuró hacia Ituca llevando el ejército por secciones. Al atacarle Viriato con seis mil hombres en medio de un griterío y clamores a la usanza bárbara y con largas cabelleras que agitaban en los combates ante los enemigos, no se amilanó, sino que le hizo frente con bravura y logró rechazarlo sin que hubiera conseguido su propósito. Después que llegó el resto del ejército y en-

---

<sup>42</sup> En otros autores, Tucci, hoy Martos (Jaén).

viaron desde África diez elefantes y trescientos jinetes, estableció un gran campamento y avanzó al encuentro de Viriato, y tras ponerlo en fuga, emprendió su persecución. Pero, como ésta se realizó en medio del desorden, Viriato, al percatarse de ello durante su huida, dio media vuelta y mató a tres mil romanos. Al resto los llevó acorralados hasta su campamento y los atacó también. Sólo unos pocos le opusieron resistencia a duras penas alrededor de las puertas, pero la mayoría se precipitó en el interior de las tiendas a causa del miedo y tuvieron que ser sacados con dificultad por el general y los tribunos. En esta ocasión destacó en especial Fanio, el cuñado de Lelio, y la proximidad de la noche contribuyó a la salvación de los romanos. Pero Viriato, atacando con frecuencia durante la noche, así como a la hora de la canícula, y presentándose cuando menos se le esperaba, acosaba a los enemigos con la infantería ligera y sus caballos, mucho más veloces, hasta que obligó a Serviliano a regresar a Ituca.

Entonces, por fin, Viriato, falto de provisiones y con 68 el ejército mermado, prendió fuego a su campamento durante la noche y se retiró a Lusitania. Serviliano, como no pudo darle alcance, invadió Beturia<sup>43</sup> y saqueó cinco ciudades que se habían puesto de parte de Viriato. Con posterioridad, hizo una expedición militar contra los cuneos y, desde allí, se apresuró, una vez más, hacia los lusitanos contra Viriato. Mientras estaba de camino, Curio y Apuleyo, dos capitanes de ladrones, lo atacaron con diez mil hombres, provocaron una gran confusión y le arrebataron el botín. Curio cayó en la lucha, y Serviliano recobró su botín poco después y tomó las ciudades de Escadia<sup>44</sup>, Gemela<sup>45</sup> y Obólco-

<sup>43</sup> Beturia, región de la Bética entre los ríos Guadiana y Guadalquivir.

<sup>44</sup> En la provincia de Jaén probablemente, sin identificar.

<sup>45</sup> Quizá Tucci, cf. n. 42.

la <sup>46</sup>, que contaban con guarniciones establecidas por Viriato, y saqueó otras e, incluso, perdonó a otras más. Habiendo capturado a diez mil prisioneros, les cortó la cabeza a quinientos y vendió a los demás. Después de apresar a Cónnoba, un capitán de bandoleros que se le rindió, le perdonó sólo a él, pero le cortó las manos a todos sus hombres.

69 Durante la persecución de Viriato, Serviliano empezó a rodear con un foso Erisana <sup>47</sup>, una de sus ciudades, pero Viriato entró en ella durante la noche y, al rayar el alba, atacó a los que estaban trabajando en la construcción de trincheras y les obligó a que arrojaran las palas y emprendieran la huida. Después derrotó de igual manera y persiguió al resto del ejército, desplegado en orden de batalla por Serviliano. Lo acorraló en un precipicio, de donde no había escape posible para los romanos, pero Viriato no se mostró altanero en este momento de buena fortuna sino que, por el contrario, considerando que era una buena ocasión de poner fin a la guerra mediante un acto de generosidad notable, hizo un pacto con ellos y el pueblo romano lo ratificó: que Viriato era amigo del pueblo romano y que todos los que estaban bajo su mandato eran dueños de la tierra que ocupaban. De este modo parecía que había terminado la guerra de Viriato, que resultó la más difícil para los romanos, gracias a un acto de generosidad.

70 Sin embargo, los acuerdos no duraron ni siquiera un breve espacio de tiempo, pues Cepión, hermano y sucesor en el mando de Serviliano, el autor del pacto, denunció el mismo y envió cartas afirmando que era el más indigno para los romanos. El senado en un principio convino con él en que hostigara a ocultas a Vi-

---

<sup>46</sup> En latín *Obulco*, Porcuna (Jaén).

<sup>47</sup> Tal vez la ciudad de Arsa, que aparece un poco después, en Beturia.



riato como estimara oportuno. Pero como volvía a la carga de nuevo y mandaba continuas misivas, decidió romper el tratado y hacer la guerra a Viriato abiertamente. Cuando ésta se hizo pública, Cepión se apoderó de la ciudad de Arsa<sup>48</sup>, abandonada por Viriato, y a éste que había huido destruyendo todo a su paso, le dio alcance en Carpetania con fuerzas mucho más numerosas. Por esta razón, Viriato no juzgó conveniente entablar un combate con él, dada la inferioridad numérica de sus tropas, y ordenó retirarse al grueso de su ejército por un desfiladero oculto; al resto lo puso en orden de batalla sobre una colina y dio la impresión de que deseaba combatir. Y cuando se enteró de que los que habían sido enviados previamente se encontraban en un lugar seguro, se lanzó a galope en pos de ellos con desprecio del enemigo y con tal rapidez que ni siquiera sus perseguidores se percataron de por donde se había marchado. Y Cepión se volvió hacia los vettones y calaicos y devastó su país.

Como emulación de los hechos de Viriato, muchas 71 otras bandas de salteadores hacían incursiones por Lusitania y la saqueaban. Sexto Junio Bruto fue enviado contra éstos, pero perdió la esperanza de poder perseguirlos a través de un extenso país al que circundaban ríos navegables como el Tajo, Letes<sup>49</sup>, Duero y Betis<sup>50</sup>. Consideraba, en efecto, que era difícil dar alcance a gentes que, como precisamente los salteadores, cambiaban de lugar con tanta rapidez, al tiempo que resultaba humillante fracasar en el intento y tampoco comportaba gloria alguna el triunfo en la empresa. Se volvió, por tanto, contra sus ciudades en espera de to-

<sup>48</sup> Quizá Azuaga (Badajoz).

<sup>49</sup> Río no identificado. La traducción sería «(río) del olvido».

<sup>50</sup> Si no se trata de un error del propio Apiano, la forma *Baitēs* parece corrupta, tal vez a partir de *Bainis*, río que otros llaman *Mínios* (Miño), cf. ESTRABÓN, III 3, 4.

marse venganza, de proporcionar al ejército un botín abundante y de que los salteadores se disgregaran hacia sus ciudades respectivas, cuando vieran en peligro a sus hogares. Con este propósito se dedicó a devastar todo lo que encontraba a su paso, las mujeres luchaban al lado de los hombres, y morían con ellos, sin dejar escapar jamás grito alguno al ser degolladas. Hubo algunos que escaparon también a las montañas con cuanto pudieron llevar. A éstos cuando se lo pidieron los perdonó Bruto e hizo lotes con sus bienes.

72 Después de atravesar el río Duero, llevó la guerra a muchos lugares reclamando gran cantidad de rehenes a quienes se le entregaban, hasta que llegó al río Letes, y fue el primer romano que proyectó cruzar este río. Lo cruzó, en efecto, y llegó hasta otro río llamado Nímis<sup>51</sup> e hizo una expedición contra los brácaros, que le habían arrebatado las provisiones que llevaba. Es éste un pueblo enormemente belicoso que combate juntamente con sus mujeres que llevan armas y mueren con ardor sin que ninguno de ellos haga gesto de huir, ni muestre su espalda, ni deje escapar un grito. De las mujeres que son capturadas, unas se dan muerte a sí mismas y otras, incluso, dan muerte a sus hijos con sus propias manos, alegres con la muerte más que con la esclavitud. Algunas ciudades que entonces se pasaron al lado de Bruto se sublevaron poco después y Bruto las sometió de nuevo.

73 Se dirigió contra Talábriga<sup>52</sup>, ciudad que con frecuencia había sido sometida por él y que volvía a sublevarse causándole problemas. También en aquella ocasión le solicitaron el perdón sus habitantes y se rindieron sin condiciones. Él les exigió, en primer lugar, a los desertores romanos, a los prisioneros, todas las

---

<sup>51</sup> Tal vez el Miño.

<sup>52</sup> Aveiro (Portugal).

armas que poseían y, además de esto, rehenes; después les ordenó que abandonaran la ciudad en compañía de sus hijos y de sus mujeres. Cuando también le hubieron obedecido en esto, los rodeó con todo su ejército y pronunció un discurso reprochándoles cuántas veces se habían sublevado y habían renovado la guerra contra él. Después de haberles infundido miedo y de dar la impresión de que iba a infligirles un castigo terrible, cesó en sus reproches y les dejó volver a su ciudad para que la siguieran habitando en contra de lo que esperaban, pues les había quitado sus caballos, el trigo, cuanto dinero poseían y cualquier otro recurso público. Bruto, después de haber realizado todas estas empresas, partió hacia Roma. Yo he unido estos hechos a la narración de Viriato, puesto que fueron provocados por otros salteadores al mismo tiempo y por emulación de aquél.

Viriato envió a sus amigos más fieles, Audax, Ditalcón y Minuro, a Cepión para negociar los acuerdos de paz. Éstos, sobornados por Cepión con grandes regalos y muchas promesas, le dieron su palabra de matar a Viriato. Y lo llevaron a cabo de la manera siguiente. Viriato, debido a sus trabajos y preocupaciones, dormía muy poco y las más de las veces descansaba armado para estar dispuesto a todo de inmediato, en caso de ser despertado. Por este motivo, le estaba permitido a sus amigos visitarle durante la noche. Gracias a esta costumbre, también en esta ocasión los socios de Audax aguardándole, penetraron en su tienda en el primer sueño, so pretexto de un asunto urgente, y lo hirieron de muerte en el cuello que era el único lugar no protegido por la armadura. Sin que nadie se percatara de lo ocurrido a causa de lo certero del golpe, escaparon al lado de Cepión y reclamaron la recompensa. Éste en ese mismo momento les permitió disfrutar sin miedo de lo que poseían, pero en lo tocante a sus demandas los

envió a Roma. Los servidores de Viriato y el resto del ejército, al hacerse de día, creyendo que estaba descansando, se extrañaron a causa de su descanso desacostumbradamente largo y, finalmente, algunos descubrieron que estaba muerto con sus armas. Al punto los lamentos y el pesar se extendieron por todo el campamento, llenos todos de dolor por él y temerosos por su seguridad personal al considerar en qué clase de riesgos estaban inmersos y de qué general habían sido privados. Y lo que más les afligía era el hecho de no haber encontrado a los autores.

75 Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a su tumba. Tan grande fue la nostalgia que de él dejó tras sí Viriato, un hombre que aun siendo bárbaro, estuvo provisto de las cualidades más elevadas de un general; era el primero de todos en arrostrar el peligro y el más justo a la hora de repartir el botín. Pues jamás aceptó tomar la porción mayor aunque se lo pidieran en todas las ocasiones, e incluso aquello que tomaba lo repartía entre los más valientes. Gracias a ello tuvo un ejército con gente de diversa procedencia sin conocer en los ocho años de esta guerra ninguna sedición, obediente siempre y absolutamente dispuesto a arrostrar los peligros, tarea ésta dificilísima y jamás conseguida fácilmente por ningún general. Después de su muerte eligieron a Tántalo, uno de ellos, como general y se dirigieron a Sagunto, ciudad que Aníbal, tras haberla tomado, había fundado de nuevo y le había dado el

nombre de Cartago Nova, en recuerdo de su patria<sup>53</sup>. Cuando fueron rechazados de allí y estaban cruzando el río Betis los atacó Cepión y, finalmente, Tántalo exhausto se rindió con su ejército a Cepión, a condición de que fueran tratados como un pueblo sometido. Los despojó de todas sus armas y les concedió tierra suficiente, a fin de que no tuvieran que practicar el bandidaje por falta de recursos. Y de este modo acabó la guerra de Viriato.

Retorna ahora nuestra historia a la guerra de areva- 76  
cos y numantinos, a los que Viriato había incitado a la revuelta. Cecilio Metelo fue enviado desde Roma contra ellos con un ejército más numeroso y sometió a los arevacos, cayendo sobre ellos con sobrecogedora rapidez, mientras estaban entregados a las faenas de la recolección. Sin embargo, todavía le quedaban Terman-  
cia<sup>54</sup> y Numancia. Numancia era de difícil acceso, pues estaba rodeada por dos ríos, precipicios y bosques muy densos. Sólo existía un camino que descendía a la llanura, el cual estaba lleno de zanjas y empalizadas. Sus habitantes eran excelentes soldados, tanto a caballo como a pie, y en total sumaban unos ocho mil. Aun siendo tan pocos pusieron en graves aprietos a los romanos a causa de su valor. Metelo, después del invierno, entregó a Quinto Pompeyo [Aulo], su sucesor en el mando, el ejército consistente en treinta mil soldados de infantería y dos mil jinetes perfectamente entrenados. Pompeyo, cuando estaba acampado ante Numancia, marchó a cierto lugar, y los numantinos, descendiendo, mataron a un cuerpo de su caballería que corría detrás de él. Cuando regresó, desplegó su ejército en la llanura y los numantinos bajando a su encuentro se replegaron un poco como intentando huir

<sup>53</sup> De nuevo el error de Apiano ya visto antes, cf. nota 10.

<sup>54</sup> Cerca de Montejo (Soria).

hasta que Pompeyo (...) en las empalizadas y precipicios.

77 Como fuera derrotado a diario en escaramuzas por un enemigo muy inferior, se dirigió contra Termancia por considerarlo una tarea mucho más fácil. Sin embargo también aquí cuando trabó combate perdió setecientos hombres y los termantinos pusieron en fuga al tribuno que les llevaba provisiones, y en un tercer intento en ese mismo día, tras acorralar a los romanos en una zona escarpada, arrojaron al precipicio a muchos de ellos, soldados de infantería y de caballería con sus caballos. Los demás, llenos de temor, pasaron la noche armados y cuando al despuntar la aurora les atacaron los enemigos, combatieron el día entero ordenados en formación de combate con una suerte incierta y fueron separados por la noche. A la vista de esto, Pompeyo marchó contra una pequeña ciudad llamada Malia<sup>55</sup>, que custodiaban los numantinos, y sus habitantes mataron con una emboscada a la guarnición y entregaron la ciudad a Pompeyo. Éste, después de exigirles sus armas, así como rehenes, se trasladó a Sedetania que era devastada por un capitán de bandoleros llamado Tangino. Pompeyo lo venció y tomó muchos prisioneros. Sin embargo, la arrogancia de estos bandidos era tan grande, que ninguno soportó la esclavitud, sino que unos se dieron muerte a sí mismos, otros mataron a sus compradores y otros perforaron las naves durante la travesía.

78 Pompeyo retornó otra vez a Numancia e intentó desviar el curso de un río hacia la llanura con objeto de reducir a la ciudad por hambre. Pero los numantinos lo atacaron mientras estaba dedicado a esta tarea, y

---

<sup>55</sup> Sin localizar; situada quizá entre Termancia y Ocilis, en la actual provincia de Soria, cerca de Numancia o de Almazán.

sin ninguna señal de trompeta, saliendo a la carrera todos juntos, asaltaron a los que trabajaban en el río. También asaetearon a los que venían en su auxilio desde el campamento y los encerraron dentro del mismo. Atacando a otros que buscaban forraje, mataron a muchos y entre ellos a Opio, tribuno militar. En otro lugar atacaron a los romanos cuando cavaban una zanja y dieron muerte a unos cuatrocientos y a su jefe. Después de estos sucesos vinieron a Pompeyo desde Roma unos consejeros, y para los soldados, que llevaban ya seis años de campaña, nuevos reemplazos recién reclutados, todavía sin entrenar y sin experiencia de la guerra. Pompeyo, avergonzado por sus desastres y ardiendo en deseos de recuperar su honor, permaneció con éstos en el campamento durante el invierno. Los soldados, acampados al aire libre en medio de un frío gélido y poco habituados aún al agua y el clima del país, enfermaron del vientre y algunos perecieron. A un destacamento que había salido en busca de forraje, los numantinos, ocultándose, le tendieron una emboscada muy cerca del campamento romano y les dispararon dardos para provocarles, hasta que algunos, sin poder soportarlo, salieron contra ellos, y los que estaban emboscados salieron de su escondite y les hicieron frente. Muchos soldados y oficiales romanos perecieron y los numantinos salieron al encuentro de los que llevaban el forraje y mataron a muchos.

Pompeyo, aquejado por tan graves reveses, se retiró a las ciudades en compañía de sus consejeros para pasar el resto del invierno, a la espera de que llegara su sucesor en primavera. Temeroso de ser llamado para una rendición de cuentas, entabló negociaciones a ocultas con los numantinos con vistas a poner fin a la guerra. Y éstos, a su vez, cansados por la gran mortandad de sus mejores hombres, por la falta de productividad de la tierra, por la escasez de alimentos y

por la duración de la guerra, que se prolongaba más de lo esperado, enviaron emisarios a Pompeyo. Éste les ordenó públicamente entregarse a los romanos —pues no conocía otra forma de pactar digna de Roma—, pero en secreto les prometió lo que pensaba hacer. Cuando hubieron llegado a un acuerdo y se entregaron, les exigió rehenes, prisioneros de guerra y a los desertores, y lo obtuvo todo. También pidió treinta talentos de plata. Los numantinos entregaron una parte de esta suma de inmediato y Pompeyo estuvo de acuerdo en esperar para el resto. Cuando se presentó su sucesor, Marco Popilio Lena, ellos llevaron el resto del dinero, y Pompeyo, al sentirse liberado del miedo a la guerra a causa de la presencia de su sucesor y siendo consciente de que el tratado era vergonzoso y se había realizado sin el consenso de Roma, negó haber llevado a cabo pacto alguno con los numantinos. Entonces, éstos probaron su falsedad mediante los testigos que estaban presentes en aquella ocasión, pertenecientes al senado y los prefectos de caballería y tribunos militares de Pompeyo. Popilio los envió a Roma para que se querellaran allí con Pompeyo. Celebrado el juicio en el senado, los numantinos y Pompeyo dirimieron su querrela y el senado decidió continuar la guerra con los numantinos. Popilio atacó a los lusones, un pueblo vecino de aquéllos, pero sin haber obtenido ningún resultado —pues llegó Hostilio Mancino, su sucesor en el mando—, regresó a Roma.

80 Mancino sostuvo frecuentes combates con los numantinos y fue derrotado muchas veces; finalmente, habiendo sufrido numerosas bajas se retiró a su campamento. Al propalarse el rumor de que los cántabros y vacceos venían en socorro de los numantinos, pasó toda la noche, lleno de temor, en la oscuridad sin encender fuego y huyó a un descampado que había servido, en cierta ocasión, de campamento a Nobílior. Al



llegar el día y verse encerrado con su ejército en este lugar sin preparación ni fortificación, cercado por los numantinos que amenazaban con matar a todos, a menos que hicieran la paz, consintió en firmar un pacto sobre una base de equidad e igualdad para romanos y numantinos. Él se comprometió a este pacto con los numantinos mediante un juramento. Sin embargo, cuando se conoció esto en Roma, lo tomaron muy a mal por considerar el tratado como el más vergonzoso de todos, y enviaron a Iberia al otro cónsul, Emilio Lépido. A Mancino lo llamaron para juicio, y lo siguieron embajadores de los numantinos. Emilio, entre tanto, cansado de la inactividad mientras aguardaba la respuesta de Roma —puesto que, en efecto, algunos accedían al mando buscando gloria, botín o el honor del triunfo más bien que el provecho de su ciudad—, acusó falsamente a los vacceos de haber suministrado víveres a los numantinos en el transcurso de esta guerra, de modo que llevó a cabo una incursión contra su país y puso cerco a la ciudad de Palantia, que era la más importante de los vacceos y que en nada había faltado al tratado. También convenció a su cuñado Bruto, que había sido enviado a la otra parte de Iberia, según ya dije antes, a tomar parte en esta empresa.

Le dieron alcance Cinna y Cecilio, embajadores 81  
procedentes de Roma, quienes dijeron que el senado estaba en la duda de si, después de los desastres tan grandes que habían sufrido en Iberia, Emilio iba a provocar otra guerra, y le entregaron un decreto prohibiendo que Emilio hiciera la guerra a los vacceos. Pero él, como había comenzado ya la guerra y creía que el senado desconocía este hecho, así como que le acompañaba Bruto y que los vacceos habían proporcionado trigo, dinero y tropas a los numantinos, y puesto que sospechaba también que la retirada de la guerra sería peligrosa y casi entrañaría la pérdida de toda Iberia,

si sus habitantes llegaban a despreciarles por cobardes, despachó a Cinna y a los suyos sin haber conseguido su misión y puso en conocimiento de todos estos hechos al senado por medio de cartas. Él, por su parte, después de haber construido un fortín, fabricó en su interior máquinas de guerra y almacenó trigo. Flaco, que había salido a recoger forraje, cayó en una emboscada e hizo correr muy hábilmente el rumor de que Emilio se había apoderado de Palantia. El ejército prorrumpió en alaridos para festejar la victoria y los bárbaros, al enterarse y creer que era verdad, se retiraron. De esta forma, salvó Flaco del peligro a las provisiones.

82 Al prolongarse el asedio de Palantia, comenzaron a faltar los alimentos a los romanos y el hambre hizo presa en ellos, todos sus animales de carga perecieron y muchos hombres empezaron a morir de necesidad. Los generales Emilio y Bruto resistieron con paciencia durante mucho tiempo, pero, vencidos por la mala situación, dieron la orden de retirarse, de manera repentina, una noche alrededor de la última guardia. Los tribunos militares y los centuriones corrían de un lado a otro apremiando a todos a hacer esto antes del amanecer. Y ellos, en medio del tumulto, lo abandonaron todo, incluso a los heridos y enfermos que se abrazaban a ellos y les suplicaban que no los abandonasen. Como la retirada se llevó a cabo de forma confusa y desordenada y muy semejante a una huida, los habitantes de Palantia atacando desde todos los lugares les causaron muchas heridas desde el amanecer hasta la tarde. Cuando llegó la noche, los romanos, hambrientos y exhaustos, se dejaron caer en el suelo agrupados, según cayó cada uno, y los de Palantia se retiraron gracias a una intervención de la divinidad. Y esto fue lo que ocurrió a Emilio.

83 Cuando los romanos se enteraron de ello, separaron a Emilio del mando y del consulado; retornó a Roma

como un ciudadano privado y se le impuso una multa. Todavía se estaba dirimiendo la querella entre Mancino y los embajadores numantinos. Estos últimos mostraron públicamente el tratado que habían realizado con Mancino y éste transfirió la culpa del mismo a Pompeyo, su predecesor en el mando, imputándole que había puesto en sus manos un ejército inactivo y mal equipado y que, por esto mismo, también aquél había sido derrotado muchas veces y había efectuado tratados similares con los numantinos. En consecuencia, afirmó que esta guerra, decretada por los romanos en violación de estos tratados, había sido llevada bajo auspicios funestos. Los senadores se irritaron con ambos por igual, pero Pompeyo escapó, debido a que ya antes había sido juzgado por estos hechos. Y decidieron entregar a Mancino a los numantinos por haber llevado a cabo un tratado vergonzoso sin su autorización, argumentando que también sus antepasados habían entregado a los samnitas a veinte generales que habían tratado en semejantes condiciones sin su consentimiento. Por tanto, Furio, llevando a Mancino de vuelta a Iberia, lo entregó, inerte, a los numantinos, pero ellos no lo aceptaron. Elegido general contra ellos Calpurnio Pisón no realizó ningún intento contra Numancia, sino que hizo una incursión contra el territorio de Palantia y, tras haberlo devastado un poco, pasó el resto de su mandato en sus cuarteles de invierno en Carpetania.

En Roma, el pueblo, cansado ya de la guerra contra <sup>84</sup> los numantinos, que se alargaba y les resultaba mucho más difícil de lo que esperaban, eligió a Cornelio Escipión, el conquistador de Cartago, para desempeñar de nuevo el consulado, en la idea de que era el único capaz de vencer a los numantinos. Éste también en la presente ocasión tenía menos edad de la establecida

por la ley para acceder al consulado<sup>56</sup>, por consiguiente el senado, una vez más, como cuando fue elegido este mismo Escipión contra los cartagineses, decretó que los tribunos de la plebe dejaran en suspenso la ley referente a la edad y la pusieran de nuevo en vigor al año siguiente. De esta manera Escipión, cónsul por segunda vez, se apresuró contra Numancia. Él no formó ningún ejército de las listas de ciudadanos inscritos en el servicio militar, pues eran muchas las guerras que tenían entre manos y había gran cantidad de hombres en Iberia. Sin embargo, con el consenso del senado, se llevó a algunos voluntarios que le habían enviado algunas ciudades y reyes en razón de lazos personales de amistad, y a quinientos clientes y amigos de Roma, a los que enroló en una compañía y los llamó la compañía de los amigos. A todos ellos, que en total eran unos cuatro mil, los puso bajo el mando de su sobrino Buteón y él, con unos pocos, se adelantó hacia Iberia para unirse al ejército, pues se había enterado que estaba lleno de ociosidad, discordias y lujo, y era plenamente consciente de que jamás podría vencer a sus enemigos antes de haber sometido a sus hombres a la disciplina más férrea.

- 85 Nada más llegar, expulsó a todos los mercaderes y prostitutas, así como a los adivinos y sacrificadores, a quienes los soldados, atemorizados a causa de las derrotas, consultaban continuamente. Asimismo les prohibió llevar en el futuro cualquier objeto superfluo, incluso víctimas sacrificiales con propósitos adivinatorios. Ordenó también que fueran vendidos todos los carros y la totalidad de los objetos innecesarios que contuvieran y las bestias de tiro, salvo las que permitió que se

---

<sup>56</sup> La ley a que hace referencia es la *Lex Villia annalis*, del 180 a. C. (cf. más detalles en G. RORONDI, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, reimp. 1966, págs. 278-79).

quedaran. A nadie le fue autorizado tener utensilios para su vida cotidiana, exceptuando un asador, una marmita de bronce y una sola taza. Les limitó la alimentación a carne hervida o asada. Prohibió que tuvieran camas y él fue el primero en descansar sobre un lecho de yerba. Impidió también que cabalgaran sobre mulas cuando iban de marcha, pues: «¿Qué se puede esperar, en la guerra —dijo— de un hombre que es incapaz de ir a pie?». Tuvieron que lavarse y untarse con aceite por sí solos, diciendo en son de burla Escipión que únicamente las mulas, al carecer de manos, tenían necesidad de quienes las frotaran. De esta forma, los reintegró a la disciplina a todos en conjunto y también los acostumbró a que lo respetaran y temieran, mostrándose de difícil acceso, parco a la hora de otorgar favores y, de modo especial, en aquellos que iban contra las ordenanzas. Repetía, en numerosas ocasiones, que los generales austeros y estrictos en la observancia de la ley eran útiles para sus propios hombres, mientras que los dúctiles y amigos de regalos lo eran para sus enemigos, pues, decía, los soldados de estos últimos están alegres pero indisciplinados y, en cambio, los de los primeros, aunque con un aire sombrío, son, no obstante, obedientes y están dispuestos a todo.

Pero con todo, ni aun así se atrevió a entablar com- 86  
bate hasta que los ejercitó con muchos trabajos. Así que, recorriendo a diario todas las llanuras más cercanas, construía y demolía a continuación un campamento tras otro, cavaba las zanjas más profundas y las volvía a llenar, edificaba grandes muros y los echaba abajo otra vez, inspeccionándolo todo en persona desde la aurora hasta el atardecer. Las marchas, con objeto de que nadie pudiera escaparse como sucedía antes, las llevaba a cabo siempre en formación cuadrada y sin que estuviese permitido a ninguno cambiar el lugar de la formación que le había sido asignado. Recorría la

línea de marcha y, presentándose muchas veces en la retaguardia, hacía subir en los caballos a los soldados desfallecidos en lugar de los jinetes y, cuando las mulas estaban sobrecargadas, repartía la carga entre los soldados de a pie. Si acampaban al aire libre, los que habían formado la vanguardia durante el día debían colocarse en torno al campamento después de la marcha y un cuerpo de jinetes recorrer los alrededores. Los demás, por su parte, realizaban las tareas encomendadas a cada uno, unos cavaban trincheras, otros hacían trabajos de fortificación, otros levantaban las tiendas de campaña, y estaba fijado y medido el tiempo de realización de todos estos menesteres.

87 Cuando calculó que el ejército estaba presto, obediente a él y capaz de soportar el trabajo, trasladó su campamento a las cercanías de los numantinos. Pero no estableció, como algunos, avanzadillas en puestos de guardia fortificados ni dividió por ningún concepto a su ejército a fin de que, en caso de ocurrir algún contratiempo en un principio, no se ganara el desprecio de los enemigos, que, incluso entonces, ya los menospreciaban. No llevó a cabo tampoco ningún intento contra aquéllos, pues todavía estudiaba la naturaleza de la guerra, su momento favorable y cuáles serían los planes de los numantinos. Recorrió, en busca de forraje, toda la zona situada detrás del campamento y segó el trigo todavía verde. Cuando hubo segado todos estos campos, se hizo preciso marchar hacia adelante. Había un atajo que pasaba junto a Numancia en dirección a la llanura y muchos le aconsejaban que lo tomara. Manifestó, sin embargo, que temía el retorno, pues los enemigos estarían, entonces, descargados y tendrían a su ciudad como base desde donde atacar y a la que poder retirarse. Y añadió: «En cambio, los nuestros retornarán cargados, como es natural en una expedición que viene de recoger trigo, y exhaustos, y llevarán animales de carga, carros

y vituallas. El combate será muy difícil y desigual; arrostraremos un gran peligro, si somos vencidos, y sin embargo, en caso de vencer, no obtendremos una gloria grande ni provechosa. Es ilógico exponerse al peligro por un resultado pequeño y es incauto el general que acepta el combate antes del momento propicio; bueno, en cambio, lo es el que sólo se arriesga en el momento necesario». Y prosiguió, a modo de comparación, que tampoco los médicos echan mano de amputaciones o cauterizaciones antes que de fármacos. Después de haber dicho esto, ordenó a sus oficiales que hicieran la ruta por el camino más largo. Acompañó, entonces, a la expedición hasta el límite del campamento y se dirigió a continuación al territorio de los vacceos, de donde los numantinos compraban sus provisiones, segando todo lo que encontraba y reuniendo lo que era útil para su alimentación, mientras que lo sobrante lo amontonaba en pilas y le prendía fuego.

En una cierta llanura de Palantia, llamada Coplanio, <sup>88</sup> los palantinos habían ocultado un grueso contingente de tropas en las estribaciones boscosas de las montañas y, con otros, atacaron abiertamente a los romanos mientras recogían el trigo. Escipión ordenó a Rutilio Rufo, historiador de estos sucesos y, a la sazón, tribuno militar, que tomase cuatro cuerpos de caballería y pusiera en retirada a los asaltantes. Rufo los siguió, en efecto, cuando se retiraban con excesiva torpeza y alcanzó con los fugitivos la espesura. Entonces, al descubrir la emboscada, ordenó a los jinetes que no entablaran una persecución ni atacaran todavía, sino que se quedaran quietos presentando las lanzas y se limitaran a rechazar el ataque. Escipión, al correr Rufo hacia la colina en contra de lo ordenado, lleno de temor lo siguió con rapidez y, cuando descubrió la emboscada, dividió su caballería en dos cuerpos y les ordenó a cada uno que cargaran contra el enemigo alternativamente,

y que se retiraran al punto después de disparar sus jabalinas todos a la vez, pero no hacia el mismo lugar, sino colocándose en cada ocasión un poco más atrás y retrocediendo. De esta forma, consiguió llevar a salvo a los jinetes a la llanura. Cuando estaba levantando el campamento y emprendía la retirada, se interponía un río difícil de atravesar y cenagoso, y junto a él, le esperaban emboscados los enemigos. Escipión, al enterarse, se desvió de la ruta y tomó otra más larga y menos propicia para las emboscadas, haciendo el viaje de noche a causa del calor y la sed, y cavando pozos, la mayoría de los cuales resultaron ser de agua amarga. Logró salvar a sus hombres con extrema dificultad, pero algunos de los caballos y bestias de carga murieron de sed.

- 89 Mientras atravesaba el territorio de los cauceos, cuyo tratado había violado Lúculo, les hizo saber por medio de un heraldo que podían regresar sin peligro a sus hogares. Y prosiguió hasta el territorio de Numancia para pasar el invierno. Allí se le unió también, procedente de Africa, Yugurta, el nieto de Masinissa, con 12 elefantes y los arqueros y honderos que habitualmente le acompañaban en la guerra. A Escipión, entregado al saqueo y a la devastación constante de las zonas de alrededor, le pasó inadvertida una emboscada en una aldea que estaba circundada, en su mayor parte, por una laguna cenagosa y, por el otro lado, por un barranco en el que estaba escondida la tropa emboscada. Escipión dividió a su ejército, unos penetraron en la aldea para saquearla, dejando fuera las insignias, y otros, en número pequeño, recorrían los alrededores a caballo. Contra éstos se lanzaron los emboscados. Ellos trataron de rechazarlos, pero Escipión, que se encontraba por casualidad junto a las insignias delante de la aldea, llamó a toque de trompeta a los de dentro y, antes de llegar a contar con mil hombres, corrió en



auxilio de los jinetes que estaban en situación difícil. El grueso del ejército se lanzó fuera de la aldea y puso en fuga a los enemigos, pero no persiguió a los que huían, sino que se retiró al campamento tras haber sufrido pocas bajas ambas partes.

No mucho después, estableció dos campamentos <sup>90</sup> muy próximos a Numancia y puso al frente de uno de ellos a su hermano Máximo, en tanto que él en persona se encargaba del otro. A los numantinos, que con frecuencia salían fuera de la ciudad en orden de combate y le provocaban a la lucha, no les hacía caso alguno, porque consideraba más conveniente cercarlos y reducirlos por hambre que entablar un combate con hombres que luchaban en situación desesperada. Y después de establecer siete fuertes en torno a la ciudad, (comenzó) el asedio y escribió cartas a cada una (de las tribus aliadas indicando el número de tropas) que debían enviar. Tan pronto como llegaron, las dividió en muchas partes y también subdividió a su propio ejército. A continuación, designó un jefe para cada una de esas partes y ordenó rodear la ciudad de una zanja y una empalizada. La circunferencia de Numancia era de veinticuatro estadios, y aquella de los trabajos de circunvalación, de más del doble de esa cifra. Todo este espacio de terreno fue dividido y asignado a cada una de esas partes y se les ordenó que, si los enemigos lanzaban un ataque contra un punto determinado, se lo indicaran con una señal; durante el día, con un trapo rojo colocado sobre la punta de una alta pica, y de noche, con fuego, a fin de que, tanto él como Máximo, pudieran ayudar a los necesitados corriendo junto a ellos. Una vez que tuvo adoptadas todas las medidas y podía ya rechazar eficazmente a los que trataban de impedirlo, cavó otro foso detrás, no lejos de aquél, lo fortificó con una empalizada y construyó un muro de ocho pies de ancho y diez de alto sin contar las almenas.

Erigió torreones a lo largo de todo este muro, a intervalos de cien pies. Como no le fue posible prolongar el muro de circunvalación alrededor de la laguna adyacente, la rodeó de un terraplén de igual anchura y altura que las de la muralla para que sirviera a manera de muralla.

91 De este modo, Escipión fue el primero, según creo, que cercó con un muro a una ciudad que no rehuía el combate. El río Duero fluía a lo largo del cinturón de fortificaciones y resultaba de mucha utilidad a los numantinos para el transporte de víveres y para la entrada y salida de sus hombres. Éstos, buceando o navegando por él en pequeños botes, pasaban inadvertidos o bien lograban romper el cerco con ayuda de la vela, cuando soplabá un fuerte viento, o sirviéndose de los remos a favor de la corriente. Como no podía unir sus orillas por ser ancho y muy impetuoso, construyó dos torreones, en vez de un puente, uno en cada orilla y desde cada uno colgó, con cuerdas, grandes tablones de madera que dejó flotar a lo ancho del río, y que llevaban clavados numerosos dardos y espadas. Estos tablones, entrechocando continuamente, debido a la corriente que se precipitaba contra las espadas y los dardos, no permitían pasar a ocultas ni a quienes lo intentaban nadando, sumergidos o en botes. Y esto era lo que en especial deseaba Escipión que, al no poder establecer contacto nadie con ellos ni tampoco entrar, no tuviesen conocimiento de lo que sucedía en el exterior. De este modo, en efecto, llegarían a estar faltos de provisiones y de material de todo tipo.

92 Cuando todo estuvo dispuesto y las catapultas, las ballestas y las máquinas para lanzar piedras se hallaban apostadas sobre las torres, y estaban apilados junto a las almenas piedras, dardos y jabalinas, y los arqueros y honderos ocupaban sus lugares respectivos en los fuertes, colocó a lo largo de toda la obra de

fortificación numerosos mensajeros, que de día y de noche debían comunicarle lo que ocurriera transmitiéndose unos a otros las noticias. Cursó órdenes por cada torre, en el sentido de que, si ocurría algo, hiciera una señal el primero que tuviera problemas y que todos los demás le secundaran de igual modo cuando la vieran, a fin de que pudiera enterarse más rápidamente, por medio de la señal, de la perturbación, y, por medio de los mensajeros, de los detalles. El ejército estaba integrado por sesenta mil hombres, incluyendo las fuerzas indígenas. Dispuso que la mitad se encargara de la guardia de la muralla y de acudir a donde fuera necesaria su presencia; veinte mil hombres debían combatir desde los muros, cuando la ocasión lo requiriese, y otros diez mil constituirían un cuerpo de reserva de éstos. También a cada una de estas tropas le fue asignada una posición y no les estaba permitido intercambiarla sin órdenes previas. Sin embargo, debían lanzarse de inmediato al puesto ya asignado, tan pronto como se diera una señal de ataque. Tan concienzudamente tenía dispuestas Escipión todas las cosas.

Los numantinos, en muchas ocasiones, atacaron a <sup>93</sup> las fuerzas que vigilaban la muralla por diferentes lugares, y la aparición de los defensores era fugaz y sobrecogedora; las señales eran izadas en alto desde todos los lugares, los mensajeros corrían de un lado a otro, los encargados de combatir desde los muros saltaban hacia sus lugares en oleadas, las trompetas resonaban en cada torre de tal modo que el círculo completo presentaba para todos el aspecto más temible a lo largo de sus cincuenta estadios de perímetro. Y Escipión recorría este círculo para inspeccionarlo cada día y cada noche. Estaba firmemente convencido de que los enemigos, así copados, no podrían resistir por mucho tiempo al no poder recibir ya armas ni alimentos ni socorro.

94 Pero Retógenes, un numantino apodado Caraunio, el más valiente de su pueblo, después de convencer a cinco amigos, cruzó sin ser descubierto, en una noche de nieve, el espacio que mediaba entre ambos ejércitos en compañía de otros tantos sirvientes y caballos. Llevando una escala plegable y apresurándose hasta el muro de circunvalación, saltaron sobre él, Retógenes y sus compañeros, y después de matar a los guardianes de cada lado, enviaron de regreso a sus criados y, haciendo subir a los caballos por medio de la escala, cabalgaron hacia las ciudades de los arevacos con ramas de olivo de suplicantes, solicitando su ayuda para los numantinos en virtud de los lazos de sangre que unían a ambos pueblos. Pero algunos de los arevacos no les escucharon, sino que les hicieron partir de inmediato, llenos de temor. Había, sin embargo, una ciudad rica, Lutia<sup>57</sup>, distante de los numantinos unos trescientos estadios, cuyos jóvenes simpatizaban vivamente con la causa numantina e instaban a su ciudad a concertar una alianza, pero los de más edad comunicaron este hecho, a ocultas, a Escipión. Éste, al recibir la noticia alrededor de la hora octava, se puso en marcha de inmediato con lo mejor de sus tropas ligeras y, al amanecer, rodeando a Lutia con sus tropas, exigió a los cabecillas de los jóvenes. Pero, después que le dijeron que éstos habían huido de la ciudad, ordenó decir por medio de un heraldo que saquearía la ciudad, a no ser que le entregaran a los hombres. Y ellos, por temor, los entregaron en número de cuatrocientos. Después de cortarles las manos, levantó la guardia y, marchando de nuevo a la carrera, se presentó en su campamento al amanecer del día siguiente.

95 Los numantinos, agobiados por el hambre, enviaron cinco hombres a Escipión con la consigna de enterarse

---

<sup>57</sup> Quizá la actual Cantalucía, 45 km. al NO. de Numancia.

de si los trataría con moderación, si se entregaban voluntariamente. Y Avaro, su jefe, habló mucho y con aire solemne acerca del comportamiento y valor de los numantinos, y afirmó que ni siquiera en aquella ocasión habían cometido ningún acto reprobable, sino que sufrían desgracias de tal magnitud por salvar la vida de sus hijos y esposas y la libertad de la patria. «Por lo que muy en especial —dijo—, Escipión, es digno que tú, poseedor de una virtud tan grande, te muestres generoso para con un pueblo lleno de ánimo y valor y nos ofrezcas, como alternativas de nuestros males, condiciones más humanas, que seamos capaces de sobrellevar, una vez que acabamos de experimentar un cambio de fortuna. Así que no está ya en nuestras manos, sino en las tuyas, o bien aceptar la rendición de la ciudad, si concedes condiciones mesuradas, o consentir que perezca totalmente en la lucha». Avaro habló de esta manera, y Escipión, que conocía la situación interna de la ciudad a través de los prisioneros, se limitó a decir que debían ponerse en sus manos junto con sus armas y entregarle la ciudad. Cuando les fue comunicada esta respuesta, los numantinos, que ya de siempre tenían un espíritu salvaje debido a su absoluta libertad y a su falta de costumbre de recibir órdenes de nadie, en aquella ocasión aún más enojados por las desgracias y tras haber sufrido una mutación radical en su carácter, dieron muerte a Avaro y a los cinco embajadores que le habían acompañado, como portadores de malas nuevas y, porque pensaban que, tal vez, habían negociado con Escipión su seguridad personal.

No mucho después, al faltarles la totalidad de las 96 cosas comestibles, sin trigo, sin ganados, sin yerba, comenzaron a lamer pieles cocidas, como hacen algunos en situaciones extremas de guerra. Cuando también les faltaron las pieles, comieron carne humana cocida, en primer lugar la de aquellos que habían muerto, troceada

en las cocinas; después, menospreciaron a los que estaban enfermos y los más fuertes causaron violencia a los más débiles. Ningún tipo de miseria estuvo ausente. Se volvieron salvajes de espíritu a causa de los alimentos y semejantes a las fieras, en sus cuerpos, a causa del hambre, de la peste, del cabello largo y del tiempo transcurrido. Al encontrarse en una situación tal, se entregaron a Escipión. Éste les ordenó que en ese mismo día llevaran sus armas al lugar que había designado y que al día siguiente acudieran a otro lugar. Ellos, en cambio, dejaron transcurrir el día, pues acordaron que muchos gozaban aún de la libertad y querían poner fin a sus vidas. Por consiguiente, solicitaron un día para disponerse a morir.

97 Tan grande fue el amor a la libertad y el valor existentes en esta pequeña ciudad bárbara. Pues, a pesar de no haber en ella en tiempos de paz más de ocho mil hombres, ¡cuántas y qué terribles derrotas infligieron a los romanos! ¡Qué tratados concluyeron con ellos en igualdad de condiciones, tratados que hasta entonces a ningún otro pueblo habían concedido los romanos! ¡Cuán grande no era el último general que les cercó con sesenta mil hombres y al que invitaron al combate en numerosas ocasiones! Pero éste se mostró mucho más experto que ellos en el arte de la guerra, rehusando llegar a las manos con fieras y rindiéndolos por hambre, mal contra el que no se puede luchar y con el que únicamente, en verdad, era posible capturar a los numantinos, y con el único que fueron capturados.

A mí, precisamente, se me ocurrió narrar estos sucesos relativos a los numantinos, al reflexionar sobre su corto número y su capacidad de resistencia, sobre sus muchos hechos de armas y el largo tiempo que se opusieron. En primer lugar se dieron muerte aquellos que lo deseaban, cada uno de una forma. Los restantes acudieron al tercer día al lugar convenido, espectáculo

terrible y prodigioso, sus cuerpos estaban sucios, llenos de porquería, con las uñas crecidas, cubiertos de vello y despedían un olor fétido; las ropas que colgaban de ellos estaban igualmente mugrientas y no menos malolientes. Por estas razones aparecieron ante sus enemigos dignos de compasión, pero temibles en su mirada, pues aún mostraban en sus rostros la cólera, el dolor, la fatiga y la conciencia de haberse devorado los unos a los otros.

Escipión, después de haber elegido cincuenta de 98 entre ellos para su triunfo, vendió a los restantes y arrasó hasta los cimientos a la ciudad. Así, este general romano se apoderó de las dos ciudades más difíciles de someter; de Cartago, por propia decisión de los romanos a causa de su importancia como ciudad y cabeza de un imperio, y por su situación favorable por tierra y por mar; y de Numancia, ciudad pequeña y de escasa población, sin que aún hubieran decidido nada sobre ella los romanos, ya sea porque lo considerara una ventaja para éstos, o bien porque era un hombre de natural apasionado y vengativo para con los prisioneros o, como algunos piensan, porque considerara que la gloria inmensa se basaba sobre las grandes calamidades. Sea como fuere, lo cierto es que los romanos, hasta hoy en día, lo llaman «Africano» y «Numantino» a causa de la ruina que llevó sobre estas ciudades. En aquella ocasión, después de repartir el territorio de Numancia entre los pueblos vecinos, llevar a cabo transacciones comerciales con otras ciudades y reprimir e imponer una multa a cualquier otro que le resultara sospechoso, se hizo a la mar de regreso a su patria.

Los romanos, como era su costumbre, enviaron a 99 diez senadores a las zonas de Iberia recién adquiridas, que Escipión o Bruto antes que él habían recibido bajo rendición o habían tomado por la fuerza, a fin de organizarlas sobre una base de paz. Posteriormente, al ha-

berse producido otras revueltas en Iberia, fue elegido como general Calpurnio Pisón. A él le sucedió en el mando Servio Galba. Sin embargo, cuando los cimbrios invadieron Italia, y Sicilia se debatía en la segunda guerra de los esclavos, no enviaron ningún ejército a Iberia a causa de sus múltiples preocupaciones, pero enviaron legados para que llevaran la guerra del modo que les fuera posible. Después de la expulsión de los cimbrios, llegó Tito Didio y dio muerte hasta veinte mil arevacos. A Termeso<sup>58</sup>, una ciudad grande y siempre insubordinada contra los romanos, la trasladó desde la posición sólida que ocupaba a la llanura y ordenó que sus habitantes vivieran sin murallas. Después de poner sitio a Colenda<sup>59</sup>, la tomó a los ocho meses de asedio por rendición voluntaria y vendió a todos sus habitantes con los niños y las mujeres.

100 Existía otra ciudad próxima a Colenda, habitada por tribus mezcladas de los celtíberos, a quienes Marco Mario había asentado allí hacía cinco años con la aprobación del senado, por haber combatido como aliados suyos contra los lusitanos. Pero éstos a causa de su pobreza se dedicaron al bandidaje. Didio, tras tomar la decisión de destruirlos, con el beneplácito de los diez legados todavía presentes, comunicó a los notables que quería repartirles el territorio de Colenda en razón de su pobreza. Cuando los vio alegres, les ordenó que comunicaran al pueblo esta decisión y acudieran con sus mujeres e hijos a la repartición del terreno. Después que llegaron, ordenó a sus soldados que evacuaran el campamento y, a los que iban a recibir el nuevo asentamiento, que penetraran en su interior so pretexto de inscribir en un registro a la totalidad de ellos, en una lista los hombres y en otra las mujeres y los niños para

---

<sup>58</sup> Tal vez Termes = Termancia, ver n. 54.

<sup>59</sup> Cuéllar (Segovia).



conocer qué cantidad de tierra era necesario repartirles. Cuando hubieron penetrado en el interior de la zanja y la empalizada, Didio, rodeándoles con el ejército, les dio muerte a todos. Y por estos hechos también celebró su triunfo Didio. De nuevo se sublevaron los celtíberos y, enviado Flaco contra ellos, mató a veinte mil. En la ciudad de Belgeda<sup>60</sup>, el pueblo, presto a la revuelta, prendió fuego al consejo, que se hallaba indeciso, en el mismo lugar de su reunión. Flaco marchó contra ellos y dio muerte a los culpables.

Éstos son los hechos que encontré dignos de men- 101  
ción en las relaciones de los romanos con los iberos, como pueblo, hasta este momento. En un período posterior, cuando surgieron en Roma las disensiones entre Sila y Cinna, y el suelo patrio se vio dividido por guerras civiles y campamentos, Quinto Sertorio, del partido de Cinna, elegido para mandar en Iberia, sublevó a esta última contra los romanos. Después de reunir un gran ejército y crear un senado de sus propios amigos a imitación del senado romano, marchó contra Roma con atrevimiento y una moral elevada. También en lo demás era renombrado por su celo extremado, hasta tal punto que el senado, lleno de temor, eligió contra él a aquellos de sus generales que gozaban de la máxima fama entonces: Cecilio Metelo con un gran ejército y Gneo Pompeyo con otro ejército, para que repelieran de cualquier manera posible esta guerra fuera de Italia, gravemente aquejada por la guerra civil. Pero a Sertorio lo mató Perpenna, uno de sus partidarios, que se proclamó a sí mismo general de la facción en su lugar, y Pompeyo dio muerte en el combate a Perpenna, de modo que esta guerra que había causado gran alarma a los romanos por el miedo llegó a su fin. Los pormenores de la

---

<sup>60</sup> Ciudad del valle del Jalón, de localización desconocida.

misma los mostrará el libro de la guerra civil concerniente a Sila.

102 Después de la muerte de Sila, fue elegido como pretor para Iberia, Gayo César, con poder incluso para hacer la guerra a quienes fuera necesario. Sometió por la fuerza de las armas a todos aquellos pueblos iberos que estaban agitados o faltaban por someter a los romanos. A algunos que se sublevaron los sometió Octavio César, el hijo <sup>61</sup> de Gayo, llamado Augusto. Y me parece a mí que desde aquel tiempo los romanos dividieron Iberia —a la que precisamente ahora llaman Hispania— en tres partes y comenzaron a enviar, cada año, gobernadores a cada una de ellas, dos elegidos por el senado y el tercero por el emperador por el tiempo que estimase oportuno <sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> Adoptivo.

<sup>62</sup> Apiano invierte aquí la realidad. Eran dos las provincias imperiales y una la senatorial.

## INDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre Africa*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates*.

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

- |  |  |
|--|--|
| Abido (ciudad de la Tróade),<br><i>Sir.</i> 21; 23; 28; <i>Mi.</i> 56. | Acarmania (región de Grecia),<br><i>Mac.</i> XI, 4; <i>Sir.</i> 16; <i>Mi.</i> 95. |
| aborígenes (primitivos habitantes de Italia), <i>R.</i> I, 1; I A.     | Acaya (región de Grecia), <i>Mi.</i> 96.   |
| Abrúpolis (amigo de los romanos), <i>Mac.</i> XI, 2; 6.                | Acaya (ciudad de Siria), <i>Sir.</i> 57; (ciudad de Partia), <i>Sir.</i> 57.       |
| Academia (bosque de la —, en el Ática, Grecia), <i>Mi.</i> 30.         | Accio (promontorio del terri-  |

- torio de Anactoria en la Acarnania), *Si.* VI, 1.
- Acilio Glabrio, Manio (general romano contra Antíoco), *Sir.* 17; 18; 19; 21; 23.
- Acio (líder de los volscos), *It.* V, 5.
- Acola (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- Acrópolis (ciudadela de Atenas), *Mi.* 38; 39.
- Adana (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Adramitio (los habitantes de —, en Asia), *Mi.* 23.
- Adriano (emperador de Roma), *Ib.* 38; *Sir.* 50.
- Adriático (o mar Jonio, confusión en Apiano), *P.* 14; *Il.* 1; 3; 7; 8; 12; *Sir.* 15; 16; 63; *Mi.* 95; 112.
- Africa, *P.* 4; 9; 12; *Si.* I; II, 3; *Ib.* 4; 9; 14; 18; 19; 29; 37; 56; 57; 67; 89; *An.* 55; 57; 59; 60; *Af.* 1; 2; 3; 4; 6; 7; 9; 10; 13; 17; 27; 42; 48; 49; 51; 54; 57; 60; 62; 63; 65; 67; 73; 74; 75; 76; 83; 88; 89; 94; 100; 111; 112; 120; 126; 135; 136; *Nu.* II; *Mac.* I; *Il.* 4; *Sir.* 31; *Mi.* 16; 95; 121.
- africanos (habitantes de Africa, en general no cartagineses), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 12; 14; 16; 17; 19; 20; 27; *An.* 4; 5; 22; 28; 50; *Af.* 1; 5; 9; 14; 15; 21; 36; 40; 44; 68; 71; 101; 103; 126.
- Agamenón (en mitología, rey de Argos y Micenas), *Mi.* 53.
- agaros (una tribu escita), *Mi.* 88.
- Agatocles (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Agatocles (tirano de Sicilia), *Sa.* XI, 1; *Af.* 14; 110.
- agema (cuerpo de caballería macedónico), *Sir.* 32.
- agrianes (tribu de Iliria), *Il.* 14.
- Agripa (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Agripa (general de Augusto), *Il.* 20.
- Agrón (rey de una parte de Iliria), *Il.* 7.
- Agropas (en mitología, rey de Alba), *R.* I A.
- Alba (ciudad del Lacio), *R.* I, 2; I A; *An.* 39; *Af.* 89.
- Alba (colonia romana entre los equos), *An.* 39.
- albanios (habitantes de la primitiva Alba), *An.* 39.
- Albanos (montes al noroeste de Roma), *R.* I A; *Sa.* I, 2.
- albanos (tribu del Cáucaso, en Asia), *Mi.* 103; 114; 116.
- albenses (habitantes de la colonia romana de Alba), *An.* 39.
- Alcetas (prefecto de Caria), *Sir.* 52.
- Alejandrécata (ciudad de Escitia), *Sir.* 57.
- Alejandría (ciudad de Egipto), *P.* 15; *Sir.* 51; 66; *Mi.* 33.

- Alejandría (junto al Granico, en Asia), *Sir.* 29.
- alejandrinos (habitantes de Alejandría), *Sir.* 51.
- Alejandro (proedro de los etolios), *Mac.* IX, 1; 2.
- Alejandro (de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo del anterior), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Alejandro (hijo de Alejandro Balas), *Sir.* 68.
- Alejandro (hijo de Alejandro, rey de Egipto), *Mi.* 23.
- Alejandro (enviado de Mitrídates para asesinar a Nicomedes), *Mi.* 57.
- Alejandro (el paflagonio, lugarteniente de Mitrídates), *Mi.* 76; 77.
- Alejandro Balas (bastardo del linaje seleúcida), *Sir.* 67; 68; 70.
- Alejandro Magno (rey de Macedonia), *P.* 8; 9; 10; *Il.* 3; 14; *Sir.* 1; 10; 19; 32; 52; 54; 55; 56; 57; 61; 63; 64; 70; *Mi.* 8; 19; 20; 83; 89; 117.
- Alejandrópolis (ciudad de la India), *Sir.* 57.
- alóbrogos (tribu gala), *Ga.* I, 4; XII.
- Alpes (cordillera de Europa), *Ga.* II; XIII; *Ib.* 13; 14; *An.* 4; 6; 8; 52; *Il.* 1; 4; 10; 15; 16; 17; *Sir.* 10; 13; *Mi.* 102; 117.
- Amastris (ciudad del Ponto), *Mi.* 11; 12; 82.
- Amazonas (en mitología, pueblo de mujeres guerreras), *Mi.* 78; 83; 103; (país de las —, en el Ponto), *Mi.* 69.
- Ambón (líder de los arevacos), *Ib.* 46.
- Ambracia (ciudad de Tesprocia), *Mac.* III, 1; *Sir.* 17.
- Amigos (caballería de los —, cuerpo de jinetes de Alejandro), *Sir.* 32; 57.
- Amílcar (almirante cartaginés), *Af.* 24.
- Amílcar Barca (general cartaginés), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 6; 8; 24; 28; *An.* 2; 3.
- Amílcar «el Samnita» (jefe de la facción democrática de Cartago), *Af.* 68; 70.
- Aminandro (rey de los atamanes), *Mac.* III, 1; VIII; *Sir.* 13; 14; 17.
- Amintas (padre de Filipo, rey de Macedonia), *P.* 8; 10.
- Amisos (ciudad del Ponto), *Mi.* 8; 78; 83; 120.
- ammonios (pueblo de África), *P.* 1.
- Anneo (río de Paflagonia), *Mi.* 18.
- Amulio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Anagnia (ciudad de Italia), *Sa.* X, 3.
- Anco Hostilio (error de Apiano por Tulio, rey de Roma), *R.* II; *Af.* 112.

- Anco Marcio (rey de Roma), *R.* II.
- Anda (ciudad de África), *Af.* 24.
- Andriscos el Pseudofilipo (aspirante al trono de Macedonia), *Af.* 135.
- Androcoto (rey de un pueblo del Indo), *Sir.* 55.
- Andronico (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Andronico (embajador de Atalo, hermano de Eúmenes), *Mi.* 4; 5.
- Anfípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Aníbal (el paso de —), *An.* 4.
- Aníbal Barca (general cartaginés), *Ib.* 6; 8; 9; 10; 11; 12; 13; 14; 15; 17; 18; 28; 56; 75; *An.* 1-22; 24-26; 28-38; 40-61; *Af.* 2; 6; 7; 9; 15; 23; 31; 33; 35-49; 54-56; 58-59; 63; *Mac.* I; *Sir.* 4; 7-11; 13-15; 17; 22; 28; *Mi.* 109.
- Aníbal «el Estornino» (jefe de la facción cartaginesa pro Masinissa), *Af.* 68.
- Anicio (general romano), *Il.* 9.
- Anio (río del Lacio), *An.* 38-40.
- Annón el Grande (general cartaginés), *Ib.* 4-5; *Af.* 34; 49; 50; 68.
- Annón (sobrino de Aníbal), *An.* 20; 29-30; 36-37.
- Annón (otro general cartaginés), *Ib.* 31.
- Annón (comandante de la guarnición cartaginesa en Capua), *An.* 43.
- Annón (comandante en jefe de la caballería de Asdrúbal), *Af.* 14.
- Annón (hijo de Bomílcar), *Af.* 24; 29-31.
- Annón «el Blanco» (un cartaginés), *Af.* 108.
- Anquises (en mitología, padre de Eneas), *R.* I, 1.
- Antícrago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Antígono (sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia), *Sir.* 53-55; *Mi.* 9.
- Antíoco el Asiático (hijo de Antíoco el Piadoso), *Sir.* 49; 70; *Mi.* 106.
- Antíoco de Comagene, *Mi.* 106; 114; 117.
- Antíoco Ciziceno (hijo de Antíoco, el hermano de Demetrio Nicátor y de Cleopatra), *Sir.* 68; 69.
- Antíoco Epífanes (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 39; 45-47; 66.
- Antíoco Eupátor (hijo de Antíoco Epífanes), *Sir.* 46; 66.
- Antíoco Gripo (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Antíoco el Grande (hijo de Seleuco II), *Af.* 134; *Mac.* IV; IX, 5; 6; XI, 4; 8; *Sir.* 1-9; 11-13; 15-25; 27-34; 36-39; 42-46; 66; *Mi.* 23; 62.
- Antíoco (otro hijo del ante-

- rior), *Sir.* 4; (el hijo más joven), *Sir.* 39.
- Antíoco el Piadoso (hijo de Antíoco Ciziceno), *Sir.* 48; 69; *Mi.* 105; 106.
- Antíoco Sidetes (hijo de Demetrio Soter y hermano de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Antíoco Soter (hijo de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60; 63; 65.
- Antíoco Teos (hijo de Antíoco Soter y abuelo de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 65-66.
- Antioquía (nombre de 16 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la que se hallaba al pie del monte Líbano), *Sir.* 57.
- Antióquide (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Antípatro (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52-53; *Mi.* 8.
- Antonio, Gayo (hermano de Marco Antonio, el triunviro), *Il.* 12.
- Antonio, Marco (el triunviro), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Il.* 13; 16; 17; 19; 28; *Mi.* 121.
- Antonio, Marco (Crético, padre del anterior), *Si.* VI, 1-2.
- Apama (hija de Alejandro de Megalópolis), *Sir.* 13.
- Apamea (otro nombre dado a la ciudad de Celenas, en Frigia), *Sir.* 36; 39.
- Apamea (nombre de 3 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la de Siria), *Sir.* 57.
- Apamea (ciudad de Bitinia), *Mi.* 19; 77.
- Apeninos (montes de Italia), *An.* 8.
- Apiano (historiador griego), *P.* 15.
- Apio (véase Claudio Pulcher, Apio).
- Apión (rey de Cirene), *Mi.* 121.
- Apolo (en mitología, dios griego y romano), *Il.* 4; (estatua de —), *Il.* 30; *Sir.* 12.
- Apolo (promontorio de —, lugar de África), *Af.* 34.
- Apolo (santuario de —, en Cartago), *Af.* 127; 133.
- Apolonia (ciudad griega de los misios de Europa); *Il.* 30; 57.
- Apolonia (ciudad de Iliria), *Il.* 8; *Sir.* 17.
- Apsar (amigo de Yugurta), *Nu.* V.
- Apsaro (río de Armenia), *Mi.* 101.
- Apuleyo (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Apustio, Lucio, *Mac.* IV.
- Aquea (Liga —), *Mac.* VII.
- aqueos (habitantes de Acaya, en Grecia), *Mac.* VII; *Sir.* 14; 26; 31; 63; *Mi.* 29 (de allende la Cólquide).
- aqueos (de Escitia), *Mi.* 67; 69; 102; 116.
- aquerranos (habitantes de Aquerra, en Campania), *Af.* 63.

- Aquilea (ciudad de la Galia), *Il.* 18.
- Aquiles (voto de —), *It.* VIII, 2.
- Aquilio, Manio (general romano), *Mi.* 57.
- Aquilio, Manio (hijo del anterior), *Mi.* 11; 17; 19; 21; 112; 113.
- árabes (vecinos a Siria), *Sir.* 32; 49; 51; 55; 57; (— nabateos), *Mi.* 106; 114.
- Arabia (país de Asia), *P.* 2; 9.
- Aracosia (país de Asia), *Sir.* 55.
- Araxes (afluente mayor del Cirno, entre Armenia y Media), *Mi.* 103.
- arcadios (habitantes de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Arcatias (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 18; 35; 41.
- Ardea (ciudad del Lacio), *It.* VIII, 2.
- ardeos (tribu iliria), *Il.* 10.
- ardieos (tribu iliria), *Il.* 3.
- areácida (tribu númida), *Af.* 33.
- Aretas (rey de los árabes nabateos), *Mi.* 106; 117.
- Aretusa (ciudad junto al río Orontes, en Asia), *Sir.* 57.
- arevacos (tribu celtíbera), *Ib.* 45-46; 48; 50; 51; 66; 76; 94; 99.
- Argantonio (rey de Tartesos, en Iberia), *Ib.* 2; 63.
- argéadas (dinastía de reyes macedonios), *Mac.* II; *Sir.* 63.
- Argiripa (ciudad de Italia), *An.* 31.
- Argonautas (en mitología, expedicionarios a la Cólquide), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Argos (nombre de varias ciudades en diversos lugares), *Sir.* 63.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 5; 32; 42.
- Ariárates (rey de Capadocia, hermano de Olofernes), *Sir.* 47.
- Ariárates (gobernador de Capadocia), *Mi.* 8.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mi.* 10.
- Ariárates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 15.
- Arimino (ciudad de Italia), *An.* 12.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia, sucesor de Ariárates), *Sir.* 48; *Mi.* 10; 11; 13; 15; 16; 56-58; 60; 64; 66-67; 105; 114.
- Ariovisto (caudillo germano), *Ga.* I, 3; XVI; XVII.
- Aristandro (adivino de Alejandro Magno), *Sir.* 64.
- Aristarco (príncipe de los colcos), *Mi.* 114.
- Aristides, *Sir.* 41.
- Aristión (el epicúreo, tirano de Atenas), *Mi.* 28-30; 38-39.
- Aristobulo (rey de los judíos), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 117.
- Aristón (mercader de Tiro), *Sir.* 8.



- Aristonico (hijo ilegítimo de Eúmenes II de Pérgamo), *Mi.* 12; 62.
- Armenia (país de Asia), *Sir.* 49; 57; *Mi.* 13; 67; 88; 101; 104-105; (gentes de Armenia), *Mi.* 114; 116; (rey de —), 119.
- Armenia Mayor (en época romana, la parte de Armenia al este del Éufrates), *P.* 2; 4.
- Armenia Menor (en época romana, la parte de Armenia al oeste del Éufrates), *P.* 2; *Mi.* 90; 105; 115.
- armenios (habitantes de Armenia), *Mi.* 69; 87; (población armenia), 114.
- Arquelao (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-18; 27-32; 34-37; 40-45; 49-50; 54-55; 58; 64.
- Arquelao (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 114; 121.
- Arrideo (hermano de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 54.
- Arsa (ciudad de Iberia), *Ib.* 70.
- Arsaces (rey de Partia), *Mi.* 15.
- Artafernes (hijo de Mitrídates), *Mi.* 108; 117.
- Artaxata (residencia real de Tigranes), *Mi.* 104.
- Artaxias (rey de los armenios), *Sir.* 46; 66.
- Artetauro (príncipe de los ilirios), *Mac.* XI, 2; 6.
- Artoces (rey de los iberos de Asia), *Mi.* 103; 117.
- Asandro (enemigo de Farnaces), *Mi.* 120.
- Asasis (prefecto de caballería de Masinissa), *Af.* 70.
- Ascanio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 1.
- Asclepiódoto (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Asdrúbal (cuñado de Amílcar), *Ib.* 4; 5; 6; 8; *An.* 2-3.
- Asdrúbal (hermano de Aníbal), *Ib.* 13; 15-16; 24; 28; *An.* 4; 16; 52.
- Asdrúbal (hijo de Giscón), *Ib.* 16; 24; 25; 27; 30; 37; *Af.* 9; 10; 13-15; 17; 18; 20; 22; 24; 27; 29-30; 36; 38.
- Asdrúbal (almirante cartaginés), *An.* 58; *Af.* 34.
- Asdrúbal (el Boetarca, jefe de las tropas auxiliares), *Af.* 70-74; 80; 93; 97; 102-104; 108-111; 114; 118; 120; 126-127; 130-132.
- Asdrúbal (nieto de Masinissa), *Af.* 93; 111.
- Asdrúbal Erifo (cartaginés), *Af.* 34; 49; 53.
- Asia, *Mac.* IX, 5; XI, 4; *Sir.* 1; 3; 6; 12; 14; 15; 17; 21; 53; 55-57; 63; 65; *Mi.* 6; (territorios de Asia), *Mi.* 16; 20; 21; 23; 24; 49; 51; 55; 60-64; 68-69; 91; 97; 101; 120.
- Asia (de en torno a Pérgamo), *Mac.* XI, 1; *Mi.* 3; 11; 118.
- Asia (de en torno al Éufrates), *Sir.* 1.

- Asia (de esta parte del monte Tauro), *Sir.* 29; 38.
- Asia (interior), *Sir.* 59.
- Asia (provincia de —), *Mi.* 53; 58; 60-61; 68; 77; 83; 90; 92.
- Asia (imperio de —), *P.* 4; 8; 9.
- Asiático (sobrenombre de Antíoco, hijo de Antíoco el Píadoso; véase).
- Asiria (país de Asia), *Af.* 132.
- asirio (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- Aspis (ciudad de Africa), *Af.* 3.
- Astaco (ciudad de Bitinia, en Asia), *Sir.* 57.
- Astapa (ciudad de Iberia), *Ib.* 33.
- astapenses (habitantes de Astapa), *Ib.* 33.
- Atabirio (monte de Rodas), *Mi.* 26.
- Átalo (padre de Eúmenes), *Mac.* IV; *Sir.* 38; 44.
- Átalo (hermano de Eúmenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5; 36; 45; *Mi.* 3-7.
- Átalo (príncipe de Paflagonia), *Mi.* 114.
- Átalo Filométor (hijo de Eúmenes II), *Mi.* 62.
- atamanes (tribu del Epiro), *Mac.* III, 1; *Sir.* 13; 17.
- Atamania (región del Epiro), *Sir.* 17.
- Atela (ciudad de Campania), *An.* 49.
- Atenas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Mac.* IV; *Sir.* 68; *Mi.* 34-35; 38-39.
- atenienses (habitantes de Atenas), *Af.* 87; *Mac.* IV; VII; *Mi.* 28; 30; 83.
- Atenión (mote peyorativo dado a Fimbria), *Mi.* 59.
- Ática (región de Grecia), *Mi.* 30; 35; *Mac.* IV; *Mi.* 95.
- Atidio (senador romano prófugo), *Mi.* 90.
- Atilio (G. Atilio Serrano), *An.* 5.
- Atilio (M. Atilio Régulo, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 16.
- Atilio, Marco (M. Atilio Serrano, pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 58-59.
- Atilio Régulo (cónsul en el 241 a. C.), *Si.* II, 1; (jefe de la flota romana en Africa en el 256 a. C.), *Af.* 3; 4; 63.
- Atilio (predecesor de Livio en el mando de la flota romana), *Sir.* 22.
- Atilio, Publio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- atintanos (tribu iliria), *Il.* 7-8.
- Atlas (monte de Mauritania, en Africa), *Nu.* V.
- Atreo (hijos de —, en mitología reyes de Argos y Micenas), *Sir.* 63.
- Audacia (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Audax (lusitano amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Aufido (río de Apulia, en Italia), *An.* 16.
- Augusto (véase César Augusto).
- Aulonia (ciudad de Brucios, en Italia), *An.* 49.

- aurupinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Autarico (hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- autaricos (tribu de Iliria), *Il.* 2-5.
- Autólico (compañero de Hércules contra las Amazonas), *Mi.* 83.
- Autronio Peto (un cónsul), *Il.* 28.
- Avaro (un numantino), *Ib.* 95.
- avendeatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Aventino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Axinio (ciudad de Iberia), *Ib.* 47.
- Azov (mar de —), *Mi.* 101; 103; 119; (territorios del —), *Mi.* 102; (pueblos del mar de —), *Mi.* 15.
- Babilonia (satrapía de —, en Asia), *Sir.* 47; 53-57; 65.
- babilonios (habitantes de Babilonia), *Sir.* 1; 47.
- Baco (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 82.
- bactrianos (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Bagadates (sátrapa de Tigranes), *Sir.* 48-49.
- Bagoas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Baleares (islas del Mediterráneo), *P.* 5.
- baleares (honderos), *Af.* 40.
- Bannón Tigilas (legado cartaginés), *Af.* 82; 86.
- Barba (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77.
- Barca (apelativo de Amílcar, véase éste).
- basilidas (tribus de la desembocadura del Dnieper), *Mi.* 69.
- Basilo (un tribuno militar), *Mi.* 50.
- bastarnas (tribus de la Sarmacia europea), *Mac.* XI 1; *Il.* 4; 22; *Mi.* 15; 69; 71.
- bastitanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 66.
- batiatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Bebio (prefecto de Macedonia), *Sir.* 16.
- Bebio (oficial romano), *Il.* 13.
- Bebricia (= Bitinia de Tracia), *Mi.* 1.
- Bécór (fortaleza de Iberia), *Ib.* 65.
- belgas (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Belgeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 100.
- belos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- beneventinos (habitantes de Benevento), *An.* 36-37.
- Benevento (ciudad de Italia), *An.* 37.
- Beocia (región de Grecia), *Mi.* 29-30; 41; 51; 95.
- beocios (habitantes de Beocia), *Mac.* VIII; XI, 1; 7.
- Berenice (hija de Tolomeo Filadelfo y esposa de Antíoco Teos), *Sir.* 65.
- Bernice (pequeña ciudad del Epiro), *Mi.* 4.

- Berrea (ciudad de Asia, homónima de otra en Macedonia), *Sir.* 57.
- besios (pueblo de Tracia o Iliria), *Il.* 16.
- Bética (error de Apiano por Bécula, ciudad de Iberia), *Ib.* 24.
- Betis (río de Iberia), *Ib.* 71; 75.
- Beturia (región de Iberia), *Ib.* 68.
- Bibulo (M. Lucio por error en Apiano, procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Biesio (prefecto de caballería), *Ib.* 47.
- Birsa (primitivo núcleo de población de Cartago), *Af.* 1; 2; 95; 117; 127; 128; 130; 135.
- Bitia (prefecto de la caballería nómada), *Af.* 111; 114; 120.
- Bitias (río de la Bitinia Tracia), *Mi.* 1.
- Bitinia (país al noroeste de Asia Menor), *Sir.* 11; *Mi.* 1; 2; 4; 6-7; 10; 11; 17; 60; 68; 71; 75; 77; 95; 112; 121.
- bitinios (habitantes de Bitinia), *P.* 2; *Sir.* 23; *Mi.* 4-5; 7; 16.
- Bitis (rey legendario epónimo de Bitinia), *Mi.* 1.
- Bituito (rey de los alóbroges), *Ga.* XII.
- Bituito (oficial galo), *Mi.* 111.
- Bizancio (ciudad de Tracia), *Mi.* 1.
- bizantinos (habitantes de Bizancio), *Mac.* XI, 1; 7; *Sir.* 6; 12.
- Blacio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- blastofenicios (tribu de Iberia), *Ib.* 56.
- Blítor (prefecto de Mesopotamia), *Sir.* 53.
- Boco (rey de Mauritania), *Nu.* IV; V.
- Bomílcar (general cartaginés), *Af.* 24; *Nu.* I.
- Bósforo (estrecho entre Asia y Europa), *Mi.* 78; 83; 101; (tribus del —), *Mi.* 64; 67; (región del —), *Mi.* 113; (reino del —), *Mi.* 114; (región del Bósforo tracio), *Mi.* 119.
- bosporianos (tribu del Bósforo), *Mi.* 64.
- Bostar (comandante cartaginés en Capua), *An.* 43.
- boyos (tribu gala), *Ga.* I, 1; *An.* 5; 8.
- brácaros (pueblo de Lusitania), *Ib.* 72.
- Brenno (rey de los Galos), *Ga.* III.
- Brindisi (ciudad de Italia), *An.* 34; *Mac.* XIX; *Il.* 12; *Sir.* 17; 43; *Mi.* 51; 93; 95.
- Británica (isla en el Atlántico), *P.* 5; 9; *Ga.* I, 5.
- britanos (habitantes de Britania), *P.* 1; *Ga.* XIX; *Ib.* 1.
- Britómaris (caudillo galo), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.

- Bríttores (un galo), *Ga.* XXI.  
 Brucios (región de Italia), *Ib.* 44.  
 brucios (pueblo de Italia), *Sa.* X, 1; 2; *An.* 49; 54; 56-57; 61; *Af.* 47; 58.  
 Brutio (prefecto de Macedonia), *Mi.* 29.  
 Bruto (Décimo Bruto Albino, amigo de César), *Il.* 19.  
 Bruto, Sexto Junio (oficial romano), *Ib.* 71-73; 80; 82; 99.  
 Buteón (sobrino de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 84.  
 Cabeza del León (fortaleza de Frigia), *Mi.* 19.  
 Cabira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78-79.  
 «cadenas de Grecia» (tres guarniciones de Filipo en Grecia), *Mac.* VIII.  
 calaicos (tribu de Iberia), *Ib.* 70.  
 Calatis (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.  
 Calcedón (ciudad de Bitinia), *Mi.* 52; 71.  
 calcidios (habitantes de Calcis), *Sir.* 21.  
 Calcis (ciudad de Eubea, en Grecia), *Mac.* VIII; *Sir.* 16; 20; 29; *Mi.* 31; 34; 41; 45; 50.  
 Calcis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 cálibes (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.  
 Calicadno (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.  
 Calidio (tal vez Q. Calidio, tribuno de la plebe en el 99 a. C.), *Mi.* 65.  
 Calídro (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-19.  
 Calíope (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.  
 Calípolis (ciudad de Etolia, en Grecia), *Sir.* 21.  
 Calípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 Calor (río de la Campania, en Italia), *An.* 36.  
 Calpurnio Pisón (Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, pretor en Iberia en el 151-150 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 109-113; 115.  
 Calpurnio Pisón Frugi (pretor en Iberia en el 112 a. C.), *Ib.* 99.  
 Calpurnio Pisón, Q. (pretor en Iberia en el 135 a. C.), *Ib.* 83.  
 Calvino (véase Domicio Calvino).  
 cambeos (tribu iliria), *Il.* 16.  
 Camilo, L. Furio (hijo de Camilo, M. Furio), *Ga.* I, 2.  
 Camilo, M. Furio (dictador romano), *It.* VIII, 1; 2; *Ga.* I, 1; V; *An.* 8.  
 Campania (región de Italia), *Sa.* I, 1; X, 3; *An.* 36; 39.  
 campanios (habitantes de la Campania), *An.* 36-37; 49; 58.  
 «campos grandes» (territorio de África), *Af.* 68.

- Cannas (aldea y batalla famosa de Italia), *An.* 17; 24-25; 31.
- cántabros (tribu de Iberia), *Ib.* 80.
- Canusio (ciudad de la Apulia, en Italia), *An.* 24; 26.
- Caonia (parte del Epiro), *Il.* 1.
- Capadocia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 47; 53; 57; *Mi.* 8-13; 15-17; 56; 60; 64; 66-67; 68; 80-81; 91; 105; 112; 114; 115; 117; (gentes de —), 116; (llamada Seleúcida), 55.
- capadocios (habitantes de Capadocia), *P.* 2; *Sir.* 5; 32; *Mi.* 30; 41; 114; 118.
- Cápeto (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capis (en mitología, padre de Anquises), *R.* I, 1.
- Capis (hijo de Latino Silvio, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capitolio (edificio de Roma), *Ga.* I, 1; IV; VI; *Ib.* 23; *Af.* 66; 75; *Mac.* IX, 4; *Sir.* 39-40; *Mi.* 117.
- Capua (ciudad de Italia), *An.* 36-37; 38; 40.
- capuanos (habitantes de Capua), *An.* 36-37; 43.
- Caraunio (apodo de Retógenes; véase éste).
- Caravis (ciudad de Iberia), *Ib.* 43.
- Caria (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 44; 52; *Mi.* 118.
- Caris (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Carmona (ciudad de Iberia), *Ib.* 25; 27; 58.
- carnos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Caro (segedano, general de los celtiberos), *Ib.* 45.
- Carpessos (véase Tartessos).
- Carpessos (otra —, ciudad de Iberia), *Ib.* 63.
- Carpetania (región de Iberia), *Ib.* 64; 70; 83.
- carpetanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 51.
- cartagineses (habitantes de Cartago), *passim.*
- Cartago «Espartagena» o Cartago Nova (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19-20; 24; 28; 32; 34-35; 75.
- Cartago (ciudad del norte de Africa), *P.* 1; 12; *Si.* II, 1; 3; *Ib.* 5; 7-8; 10-13; 18; 24; 49; 65; 84; 98; *An.* 2-3; 40; 54; 58; *Af.* 1-2; 8-10; 24; 31-34; 36-37; 42; 49-50; 51; 55; 62; 67; 69-71; 73; 75-79; 81; 83-85; 89-90; 94; 97; 105-106; 109-114; 120; 122; 126; 131; 133-136; *Mac.* I; *Sir.* 7-11; 40.
- Cartago (en mitología, fundador de Cartago), *Af.* 1.
- Cartalón (jefe de la guarnición cartaginesa en Tarento), *An.* 49.
- Cartalón (jefe de la facción democrática en Cartago), *Af.* 68; 74.
- Casandro (hijo de Antípatro), *Sir.* 53.

- Casio (L. Casio Longino, cónsul en el 107 a. C.), *Ga.* I, 3.
- Casio (Gayo Casio Hémina, analista romano), *Ga.* VI.
- Casio (Gayo Longino, asesino de César), *Il.* 13.
- Casio, Lucio (procónsul de Asia), *Mi.* 11; 17; 19; 24; 112.
- Caspio (mar), *Mi.* 103.
- Castabala (ciudad de Cilicia), *Mi.* 105.
- Cástax (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- Cástor de Fanagoria, *Mi.* 108; 114.
- Cástulo (ciudad de Iberia), *Ib.* 16.
- Catón (Marco Porcio Catón Uticense), *Ga.* XVIII.
- Catón (Marco Porcio Catón Censorino, célebre hombre de armas y orador romano), *Ib.* 39; 40; *Af.* 65; 69; *Sir.* 18; 19; *Mi.* 6.
- Cauca (ciudad de Iberia), *Ib.* 51-53.
- Cáucaso (monte de Asia), *P.* 4; 9; *Mi.* 103.
- Cauceno (caudillo lusitano), *Ib.* 57.
- cauceos (tribu de Iberia), *Ib.* 89.
- Caudio (ciudad del Samnio, en Italia), *Sa.* IV, 3; 5.
- caunios (habitantes de Cauno, en Caria), *Mi.* 23.
- Cauno (viento de —), *Mi.* 26.
- Cecilio (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo «Crético», cónsul en el 69 a. C.), *Si.* VI, 2.
- Cecilio Metelo (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 76.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Pío, cónsul en el 80 a. C.), *Ib.* 101.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Numídico, cónsul en el 108 a. C.), *Nu.* II; III.
- Cedicio, Q. (emisario romano), *Ga.* V.
- Celenas (ciudad de Frigia), *Sir.* 36.
- Celesiria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 5; 38; 50; 53; *Mi.* 106; 115; 117; 118.
- celtas (habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; 4; *Ib.* 1-2; 4; 37; 39; *An.* 4; *Af.* 5; 7; 17; 40; 44; 46-47; 49; 54; *Il.* 2; 4; 5; 8.
- Celtiberia (región de Iberia), *Ib.* 56.
- celtíberos (tribus de Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1-3; 28; 31; 43; 46-47; 50; 54; 100; *An.* 4; 20; 22; 23; 30; 52-53; 59; 68; 71.
- Celto (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Censorino (véase L. Marcio Censorino).
- Centenio (ciudadano romano), *An.* 9-11; 17.
- Cepión (véase Q. Servilio Cepión).

- Cepión (Bruto Cepión, uno de los asesinos de César), *Il.* 13.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Ib.* 4; *An.* 8; 54; *Af.* 2; 5; 17; 86; *Mi.* 95.
- César, Gayo Julio (dictador y cónsul romano), *P.* 6; 14; *Ga.* I, 2; 3-5; XVI-XXI; *Si.* VII; *Ib.* 102; *Af.* 136; *Il.* 12-13; 15; 28-29; *Mi.* 120-121.
- César Augusto (G. Octavio, véase Octavio César).
- Césaro (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Cicerón (Q. Tulio Cicerón, hermano del célebre orador romano), *Ga.* XX.
- Cícladas (islas en el mar Egeo), *P.* 5; *Mac.* IV.
- Cidonia (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- Cila (ciudad de Africa), *Af.* 40.
- Cilicia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 1; 2; 22; 48; 50; 69; *Mi.* 8; 57; 75; 92; 96; 97; 105-106; 112; 115; 117-119; (gentes de Cilicia), 116.
- cilicios (habitantes de Cilicia), *P.* 2; *Sir.* 32; 50; *Mi.* 92; 96; (tiranos cilicios), 117.
- cimbrios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4; XIV; *Ib.* 99; *Il.* 4.
- cinambrios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Cineas (tesalio), *Sa.* X, 1; 3; 4; XI, 1.
- Cinna (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cinna, Lucio Cornelio (rival de Sila), *Ib.* 101; *Mi.* 51; 60.
- Cinoscéfalas (montañas de Tesalia), *Sir.* 16.
- Cipsela (ciudad de Tracia), *Mi.* 56.
- Cirene (puerto y ciudad en el norte de Africa), *P.* 1; *Af.* 106; *Mac.* IV; *Mi.* 121.
- Cirno (río de la Cólquide), *Mi.* 103.
- Ciro (rey de Persia), *Af.* 28.
- Ciro (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Cirra (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Mac.* XI, 4.
- Cirta (ciudad de Africa), *Af.* 27; 106; *Nu.* IV.
- Ciziceno (sobrenombre de Antíoco Ciziceno; véase éste), *Sir.* 69.
- Cízico (ciudad de Asia), *Sir.* 68; 72; 73; 75; 76; *Mi.* 85; (los habitantes de —), *Sir.* 12; *Mi.* 73-76.
- Claudia Quintia (mujer romana), *An.* 56.
- Claudio el Ciego, Apio (romano célebre), *Sa.* X, 2-3.
- Claudio, Apio (tribuno militar del prefecto Bebio), *Sir.* 16.
- Claudio (sabino elegido senador romano), *R.* XII.
- Claudio, Apio (Pulcher, cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40.
- Claudio (Nerón, pretor en el 212 a. C.), *Ib.* 17.
- Claudio Aselo (romano sitiador de Capua), *An.* 37.



- Claudio Marcelo (cónsul en el 216 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Claudio Marcelo (pretor en Iberia en el 152 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Clazómenas (ciudad de la Jonia), *Mi.* 63.
- Cleémporo (embajador de los isios), *II.* 7.
- Clelio (jefe de los getas), *Mac.* XVIII, 2-3.
- Cleopatra (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Cleopatra (esposa de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Cleopatra (abuela del hijo de Alejandro rey de Egipto), *Mi.* 23; 115; 117.
- Cleopatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- Clístenes (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Clodio (P. Clodio Pulcher, patricio romano), *Si.* VII
- clusinos (habitantes de Clusio, en Etruria), *Ga.* II.
- Clusio (ciudad de Etruria, en Italia), *Ga.* II.
- Cnosos (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- colcos (habitantes de la Cólquide, en Asia), *P.* 4, *Mi.* 15; 64; 101; 103; (país de los —), 101; 114.
- Colenda (ciudad de Iberia), *Ib.* 99; 100.
- Cólquide (país de Asia), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Comana (aldea de Capadocia), *Mi.* 64; 82; 114; (sacerdocio de —), 121.
- Cominio (prefecto de caballería de Graco), *Ib.* 43.
- Complega (ciudad de Iberia), *Ib.* 42-43.
- Concordia (templo de la —, en Tralles, Lidia), *Mi.* 23.
- Conistorgis (ciudad de Iberia), *Ib.* 57-58.
- Cónnoba (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Cononeo (un tarentino), *An.* 32-33.
- Consentia (ciudad de Italia), *An.* 56.
- Coplanio (llanura del territorio de Palantia, en Iberia), *Ib.* 88.
- coralos (tribu sármata), *Mi.* 64.
- Córax (monte de Etolia), *Sir.* 21.
- Córcega (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Mi.* 95.
- Corcira (isla del Adriático), *Mac.* I; XIX; *II.* 7-8.
- corcirenses (habitantes de Corcira), *II.* 16.
- Córdoba (ciudad de Iberia), *Ib.* 65-66.
- Corinto (ciudad de Grecia), *Af.* 136; *Mac.* VII-VIII.
- Cornelio (liberto de Cartago), *Nu.* V.
- Cornelio (general romano contra los peones), *II.* 14.
- Cornelio Coso (cónsul romano en el 343 a. C.), *Sa.* I, 1.

- Cornelio Hispano, Gneo (embajador romano), *Af.* 80.
- Cornelio Léntulo (véase Léntulo, Gneo Cornelio).
- Cornelio, L. Valerio (cónsul romano en el 282 a. C.), *Sa.* VI, 1; VII, 1; *Ga.* XI.
- Cornelio, Marco (cónsul romano en el 201 a. C.), *Af.* 63.
- Cornelio, Publio (familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Coruncanio, T. (cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Coruncanio (otro, embajador romano), *Il.* 7.
- Corvino (véase Valerio Corvo, M.).
- Cos (isla del Egèo), *Mi.* 23; 115; (los de —), 117.
- Cota (Lucio Aurelio Cota cónsul ?), *Il.* 10.
- Cota, Marco Aurelio (gobernador de Bitinia), *Mi.* 71; 112.
- Cotene (prefectura de Armenia), *Mi.* 101.
- cotenos (habitantes de Cotene), *Mi.* 101.
- Cotón (puerto de Cartago), *Af.* 127.
- Crago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Craso (cónsul romano), *Mac.* XII.
- Craso, Licinio (cónsul en el 205 a. C.), *An.* 55-56.
- Craso, M. Licinio (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Crátero (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17.
- Cremona (ciudad de Italia), *An.* 7.
- Creso (rey de Lidia), *Af.* 28.
- Creta (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Si.* VI, 1; *Il.* 6.
- cretenses (habitantes de Creta), *Si.* VI, 1-2; *Sir.* 32.
- Creusa (en mitología, esposa de Eneas), *R.* I, 1.
- Crispino, Tito (cónsul en el 208 a. C.), *An.* 50-51.
- Critias (tirano de Atenas), *Mi.* 28.
- Crotona (ciudad de Italia), *An.* 57.
- Cumas (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 25.
- cuneos (tribu de Iberia), *Ib.* 57-58; 68.
- Curio (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Curión G. Escribonio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 60.
- Chipre (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 9; *Mac.* IV; *Sir.* 4; 52; 54; 56; 95.
- chipriotas (habitantes de Chipre), *Mi.* 92.
- Dalas (ciudad de Asia), *Sir.* 32.
- Dacamas (príncipe númida), *Af.* 41.
- dacios (habitantes de la Dacia, en Europa), *P.* 4; *Il.* 22-23.
- dálmatas (tribu iliria), *Il.* 11; 12; 17; 24-25; 27-28.
- Damágoras (un rodio), *Mi.* 25.
- Damócrito (general etolio), *Sir.* 21.

- Danubio (río de Europa), *P.* 4; *Mac.* XVIII, 1; 2; *Il.* 1; 3; 5; 6; 14; (curso bajo del Istro), 22; (pueblos del —), *Mi.* 15; 69.
- Daorto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dárdano (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- dárdanos (pueblo de Iliria), *Il.* 2; 5; 14; 22; *Mi.* 55.
- Darío (rey de Persia), *P.* 8; *Mi.* 8; 112; 115; (lecho de —), 116.
- Darío (rey de Media), *Mi.* 106; 117.
- Darío (hijo de Mitridates), *Mi.* 108; 117.
- darsios (tribu iliria), *Il.* 2.
- dasaretios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Dasaro (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dasio (un daunio), *An.* 31.
- Dasio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- Daunia (región de Italia), *An.* 31.
- daunios (habitantes de Daunia), *Sa.* IV, 1; X, 1.
- Decio, P. (tribuno militar), *Sa.* I, 1.
- Decio, Vibelio (romano), *Sa.* IX, 1; 2; 3.
- Delfos (santuario de Grecia), *It.* VIII, 1; *An.* 27; *Mac.* XI, 4; 7; *Mac.* XIX; *Il.* 4; (templo de —), *Il.* 5; (tesoro de —), *Mi.* 54; 112.
- Delio (ciudad de Beocia), *Sir.* 12; 15.
- delmatenses (nombre primitivo de los dálmatas), *Il.* 11.
- Delminio (ciudad de Iliria), *Il.* 11.
- Delos (isla del Egeo), *Mi.* 28.
- Demetrias (ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; *Sir.* 29; *Mi.* 29.
- Demetrio (hijo de Filipo V de Macedonia), *Mac.* IX, 2; 5-6; *Sir.* 20.
- Demetrio (gobernador de Faro), *Il.* 7-8.
- Demetrio (hijo de Antígono), *Sir.* 54.
- Demetrio Nicátor (hijo de Demetrio Soter), *Sir.* 67-69.
- Demetrio Soter (hijo de Seleuco IV), *Sir.* 45-47; 66.
- Demóstenes (orador griego), *Sa.* X, 1.
- Dentato, M. Curio (general romano), *Sa.* V.
- derbanos (tribu iliria), *Il.* 28.
- desios (tribu alpina), *Il.* 17.
- Deyótaro (tetrarca de Galacia), *Mi.* 75.
- Deyótaro (tetrarca de los galogrecos), *Mi.* 114.
- Diana (templo de —, en Éfeso), *Mi.* 23.
- Dídima (oráculo de —, en Mileto), *Sir.* 56.
- Didio, Tito (pretor en Iberia en el 101 a. C.), *Ib.* 99-100.
- Dido (en mitología, fundadora de Cartago), *Af.* 1.

- Diégilis (cuñado del rey Prusias), *Mi.* 6.
- Dime (ciudad de Acaya), *Mi.* 96.
- Díndimo (monte de Cízico), *Mi.* 75-76.
- Diocles (oficial de Mitrídates), *Mi.* 78.
- Diódoto (esclavo de la casa real seleúcida), *Sir.* 68; 70.
- Diófanes (comandante de las tropas defensoras de Pérgamo), *Sir.* 26.
- Diógenes (defensor de Néferis), *Af.* 126.
- Diógenes (hijo de Arquelao), *Mi.* 49.
- Diomedes (héroe argivo, en mitología), *An.* 31; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 53.
- Dionisio (el eunuco, lugarteniente de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 76-77.
- Dionisópolis (ciudad griega vecina a los misios de Europa), *Il.* 30.
- Dioscuria (ciudad de la Cólquide), *Mi.* 101.
- Dioscuros (los hijos de Zeus, Cástor y Pólux), *Mi.* 101; 103.
- Ditalcón (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- docleatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- dólopes (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 6.
- Domicio (romano), *Sa.* VI, 2.
- Domicio (Gneo Domicio Ahenobarbo), *Ga.* XI; XII.
- Domicio, Calvino (general de César), *Il.* 7; 13.
- Domicio, Gneo (consejero de Lucio Cornelio Escipión), *Sir.* 30-31; 34; 36.
- Don (pueblos de la región del —), *Mi.* 15.
- Dorilao (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 49.
- Dorsón (G. Fabio Dorsuo, sacerdote romano), *Ga.* VI.
- Dromiquetes (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 32; 41.
- Druso (cónsul romano en el 148 a. C.), *Af.* 112.
- Duero (rio de Iberia), *Ib.* 55; 71-72; 91.
- Ebro (río de Iberia), *Ib.* 6-7; 10; 41-42; *An.* 2-3; *Af.* 6.
- ecuos (pueblo de Italia), *An.* 39; *Af.* 58.
- Edesa (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.
- eduos (tribu gala), *Ga.* XVI; XXI.
- Eetes (en mitología, hijo del Sol y rey de la Cólquide), *Mi.* 103.
- efesios (habitantes de Éfeso), *Mi.* 21; 23; 48; 61.
- Éfeso (ciudad de Asia), *Sir.* 4; 6; 9; 12; 20; 22; 24; 25; 27; *Mi.* 21; 61; 116.
- Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), *P.* 2; (islas del —), *Mi.* 95.

- Egesto (en mitología, personaje de la casa real de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Egipcio (mar de Asia), *P.* 2; 3; 5.
- Egipto (país de Africa), *P.* 1; 9; 10; 14; *Af.* 136; *Mac.* IV; *Il.* 30; *Sir.* 4-5; 48; 50-52; 54; 62; 66; *Mi.* 13; 114; 120; 121; (reyes de —), *Mi.* 16.
- Elatea (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 20.
- Elea (puerto de Eólide, en Asia Menor), *Sir.* 26; 30; 38.
- Eleusis (ciudad de Grecia), *Mi.* 30; 32.
- elimeos (pueblo de Asia), *Sir.* 32.
- Emiliano (véase Fabio Máximo Emiliano).
- Emilio (L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.), *Sa.* VII, 3.
- Emilio (Paulo Emilio, cónsul romano en el 168 a. C.), *Mac.* XIX; *Il.* 9-10; *Sir.* 29; *Ib.* 65; *Af.* 101.
- Emilio Lépidio (pretor en Iberia en el 137 a. C.), *Ib.* 80-83.
- Emilio, Lucio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 20; 23-24.
- Emilio Pappo (L.), *Ga.* I, 2.
- Emporion (ciudad de Iberia), *Ib.* 7; 40.
- Emporion (ciudad de Africa), *Af.* 72; 79.
- Eneas (en mitología héroe de la guerra de Troya), *R.* I, 1-2; I A.
- Eneas Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- énetos (tribu que bordea a Macedonia), *Mi.* 55.
- Enqueleo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- enqueleos (pueblo ilirio), *Il.* 2.
- Eólide (región de Asia Menor), *Sir.* 23; 25.
- eolios (grupo étnico griego), *Sir.* 1; 12.
- Epaminondas (caudillo tebano), *Sir.* 41.
- Epícides (general siracusano), *Si.* III.
- epidamnios (habitantes de Epidamno), *Il.* 7.
- Epidamno (ciudad de Iliria), *Il.* 7; 13.
- Epidauro (tesoro de —), *Mi.* 54.
- Epifanea (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Epifanes (sobrenombre de Antíoco V, véase éste).
- Epiro (país al noroeste de Grecia), *Sa.* VII, 3; VIII; X, 1; 4; *An.* 26; *Mac.* XI, 4; *Il.* 7; *Sir.* 43.
- epirotas (habitantes del Epiro), *Sa.* X, 4; *Mac.* V.
- Equínadas (islas del Adriático), *P.* 5.
- Erasítrato (médico de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60.
- Eridano (río, véase Po).
- Erisana (ciudad de Iberia), *Ib.* 69.

- Eritrea (ciudad de la Jonia), *Mi.* 46.
- Escadia (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Escarfia (ciudad de los locrios epicnemidios), *Sir.* 19.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), *Sir.* 51.
- Escíatos (isla de Tesalia), *Mi.* 29.
- Escipión, Publio Cornelio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14-16; 18; 19; 32; *An.* 5-8; 27; 56; *Af.* 6; 104.
- Escipión, Gneo Cornelio (hermano del anterior), *Ib.* 14-16; *An.* 5; 56; *Af.* 6.
- Escipión, Publio Cornelio (el Africano Viejo), *Ib.* 18-19; 21-30; 32; 34; 35-38; *An.* 55; 57-58; *Af.* 2; 6-10; 13-16; 18-19; 22-32; 34-49; 53; 55-57; 59-62; 64-66; 69; 78; 80; 83; *Sir.* 9-11; 21; 23; 29-30; 38-42.
- Escipión, L. Cornelio E. Asiático (hermano del anterior y legado romano), *Ib.* 29; (cónsul), *Il.* 5; *Sir.* 21.
- Escipión, Lucio (véase el anterior), *Il.* 5.
- Escipión, Publio Cornelio E. Emiliano (el Africano Joven y el Numantino, lugarteniente de Lúculo), *Ib.* 49; 53-54; (cónsul), *Ib.* 84-85; 88-89; 91-96; 98-99; (tribuno militar en África), *Af.* 2; 71-72; 98-109; (cónsul en África), 112-115; 117; 119; 120-121; 124-126; 128-129; 131-135; *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Escipión Nasica, Cornelio (hijo de Gneo Cornelio Escipión), *An.* 56; *Af.* 69.
- Escipión Nasica, Cornelio (otro, cuestor de Escipión el Joven en África y partícipe de una embajada), *Af.* 80.
- Escipiones (Publio y Gneo Cornelio Escipión), *Ib.* 15-17; 19; 23; 29.
- Escipiones (padres adoptivos de Escipión el Joven), *Af.* 101.
- Escipiones (Publio Cornelio Escipión el Africano Viejo y Lucio Cornelio Escipión el Asiático), *Sir.* 22-23; 29-30; 39; 43.
- escitas (habitantes de Escitia), *Mi.* 15; 41; 57; 69; 78; 102; 109; (príncipes), 108; 119; (mujeres reinas de los —), 117.
- Escitia (región de Asia), *Sir.* 57; *Mi.* 101; 112.
- Escordisco (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- escordiscos (tribu iliria), *Il.* 3; 5.
- Escóroba (monte en el límite entre Bitinia y el Ponto), *Mi.* 19.
- Escotio (monte de Armenia Menor), *Mi.* 120.
- Esculapio (en mitología, dios de la medicina), *Af.* 130.
- Esculapio (templo de —), *Af.*

- 130; (en Pérgamo), *Mi.* 23; 60.
- Esepo (río de Misia, en Asia), *Mi.* 76.
- Esmirna (ciudad de la Jonia), *Sir.* 29; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Esparta (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 41.
- Espartaco (gladiador romano), *Mi.* 109.
- espartanos (habitantes de Esparta), *Sir.* 18.
- Espóradas (islas del Egeo), *P.* 5.
- Estatilio Tauro (oficial romano en Dalmacia), *Il.* 27.
- Estratonice (esposa de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59; 61.
- Estratonice (otra, esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Estratonicea (ciudad de Caria fundada por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57; *Mi.* 21; 27.
- etíope (habitante de Etiopía), *P.* 1; 4.
- Etiopía (país de Africa), *P.* 4; 9; *Af.* 71.
- Etolia (región de Grecia), *Sir.* 21; 23; *Mi.* 30.
- etolios (habitantes de Etolia), *Mac.* III, 1; 2; IV; VIII; IX, 1; XI, 1; 7; XII; *Sir.* 12-14; 18-19; 21; 23.
- Etruria (región de Italia), *Sa.* VI, 1-2; X, 3; *Ga.* II; *Ib.* 14; *An.* 5; 8-10; 52; *Af.* 9; *Mi.* 93.
- etruscos (habitantes de Etruria), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI; *Af.* 58; 66.
- Eubea (esposa de Antíoco el Grande), *Sir.* 20.
- Eubea (isla del Egeo), *P.* 5; *Sir.* 12; *Mi.* 29; 95; (habitantes de —), *Mac.* VIII.
- Eudoro (comandante de la flota rodia), *Sir.* 27.
- Eufrates (río de Asia), *P.* 2; 4; 9; *Sir.* 1; 48; 50; 55-56; 62; *Mi.* 68; 84; 101; 116; 119; 121; (fuentes del —), *Mi.* 101.
- Eumaco (sátrapa de Mitrídates Eupátor en Galacia), *Mi.* 46; 75.
- Eumenes (de Cardia, sátrapa de Capadocia), *Sir.* 53; *Mi.* 8.
- Eumenes (rey de Pérgamo), *Mac.* IX, 6; XI, 1-5; 7-8; XVIII, 1-2; *Sir.* 5; 22; 25-26; 31; 33; 34; 36; 38; 44-45; *Mi.* 55; 62.
- Eupátor (sobrenombre de Antíoco el hijo de Epifanes, véase Antíoco Eupátor).
- Eupatoria (ciudad del Ponto), *Mi.* 78; 115.
- Eupatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Eurídice (hija de Antípatro y madre de Cerauno), *Sir.* 62.
- Eurileón (véase Ascanio).
- Euripo (estrecho entre Beocia y Eubea), *Mi.* 45.
- Europa, *P.* 9; *Ib.* 1; *Sir.* 1-3; 6; 15; 38; 53; 56; 63; 65; *Mi.* 13; 58; 69; 101.

- Euxino (Ponto, mar entre Europa y Asia), *P.* 3-4; *Il.* 6; 29; *Sir.* 6; *Mi.* 47; 78; 102-103; 108; (boca del Ponto —), *Mi.* 1; 12; 19; 95; (pueblos del —), *Mi.* 118; 121.
- Fabio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 88; 112.
- Fabio, Quinto (Ambusto, uno de los tres Fabios, véase Fabios).
- Fabio, Quinto (Píctor, analista romano), *An.* 27.
- Fabio Máximo (dictador romano), *An.* 11-16; 31.
- Fabio Máximo Emiliano (cónsul en el 145 a. C.), *Ga.* I, 2; *Ib.* 65; 67; *Mac.* XIX.
- Fabio Máximo Serviliano (pregonero en Iberia en el 141 a. C.), *Ib.* 67-70.
- Fabios (los tres, embajadores romanos a los galos), *Ga.* II-III.
- Fabricio (Gayo Fabricio Luscinio, héroe de la guerra con Pirro y cónsul en el 282 a. C.), *Sa.* IX, 3; X, 4.
- Fameas (véase Himilcón).
- Fanagoria (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 108; (los habitantes de —), *Mi.* 108; 113; 120.
- Fanio (oficial romano, cuñado de Lelio), *Ib.* 67.
- Fanio, Lucio (un sertoriano), *Mi.* 68.
- Farnaces (hijo de Mitrídates), *Mi.* 110-111; 113-114; 120-121.
- Faro (isla cerca de Dalmacia), *Il.* 7-8.
- Fauno (en mitología, dios-rey romano del Lacio), *R.* I, 1.
- Fenicia (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 50; 53; *Mi.* 13; 56; 95; 106; 118.
- fenicios (habitantes de Fenicia), *P.* 2; *Ib.* 2; *Af.* 1-2.
- Fénix (oficial de Mitrídates), *Mi.* 79.
- Féstulo (en mitología, pastor, esposo de Laurentia), *R.* I A.
- Fígulo (Gayo Marcio Fígulo, cónsul), *Il.* 11.
- Fila (ciudad de Macedonia), *Mac.* XVIII, 3.
- Filetero (hermano de Éumenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5.
- Filetero (otro, rey de Pérgamo), *Sir.* 63.
- Filipo (hijo de Amintas y padre de Alejandro Magno), *P.* 8-10; *Il.* 14; *Sir.* 19; 32; 52; 54.
- Filipo V (rey de Macedonia), *Ib.* 39; *Mac.* I-III, 1-2; IV-V; VII-VIII; IX, 1-6; X-XI, 1; XII; *Il.* 3; 6; 8; 9; *Sir.* 2-3; 12-17; 20-21; 23; 28; 30; 43.
- Filipo (hijo de Alejandro de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13; 17.
- Filipo (guía de los elefantes del ejército de Antíoco), *Sir.* 33.
- Filipo (nombre dado a Arrideo,



- hermano de Alejandro), *Sir.* 52.
- Filócaris (un tarentino), *Sa.* VII, 1.
- Filoctetes (héroe griego), *Mi.* 77.
- Filónides (un tarentino), *Sa.* VII, 2.
- Filopemen (padre de Mónima), *Mi.* 21; 48.
- Filótimo (de Esmirna, íntimo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 48.
- Fimbria (compañero de generalato de Flaco, L. Valerio), *Mi.* 51-53; 56; 59-60; 64; 72; 112.
- Flaco (véase Flaco, Fulvio Q., cónsul en el 179 a. C.).
- Flaco (oficial romano a las órdenes de Emilio Lépedo), *Ib.* 81.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 179 a. C.), *Ib.* 42.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40-43; 48.
- Flaco, G. Valerio (pretor en Iberia en el 93 a. C.), *Ib.* 100.
- Flaco, Lucio Valerio (cónsul enviado por Cinna contra Mitrídates), *Mi.* 51-52.
- Flaminino (general romano), *Mac.* V; VIII; IX, 1-4; 6; *Sir.* 2; 11; 21.
- Flaminio, Gayo (cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8-10; 17.
- Flavio (un lucanio), *An.* 35.
- Foceá (ciudad de la Jonia), *Sir.* 22; 25.
- focenses (habitantes de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 21.
- Fócide (región de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 41.
- Fraates (rey de los partos), *Sir.* 67-68; *Mi.* 104; 106.
- Fregelas (ciudad del Lacio), *Sa.* IV, 1.
- Frigia (país de Asia), *An.* 56; *Sir.* 53; *Mi.* 11-13; 15; 20; 56-57; 65; 75; 112; 118; (interior), *Sir.* 55; (la que está sobre el Helesponto), *Sir.* 62.
- Frigio (río de Lidia, en Asia Menor), *Sir.* 30.
- frigios (habitantes de Frigia), *P.* 2; *An.* 56; *Sir.* 32, *Mi.* 19; 41.
- Fulvio (Ser. Fulvio Flaco, cónsul romano), *Il.* 10-11.
- Furias (en mitología, deidades infernales), *Af.* 92.
- Furio (L. Furio Filo, comisionado romano en Iberia), *Ib.* 83.
- Furio (P. Furio Filo, cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27.
- Gabinio (A. Gabinio, lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 12; 24; 27-28; (procónsul en Siria), *Sir.* 51; *Mi.* 66.
- gabinos (tribu del Lacio), *R.* VIII.
- Gades (ciudad de Iberia), *Ib.* 5; 28; 31; 37; 59; 65; *An.* 2.
- Gala (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Galacia (país de Asia), *Mi.* 17;

- 46; 65; 68; 112; (tetrarcas de —), *Mi.* 46; 54; 58; 118.
- gálatas (habitantes de Galacia, en Asia), *P.* 2; *Il.* 2; 6; 32; 50; *Mi.* 41; 46; 58; (de Europa), *Sir.* 65.
- gálatas (también galos, habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; *Ib.* 1.
- Galatea (en mitología, ninfa esposa de Polifemo), *Il.* 2.
- Galba (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Galba, Publio (Publio Sulpicio Galba Máximo, procónsul de Macedonia), *Mac.* III, 1; IV; VII.
- Galba, Servio Sulpicio (pretor en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 58-61.
- Galba, Servio Sulpicio (nieto del anterior, pretor en Iberia en el 111 a. C.), *Ib.* 99.
- Galia (país de Europa), *Ga.* I, 2; XIII; XV; *Ib.* 28; *An.* 4-5; 54; *Il.* 15; *Mi.* 95.
- galo-grecos (véase gálatas de Asia).
- galos (habitantes de la Galia), *It.* VIII, 2; *Ga.* I, 1-2; II; III; VI-VII; X; XV; XVII; *Si.* II, 3; *Ib.* 1; 13; *An.* 4; 6; 8; 10; 52; *Il.* 15; 29; *Mi.* 109; 112; 119.
- Gayo (véase César).
- Gayo Popilio (prefecto de la flota romana en el Euxino), *Mi.* 17.
- Gaza (ciudad de Siria), *Sir.* 54.
- Gelio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Gemela (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Gentio (rey Ilirio), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 9.
- germanos, *Ga.* I, 3; XVI-XVIII.
- Geronia (ciudad de Italia), *An.* 15-16.
- getas (tribu tracia), *P.* 14; *Mac.* XVIII, 1-3; *Il.* 3-4; 13.
- Getulia (región de África), *Nu.* V.
- Giscón (cartaginés), *Ib.* 16; 24-25; *Af.* 9-10.
- glintidiones (tribu iliria), *Il.* 16.
- Gneo (embajador romano ante Antíoco), *Sir.* 3.
- Gneo Octavio (otro embajador romano), *Sir.* 46-47.
- Gordiene (ciudad de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Gordio (general de Mitrídates), *Mi.* 65.
- Graco, Sempronio (procónsul romano en el 212 a. C.), *An.* 35.
- Graco, Tiberio Sempronio (pretor en Iberia en el 180 a. C.), *Ib.* 43-44; 48.
- Graco, Gayo (tribuno en el 122 a. C.), *Af.* 136.
- Grecia (país de Europa), *P.* 3; 8; 10; *Ib.* 65; *Af.* 135; *Mac.* I; III, 1; IV-V; VII-VIII; IX, 4-6; XI, 1; 4; *Il.* 5; *Sir.* 2; 7; 12; 14-15; 29; 38; *Mi.* 16; 27-28; 30; 39; 46; 49; 54;

- 58; 62-64; 92; 112; (antigua), 118.
- griegas (ciudades), *Mac.* V; IX, 3; *Il.* 30; *Sir.* 2; 44; *Mi.* 48.
- griegos (habitantes de Grecia), *P.* 12-13; *Ib.* 7; 63; *An.* 2; 8; *Af.* 2; *Mac.* III, 1; VIII-IX, 1-2; XI, 7; XII; *Il.* 1; 5; 14; *Sir.* 2; 6; 38; *Mi.* 1; 41; 58; 102; (de orillas del Ponto), *Mi.* 15; (de Asia), *Mi.* 58.
- Gripo (sobrenombre de Antíoco Gripo, véase éste), *Sir.* 69.
- Gulussa (hijo de Masinissa), *Af.* 70; 73; 106-109; 111; 126.
- Hadrumeto (ciudad de Africa), *Af.* 33; 47; 94.
- Halis (río de Misia, en Asia), *Sir.* 42; *Mi.* 62; 65.
- Hárpalo (enviado de Perseo), *Mac.* XI, 3.
- Hecatómpilo (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Hefestión (jefe de la caballería de los Amigos con Alejandro), *Sir.* 57.
- Hegesianacte (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Helena (en mitología, esposa de Menelao), *R.* I A.
- helespontios (tribus de la zona del Helesponto), *Sir.* 1.
- Helesponto (mar de Asia), *P.* 2; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 6; 23; 29; 37-38; 42; 53; 62-63; *Mi.* 95.
- Heliodoro (cortesano de Seleuco Filópator), *Sir.* 45.
- helvecios (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Helvio, Marco (cónsul en el 197 a. C.), *Ib.* 39.
- Helvio, Marco (otro, general romano), *Il.* 20.
- Hemo (tribus en torno al —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- heníocos (tribu aliada de Mitridates), *Mi.* 69; 102; 116.
- Hera (diosa griega, en mitología), *Mi.* 101.
- Heraclea (ciudad de Italia), *An.* 36.
- Heraclea (ciudad de Grecia), *Sir.* 18.
- Heraclea (ciudad del Ponto), *Mi.* 82.
- Heraclides (tesorero de Antíoco Epífanes), *Sir.* 45; 47.
- Heraclides de Bizancio (enviado de Antíoco el Grande), *Sir.* 29.
- Hércules (en mitología, dios romano), *Sir.* 10; *Mi.* 83; 103.
- Hércules (templo de —), *Ib.* 2.
- Hércules (columnas de —, estrecho entre Europa y Africa), *P.* 1; 3; *Ib.* 1; 57; 65; *Mi.* 93-95; 119; 121.
- Herdonia (ciudad de Italia), *An.* 48.
- Herea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Hermócrates (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70.
- Hierón (tirano de Siracusa), *Si.* II, 2; III.

- Hierón (general de Agripa), *Il.* 20.
- Himilcón (apodado Fameas, prefecto de caballería cartaginés), *Af.* 97; 100-101; 104; 107-108.
- hipepenos (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Hipágreta (ciudad de Africa), *Af.* 110; 111.
- Hipócrates (general siracusano), *Si.* III-IV.
- Hipona (ciudad de Africa), *Af.* 30; 135.
- Hircania (región de Asia), *Sir.* 55.
- Hispania (denominación de Iberia como provincia romana), *Ib.* 1; 102.
- Histaspes (padre de Darío, rey de Persia), *Mi.* 112; 115-116.
- Homero (poeta griego), *Mi.* 1.
- Hortensio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Hostilio (véase Anco Hostilio), *R.* VI.
- Horacio (Cocles, romano autor de hechos heroicos), *R.* X.
- Horóscopa (ciudad de Africa), *Af.* 10.
- Iberia (país de Europa), *P.* 3; 12; *Ib.* 1-11; 13-19; 23-25; 28; 37-38; 40; 42-44; 49; 54; 61; 63; 65; 66; 80; 81; 83-84; 99; 102; *An.* 1-5; 8; 16; 30; 55-56; *Af.* 2; 6; 10; 15; 17; 28; 31; 39; 57; 62-63; 67; 72; 86; 134; *Mac.* I; *Sir.* 10; *Mi.* 68; 70; 95; 109; 112; 119.
- iberos (habitantes de Iberia), *P.* 12; *Ib.* 1; 3; 5; 17; 23; 25; 31; 39; 42; 101; *An.* 3; *Af.* 29-30; 46-48; 134; *Il.* 15; *Mi.* 121; (de Asia), *Mi.* 101; 114; 116.
- Ida (monte de Asia Menor), *R.* I A; *Af.* 71.
- Idumea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Ilión (véase Troya), *Af.* 131; *Mi.* 53; (habitantes de —), *Mi.* 53; 61.
- Iliria (país vecino a Macedonia), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 6-7; 9-15; 24; 28-30.
- Ilirio (en mitología, hijo de Polifemo y epónimo de Iliria), *Il.* 2.
- ilirios (habitantes de Iliria), *P.* 3; *Mac.* XI, 2; *Il.* 1-2; 4-5; 7-8; 12-15.
- Ilurgia (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- India (país de Asia), *Af.* 71; *Sir.* 56-57; *Mi.* 89.
- Indfbil (caudillo de un pueblo ibero), *Ib.* 37-38.
- Indo (río de la India), *Sir.* 55.
- Intercacia (ciudad de Iberia), *Ib.* 53-54.
- interfurinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Io (en mitología, doncella argiva), *Mi.* 101.
- ipasinos (pueblo de Panonia), *Il.* 16.

- Ipsó (ciudad de Frigia), *Sir.* 55.
- Isa (isla en aguas ilirias), *Il.* 7.
- isauros (pueblo de Asia Menor), *Mi.* 75.
- isios (habitantes de la isla de Isa), *Il.* 7.
- Isis (templo de —, en Rodas), *Mi.* 27; (aparición de —), *Mi.* 27.
- Istmicos (juegos griegos), *Mac.* IX, 3-4.
- Istro (nombre dado al curso bajo del Danubio), *Il.* 22.
- Istro (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.
- istros (tribu iliria), *Il.* 8.
- Italia (país de Europa), *P.* 3; 6; 14; *R.* I, 1; *Sa.* IV, 1; IV, 5; X, 2; XI, 1-2; XII, 1; *Ga.* I, 1-2; XIII; *Si.* II, 2-3; *Ib.* 4; 13-14; 15; 17-18; 28; 38; 99; 101; *An.* 1; 4-5; 8-9; 16; 25-26; 30; 43-44; 52; 54-55; 58; 60-61; *Af.* 2; 5-7; 15; 17; 23; 31; 39; 40; 42; 45; 47; 49; 54; 58; 62; 65; 74; 114; 134; *Mac.* I; XI, 9; *Il.* 4; 14; 16; *Sir.* 3; 7; 8; 10; 14; 15; 22; *Mi.* 21; 28; 30; 54; 58; 62-63; 70; 91; 95; 97; 102; 109-110; 113; 116; 119; (lugares de —), *Mi.* 16; (costas de —), 93.
- italianos (habitantes de Italia), *Ib.* 28; *An.* 59; 60; *Af.* 41 (jinetes); 43 (caballería); 45; (caballería); 45; 47; 58; *Il.* 14; *Sir.* 31; (de Asia), *Mi.* 16; 22-24; 28; 54; 62.
- Itálica (ciudad de Iberia), *Ib.* 38; 66.
- italiotas (habitantes de la Magna Grecia, en Italia), *Ib.* 14; *Af.* 8; *Mi.* 41.
- Ituca (ciudad de Iberia), *Ib.* 66-67.
- Iturea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Jantipo (general lacedemonio), *Af.* 3-4.
- Jenófanes (embajador de Filipo a Aníbal), *Mac.* I.
- Jerjes (rey de los persas), *Sir.* 18.
- Jerjes (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Jerónimo (de Cardia, historiador griego), *Mi.* 8.
- Jerusalén (ciudad de Judea, en Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106.
- Jifares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Jonia (región de Asia Menor), *P.* 2-3; 9; *Mac.* IV; XVIII, 3; *Sir.* 6; 51; *Mi.* 20-21; 118.
- Jónicas (islas —, en el mar Jónico), *P.* 5.
- Jónico (= Adriático, mar entre Grecia e Italia), *P.* 3; 5; 14; *An.* 8; 12; 87.
- jonios (habitantes de la Jonia), *Sir.* 1; 12.
- judío (pueblo), *Sir.* 50; (judíos), *Mi.* 106; 114.
- Julio César Augusto (véase César Augusto).
- Júpiter (en mitología, dios ro-

- mano), *It.* VIII, 1; *An.* 56; *Af.* 13; 71; 85; (Estratio), *Mi.* 66; 70; 75.
- Júpiter (templo de —, en Nicomedia ciudad de Bitinia), *Mi.* 7;
- Júpiter Atabirio (templo de —, en Rodas), *Mi.* 26.
- Labieno (lugarteniente de César), *Ga.* I, 3; XV.
- Lacedemonia (región de Grecia), *Af.* 4.
- lacedemonios (habitantes de Lacedemonia), *Af.* 3; 4; *Mac.* VII; *Sir.* 12; 14; 41; *Mi.* 29.
- Lacinio (promontorio de Bruccios, en Italia), *Sa.* VII, 1.
- Lago (uno de los epígonos), *Sir.* I.
- Lámpsaco (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 29; *Mi.* 76; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Lanasa (mujer de Pirro), *Sa.* XI, 1.
- Laódice (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 4.
- Laódice (mujer de Antíoco Teos), *Sir.* 65-66.
- Laodicea (ciudad de Siria), *Sir.* 46.
- Laodicea (nombre de cinco ciudades fundadas por Seleuco Nicátor; la más famosa de las cuales era la de Fenicia), *Sir.* 57.
- laodicensis (habitantes de Laodicea, en Siria), *Mi.* 20.
- Laomedonte de Mitilene (primer sátrapa de Siria), *Sir.* 52; *Mi.* 9.
- Larisa (ciudad de Tesalia), *Sir.* 16.
- Larisa (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Lástenes (un cretense), *Si.* VI, 1-2.
- Latino Fauno (véase Fauno).
- Latino Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- latinos (habitantes del Lacio), *R.* XIII; *It.* VI, 1; *Af.* 58.
- Latona (bosque de —, en Rodas), *Mi.* 27.
- Laurento (lugar del Lacio), *R.* I, 1.
- Lavinia (en mitología, hija de Latino Fauno), *R.* I, 1; I A.
- Lavinio (ciudad del Lacio), *R.* I, 1; I A.
- Lelio, Gayo (legado y amigo de Escipión el Viejo), *Ib.* 25-26; 29; 67; *Af.* 26; 28; 41; 44.
- Lelio, Gayo (lugarteniente de Escipión el Joven), *Af.* 126-127.
- Lemnos (isla del Egeo), *Mi.* 77.
- Léntulo, Gneo Cornelio (cónsul en el 201 a. C.), *Af.* 56; 62.
- Léntulo Marcelino (pretor de Siria y sucesor de Marcio Filipo), *Sir.* 51.
- Léntulo Marcelino, Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Léntulo, (Clodiano) Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Leónidas (general espartano), *Sir.* 18.

- leontinos (pueblo de Sicilia), *Si.* III.
- Leptines (un laodicense), *Sir.* 46-47.
- Leptis (ciudad de África), *Af.* 94.
- Lersa (nombre corrupto de lugar, en Iberia), *Ib.* 24.
- Lesbos (isla del Egeo), *P.* 5.
- Letes (río de Iberia), *Ib.* 71-72.
- Leucón (general de los arevacos), *Ib.* 46.
- leucosirios (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.
- Leuctra (ciudad de Beocia y nombre de una batalla famosa), *Sir.* 41.
- Levino (P. Valerio, cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Libia (país de África), *P.* 5.
- Libisa (llanura de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- Libisos (río de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- «liburnias» (trirremes ligeras de los liburnios), *Il.* 3.
- liburnios (tribu iliria), *Il.* 3; 12; 16; 25.
- Licia (país de Asia), *Sir.* 4; 44; 53; *Mi.* 20; 25; 95.
- licio(s) (habitantes de Licia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 21; 27; 61; 62.
- Lico (río de Asia Menor), *Mi.* 20.
- Licomedes (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 121.
- Lidia (país de Asia Menor), *Af.* 28.
- lidios (habitantes de Lidia), *P.* 2; *Af.* 66.
- ligures (habitantes de Liguria), *Ib.* 37; *Af.* 7; 17; 40; 44; 54; 59; *Nu.* 111.
- Liguria (región galo-italica), *An.* 54; *Af.* 9; 23; 31-32; 54.
- Liguria (mar de —), *Mi.* 95.
- Lisias (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Lisias (preceptor de Antíoco Eupátor), *Sir.* 46-47.
- Lisímaco (sátrapa de Tracia), *Sir.* 1; 53; (rey), 55; 62; 64.
- Lisimaquea (ciudad del Quersoneso Tracio), *Sir.* 1; 3; 21; 28-29; 37-38; 62-63.
- Lisimaqueo (templo en honor de Lisímaco), *Sir.* 64.
- lisimaqueos (habitantes de Lisimaquea), *Sir.* 28; 64.
- Liso (ciudad de Iliria), *Il.* 7.
- Litennón (jefe de los numantinos), *Ib.* 50.
- Livio (jefe de la guarnición romana en Tarento), *An.* 32.
- Livio (almirante de la flota romana), *Sir.* 22-26.
- Loca (ciudad de África), *Af.* 15.
- locrios (habitantes de la Lócride, en Grecia), *Mac.* VIII.
- locrios (italianos o epizefirios, colonia griega en Italia meridional), *Sa.* XII, 1; *An.* 55.
- Lolio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Lucania (región de Italia), *An.* 37-38; 43.

- lucanios (habitantes de Lucania), *Sa.* X, 1-2; *An.* 35; 37; 49.
- Lucio (véase Apustio), *Mac.* IV.
- Lucio (véase Régilo, Lucio Emilio), *Sir.* 27.
- Lucio Quintio (hermano del cónsul T. Quintio), *Mac.* VII.
- Lucio Tarquino «el Soberbio» (rey de Roma), *R.* II; XI-XII.
- Lucios (los dos —, consejeros romanos de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 70.
- Lúculo, Licinio L. (pretor con poder consular en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 49-55; 59-61; 71; 89.
- Lúculo, Licinio L. (cónsul en el 74 a. C. contra Mitrídates), *Il.* 30; *Sir.* 49; (lugarteniente de Sila), *Mi.* 33; 51; 56; 68; (cónsul), *Mi.* 72; 75-85; 87-91; 97; 112.
- Lúculo, Marco (hermano del anterior), *Il.* 30.
- Lusitania (región de Iberia), *Ib.* 68; 71.
- lusitanos (tribu de Iberia), *Ib.* 56-60; 68; 100.
- lusones (tribu de Iberia), *Ib.* 42; 79.
- Lutacio (Gayo Lutacio Catulo, cónsul en el 242 a. C.), *Si.* II, 1.
- Lutia (ciudad de Iberia), *Ib.* 94.
- Luto (guarda de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Macares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 67; 78; 83; 101-102; 113.
- Macedonia (país de Europa), *P.* 10; 12; *Af.* 101; 111; 132; 135; *Mac.* IX, 2; 5; XI, 1; 6; XVIII, 1; XIX; *Il.* 1; 5; 12-13; *Sir.* 13; 16; 17; 23; 43; 52-53; *Mi.* 8-9; 29; 35; 41; 55; 58; 95; 102; 112; 118.
- macedonios (habitantes de Macedonia), *P.* 3; 9; *Sa.* X, 2; *Ib.* 65; *Af.* 134; *Mac.* II; V; IX, 2; 4; X; XI, 9; *Il.* 9; *Sir.* 2; 16; 18; 53; 55; *Mi.* 8; 41; 89; 112; (reyes), *Sir.* 70; *Mi.* 8.
- Magdalses (un númida), *Nu.* V.
- Magio, Lucio (sertoriano consejero de Mitrídates), *Mi.* 68; 72.
- Magna Grecia (colonias griegas del sur de Italia), *Sa.* VII, 1.
- Magnesia (país de Asia Menor), *Mi.* 21.
- Magnesia (ciudad de Tesalia, en Grecia), *Mi.* 29.
- magnesios (habitantes de Magnesia, ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; (habitantes de Magnesia, en Asia Menor), *Mi.* 21; 60.
- Magnópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Eupatoria, en el Ponto), *Mi.* 115.
- Magón (general cartaginés), *Ib.* 16; 19; 20; 22.
- Magón (otro cartaginés), *Ib.* 24-25; 27; 31-32; 34; 37.



- Magón (hermano de Aníbal), *An.* 20; 54; *Af.* 7; 9; 23; 31; 32; 49; 54; 59.
- Magón (prefecto de caballería de Asdrúbal), *Af.* 15.
- Maharbal (lugarteniente de Aníbal), *An.* 10-11; 20-21.
- Malia (ciudad de Iberia), *Ib.* 77.
- Malia (golfo de —, entre las Termópilas y Ftía, en Grecia), *Mac.* VIII.
- Malo (ciudad de Cilicia, en Asia Menor), *Mi.* 95.
- Mamerco (L. Emilio, maestro de caballería), *Sa.* I, 1.
- mamertinos (pueblo de Sicilia), *Sa.* IX, 1.
- Manceo (oficial de Tigranes), *Mi.* 84; 86.
- Mancino (tal vez error por Manio Aquilio, véase éste), *Mi.* 19.
- Mancino, Hostilio (pretor en Iberia en el 138 a. C.), *Ib.* 79; 80; 83.
- Mancino, Lucio Hostilio (cónsul en el 148 a. C.), *Af.* 110; 113-114.
- Manilio, Manio (pretor en Iberia en el 150/151 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 75; 97; 99; 100-102; 104-105; 108-109; 111; 116.
- Manio (véase Aquilio, Manio), *Mi.* 17; 19; 57.
- Manlio, Aulo (lugarteniente de Mario), *Nu.* IV.
- Manlio, Lucio (senador romano), *Mi.* 71.
- Manlio, Marco Capitolino (cónsul), *It.* IX.
- Manlio (L. Manlio Vulso), *An.* 5.
- Manlio Torcuato (T. Manlio Imperioso Torcuato, cónsul en el 340 a. C.), *Sa.* II, 1.
- Manlio Torcuato (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Manlio Vulsón (sucesor de Escipión contra Antíoco), *Sir.* 39; 42-43.
- Maratón (batalla de —, en Grecia), *An.* 39.
- Marcelo (Marco Claudio Marcelo, cónsul romano en el 214 a. C.), *Si.* IV; V.
- Marcelo (error de Apiano por Marcio), *Ib.* 17.
- Marcelo, Claudio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27; 50-51.
- Marcelo, Claudio (pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 48-50.
- Marcio (Gneo Coriolano, caudillo volsco de origen romano), *It.* II-III; V, 1-6.
- Marcio (L. Marcio Séptimo, oficial de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 31-34.
- Marcio (Q. Marcio Filippo), *Mac.* XIV; XVII.
- Marcio, Gayo (ibero de Itálica), *Ib.* 66.
- Marcio Censorino, Lucio (cónsul en África en el 149 a. C.), *Af.* 75; 80; 86; 90; 97-99.
- Marcio Filippo (pretor sucesor de Escauro), *Sir.* 51.

- Marco Pomponio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Mareotis (lago de Egipto), *P.* 1.
- Mario, Gayo (estadista romano), *P.* 14; *Ga.* I, 2; *Nu.* IV-V; *Il.* 4; *Mi.* 51; 60.
- Mario, Marco (pretor en Iberia), *Ib.* 100.
- marmáridas (pueblo de África), *P.* 1.
- Maronea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Martama (ciudad de África), *Af.* 55.
- Marte (en mitología, dios romano de la guerra), *R.* I, 1; *Af.* 133.
- Masalia (ciudad de la Galia), *Ib.* 40.
- masaliotas (habitantes de Masalia), *It.* VIII, 1; *Ib.* 14.
- masilios (tribu africana), *Af.* 10; 17; 26-27; 32; 46.
- Masinissa (rey de los númidas), *Ib.* 25; 27; 37; 46; 89; *Af.* 10-15; 17; 19-20; 22; 26-28; 32-33; 37; 41; 44-48; 54-55; 60-61; 67-74; 76; 79; 82; 94; 105-107; *Nu.* IV; *Mac.* XI, 4; *Mi.* 55.
- Massates (príncipe númida), *Af.* 44.
- Mastanabal (hijo de Masinissa), *Af.* 106; 111.
- Mauritania (país de África), *Af.* 106.
- Mauritano (monte de África, véase Atlas).
- mauritanos (habitantes de Mauritania), *P.* 1; *Af.* 40; 111; *Il.* 4.
- Máximo (hermano de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 90.
- Máximo (véase Fabio Máximo Emiliano), *Mac.* XIX.
- Mazaca (ciudad de Capadocia), *Mi.* 115.
- Media (país de Asia), *Af.* 132; *Sir.* 1; 3; 53; 55.
- Medo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- medo (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- medos (habitantes de Media), *Il.* 2; 5; *Mi.* 114.
- Megalópolis (ciudad de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 13; 17.
- Mégara (suburbio de Cartago), *Af.* 117-118; 135.
- Mégara (ciudad del Atica, en Grecia), *Mi.* 30.
- melitenses (habitantes de una isla cerca de Dalmacia), *Il.* 16.
- Menandro (prefecto de caballería), *Mi.* 117.
- Menas (embajador del rey Prusias en Roma), *Mi.* 4-5.
- Menipo (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Menófanes (allegado a Mitrídates Eupátor), *Mi.* 110.
- merrómenos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Mesala (M. Valerio Mesala Corvino), *Il.* 17.
- Mesembria (ciudad griega vecina de los misios de Europa), *Il.* 30.

- mesenios (habitantes de Mesenia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Mesina (ciudad de Sicilia), *Sa.* IX, 2.
- mesolitas (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Mesopotamia (región de Asia), *Sir.* 48; 53; 55; 57; *Mi.* 114.
- Mesótilo (reyezuelo nómada), *Af.* 33.
- metapontios (habitantes de Metaponto), *An.* 35.
- Metaponto (ciudad de Italia), *An.* 33; 35.
- Metelo (L. Cecilio Metelo Delmático), *Il.* 10-11.
- Metelo Nepote, Q. Cecilio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Metrófanes (general de Mitrídates), *Mi.* 29.
- Metulo (ciudad de Iliria), *Il.* 19; 21.
- metulos (habitantes de Metulo), *Il.* 19-21.
- Mezencio (rey de los rútuos), *R. I A.*
- Mícipsa (hijo de Masinissa), *Ib.* 67; *Af.* 70; 106; 111.
- Micitio (general de Antíoco el Grande), *Sir.* 12.
- Miedo (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Mindis (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 33.
- Minerva (en mitología, diosa romana), *Af.* 133; (templo de —, en Ilión), *Mi.* 53; (estatua de —, en Ilión), *Mi.* 53.
- Minio (de Esmirna, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Minucio (Q. Minucio Termo), *Ib.* 39.
- Minucio Rufo (prefecto de caballería de Fabio Máximo), *An.* 12-13.
- Minucio Rufo (otro, prefecto de la flota de Bizancio), *Mi.* 17.
- Minuro (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Mioneso (ciudad en la costa de Lidia), *Sir.* 27-28.
- Mirto (mar —, parte del mar Egeo al sur de Eubea, el Atica, Argólida y oeste de las Cícladas), *P.* 5.
- Misia (país de Asia Menor), *Sir.* 42; *Mi.* 20; 118.
- misios (habitantes de Misia, en Asia Menor), *P.* 2; (de Europa), *P.* 3; *Il.* 6; 29-30, *Sir.* 32.
- Mitilene (ciudad principal de la isla de Lesbos), *Mi.* 21; 52; (embajadores de —), *Mac.* III, 1.
- mitilenios (habitantes de Mitilene), *Sir.* 65.
- Mitraas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates (Ctistés «el fundador»), *Mi.* 9; 112.
- Mitrídates (rey de los partos), *Sir.* 51.
- Mitrídates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 52; 64.
- Mitrídates Eupátor Dionisos

- (rey del Ponto), *Si.* VI, 1-2; *Il.* 30; *Sir.* 48-50; *Mi.* 9-21; 23-30; 32-33; 41; 46-49; 51-52; 54-58; 60-69; 71-76; 78-85; 87-92; 97-105; 107-113; 115; (trono de —), 116; (imagen de —), 117; 118.
- Mitrídates Evergetes (padre de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates de Pérgamo, *Mi.* 121.
- Mitrídatís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Mitrobarzanes (rey de Armenia), *Mi.* 84.
- moentinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Molistomo (príncipe de una tribu iliria), *Il.* 4.
- molosos (pueblo del Epiro), *Sa.* XI, 1.
- Mónima (esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 21; 48.
- Mopsuestia (ciudad de Cilicia), *Sir.* 29.
- Mummio (L. Mummio Acaico, pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 56-57; *Af.* 135.
- Munacio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 34.
- Murena (lugarteniente de Sila), *Mi.* 32; 43; 64-66; 93; 112.
- nabateos (véanse árabes), *Mi.* 106.
- Nabis (tirano de los lacedemonios), *Mac.* VII.
- Narce (ciudad de Africa), *Af.* 33-34.
- naresios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Narón (río de Dalmacia), *Il.* 11.
- neapolitanos (habitantes de Neápolis, en la Campania), *Sa.* IV, 5.
- Néferis (ciudad de Africa), *Af.* 102; 108; 111; 126.
- Nemanes (un armenio), *Mi.* 19.
- Nemea (santuario griego), *Mi.* 112.
- Némesis (personificación de la venganza), *Af.* 85.
- Neoptólemo (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-19; 34.
- Neptuno (en mitología, dios romano), *Af.* 13; 71; *Mi.* 70.
- Nergóbriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 50.
- nergobrigenses (habitantes de Nergóbriga), *Ib.* 84.
- Nerón, G. Claudio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- nervios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4.
- Nicandro (un pirata), *Sir.* 24-25.
- Nicanor (sátrapa de Capadocia), *Mi.* 8.
- Nicanor (quizá mejor Nicátor, sátrapa de Media), *Sir.* 55; 57.
- Nicátor (sobrenombre de Seleuco, sátrapa de Babilonia).
- Nicatorio (recinto consagrado a Seleuco Nicátor), *Sir.* 63.
- Nicea (ciudadela de Bitinia), *Mi.* 6; 77.
- Niceforio (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.

- Niceforio (ciudadela de Pérgamo), *Mi.* 3.
- Nicias (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Nicomedes (hijo de Prusias, rey de Bitinia), *Mi.* 4-7.
- Nicomedes (nieto de Nicomedes Filópator), *Mi.* 7.
- Nicomedes Filópator (hijo de Nicomedes el hijo de Prusias), *Mi.* 7; 10-20; 56-58; 60.
- Nicomedia (ciudad de Bitinia), *Mi.* 7; 52; 76.
- Nicópolis (ciudad de Armenia Menor), *Sir.* 57; *Mi.* 105; 115.
- Nilo (río de Egipto), *P.* 1.
- Nimis (río de Iberia), *Ib.* 72.
- Ninfeo (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Nisa (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Nobilior, Q. Fulvio (pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 45-49; 80.
- Nonio (oficial de Fimbria), *Mi.* 59.
- Nórico (ciudad de los nóricos, véanse éstos), *Ga.* XIII.
- nóricos (tribu germana), *Ga.* XIII; *Il.* 6; 29.
- Nuceria (ciudad de Italia), *An.* 49.
- Nuceria (ciudad de Africa), *Af.* 63.
- Nudo (comandante de la flota de Cota), *Mi.* 71.
- Numa Pompilio (rey de Roma), *R.* II; *Mi.* 22.
- Numancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 46; 49-50; 76; 78; 83-84; 87; 89-90; 98.
- numantina (guerra), *Ib.* 66.
- numantinos (habitantes de Numancia), *Ib.* 46; 76; 78-81; 83-84; 87; 89-90; 93-95; 97.
- númidas (habitantes de Numidia), *P.* 1; *Si.* II, 3; *Ib.* 15; 25; 27; *An.* 2; 50-51; 57; *Af.* 9-12; 14; 18-19; (caballos —), 23; 24; 26; 41-42; 44; (jinetes —), 46; 48; 61; 68; 71; 73; 106; 126; *Il.* 4.
- Numidia (país de Africa), *P.* 1.
- Númitor (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Obólcola (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Ocile (ciudad de Iberia), *Ib.* 57.
- Ocilis (ciudad de Iberia), *Ib.* 47-48.
- Octavia (pórtico de —, en Roma), *Il.* 28.
- Octavio (lugarteniente de Escipión el Viejo), *Af.* 41; 44; 49.
- Octavio César Augusto (emperador romano), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Ib.* 102; *An.* 13; *Af.* 136; *Il.* 13-30; *Sir.* 50; *Mi.* 105; 121.
- Odeón (edificio de Atenas), *Mi.* 38.
- Odeso (ciudad de Misia), *Il.* 30.
- Ojatres (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Oleabas (un escita), *Mi.* 79.
- Olimpia (tesoro de —), *Mi.* 54.

- Olimpiade (esposa de Filipo el padre de Alejandro), *Sir.* 54.
- Olimpo (monte de Misia), *Sir.* 42.
- Olofernes (supuesto hermano de Ariárates), *Sir.* 47.
- Oltaces (rey de la Cólquide), *Mi.* 117.
- Onomarco (general focense), *It.* VIII, 1.
- Opio (tribuno militar), *Ib.* 78.
- Opio, Quinto (general romano), *Mi.* 17; 20; 112.
- Orcómeno (ciudad de Beocia), *Mi.* 49; 54.
- Orestea (Argos de —, en Macedonia), *Sir.* 63.
- Orezes (rey de los albanos), *Mi.* 103; 117.
- Orodes (hermano de Mitrídates el rey de los partos), *Sir.* 51.
- Oropo (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Orsabaris (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Orsón (ciudad de Iberia), *Ib.* 16; 65.
- oxieos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Oxtraca (ciudad de Iberia), *Ib.* 58.
- Paflagonia (país de Asia Menor), *Mi.* 17-18; 56; 58; 68; 70; 112; 114; 118.
- paflagonios (habitantes de Paflagonia), *Mi.* 21.
- Paladión (nombre dado en Ilión a la estatua de Minerva), *Mi.* 53.
- Palantia (ciudad de Iberia), *Ib.* 55; 80-83; 88.
- palantinos (habitantes de Palantia), *Ib.* 55; 82; 88.
- palarios (tribu iliria), *Il.* 10.
- Palatino (monte de Roma), *Il.* 30.
- Palestina (país de Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 115; 117-118.
- palestinos (habitantes de Palestina), *P.* 2.
- Palmira (ciudad de Siria), *P.* 2.
- palmiranos (habitantes de Palmira), *P.* 2.
- Panares (un cretense), *Si.* VI, 2.
- Panfília (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 28; 53; *Mi.* 8; 20; 56; 95.
- Panfílio (mar, en Asia), *P.* 2; (golfo), *P.* 9.
- panfílios (habitantes de Panfília), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 92.
- Panonia (país entre Iliria y el Danubio), *Il.* 1; 3; *Mi.* 102.
- Panonio (en mitología, hijo de Autariego), *Il.* 2.
- panonios (habitantes de Panonia), *P.* 3; *Il.* 6; 14; 17; 22; 23; 29.
- Panticapeo (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 107; 120.
- Papirio Carbón (Gneo, cónsul en el 113 a. C.). *Ga.* XIII.

- Parío (ciudad de Asia Menor, en la Propóntide), *Mi.* 76.
- partenios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Partia (país de Asia), *Sir.* 1; 51; 57; *Mi.* 87; (rey de —), *Mi.* 15.
- Parto (ciudad de Africa), *Af.* 39.
- Parto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- partos (habitantes de Partia), *Il.* 13; *Sir.* 48; 51; 55; 67-68; *Mi.* 87; 105.
- Pasargadas (ciudad de Persia), *Mi.* 66.
- Patara (puerto de Licia), *Mi.* 27.
- Paulo (véase Emilio Paulo), *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Pausímaco (almirante rodio), *Sir.* 23-24.
- Pela (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Pelópidas (compañero de Epaminondas), *Sir.* 41.
- Pelópidas (embajador de Mitrídates), *Mi.* 12-16; 27.
- peloponesios (habitantes del Peloponeso), *Mi.* 30.
- Peloponeso (parte sur de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 95; (Argos del —), *Sir.* 63.
- Pelusio (ciudad de Africa), *P.* 1.
- Peón (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- peones (véanse panonios).
- Peonia (inferior, país limítrofe con Iliria), *Il.* 14.
- Perdicas (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 57; *Mi.* 8.
- Perea (distrito perteneciente a Rodas), *Mac.* IV.
- Pérgamo (ciudad de Asia Menor), *Mac.* IV; XI, 1; *Sir.* 26; *Mi.* 3; 19; 21; 52; 56; 60; (los de —), *Mi.* 23; (ochenta ciudadanos de —), *Mi.* 48.
- Pericles (estadista ateniense), *Mi.* 30.
- Perinto (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Perpenna (romano del partido de Sertorio), *Ib.* 101.
- Perpenna (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- Perrebo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- perrebos (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 1; *Il.* 2.
- persa (imperio), *P.* 9; *Af.* 2; 87.
- persas (habitantes de Persia), *Sir.* 52; 55-56; 61.
- Perseo (rey de Macedonia), *Ib.* 65; *Af.* 111; *Mac.* XI, 1; 3-8; XII-XIII; XV-XVIII, 1-3; XIX; *Il.* 9; *Sir.* 44.
- Persia (país de Asia), *Af.* 132.
- Pérsico (golfo, en Asia), *P.* 9.
- perteenatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pesino (localidad de Frigia), *An.* 56.
- Petelia (ciudad de Italia), *An.* 29; 57.
- petelios (habitantes de Petelia), *An.* 57; 60.
- Petilio (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- píccenos (habitantes del Pícceno)

- no, en Italia), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.
- Pigmalión (en mitología, rey de Tiro), *Af.* 1.
- Pilo (lugar de Grecia), *Af.* 112.
- Pinnes (hijo de Agrón), *Il.* 7-8.
- Pireo (puerto de Atenas), *Sir.* 22; *Mi.* 29-30; 34; 36-37; 40-41.
- Pirineos (montes de Europa), *Ib.* 1-2; 6-7; 17; 28; *An.* 4; *Il.* 4.
- piriseos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pirro (rey de Epiro), *Sa.* VII, 3; VIII-IX, 1; X, 1-3; X, 5; XI, 1-2; XII, 1-2; *An.* 26; 58; *Il.* 7; *Sir.* 10.
- Pisidia (país de Asia Menor), *Sir.* 9; 12.
- pisidios (habitantes de Pisidia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 75.
- Pisístrato (general de los de Cízico), *Mi.* 73.
- Pisón (véase L. Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el 112).
- Pitane (ciudad de Misia cercana a Pérgamo), *Mi.* 52.
- Placentia (ciudad de Italia), *An.* 5; 7.
- Platea (ciudad de Beocia), *An.* 39.
- Platón (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Plaucio, Gayo (pretor en Iberia en el 146 a. C.), *Ib.* 64.
- Pleminio (jefe de la guarnición romana en Locros Epizefrios), *An.* 55.
- Plestine (zona pantanosa de la Umbría, en Italia), *An.* 9; 11.
- Plotio Varo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Po (río de Europa), *Ib.* 39; *An.* 5; 7-8; 10; *Il.* 8.
- Polibio (historiador griego), *Af.* 132-133.
- Polifemo (en mitología, un ciclope), *Il.* 2.
- Polixénidas (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 14; 17; 21-22; 24; 27.
- Pompeyo Aulo, Quinto (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 66; 76-79; 83.
- Pompeyo, Gneo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), *Ib.* 101.
- Pompeyo el Grande (político y general romano), *P.* 14; *Si.* VI, 2; *Il.* 12-13; 15; *Af.* 136; *Sir.* 49-51; 70; *Mi.* 68; 91; 94-100; 103-108; 112-117; 120-121.
- Pompeyópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Solos en Cilicia), *Mi.* 115.
- Pomponio (tribuno de la plebe), *Sa.* II, 1.
- Pomponio (prefecto de caballería de Lúculo), *Mi.* 79.
- Poncio (general samnita), *Sa.* IV, 2-3; 5-6.
- pónticos (habitantes de la zona del Ponto), *Mi.* 92.
- Ponto (región de Asia Menor), *P.* 2; 3; *Si.* VI, 1; *Mi.* 9-10; 23; 48; 55; 58; 64; 68; (ciudades del —), 82; (reyes del —), 83; (oficiales del —), 87; (región del —), 88; 101; 107; 119; 121; (reino del —), *Mi.*



- 112; 114-115; (pueblos del —), 116; (regiones vecinas al —), 120.
- Ponto Euxino (véase Euxino).
- Popilio (embajador de los romanos), *Sir.* 66.
- Popilio (M. Popilio Lena, cónsul en el 350 a. C.), *Ga.* I, 2.
- Popilio Lena, Marco (pretor en Iberia en el 139 a. C.), *Ib.* 79.
- posenos (tribu de los yápodas), *Il.* 21.
- Postumio (Espurio, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6; VII, 2.
- Príamo (en mitología, rey de Troya), *R.* I, 1; *Af.* 132.
- Procas (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Prometeo (en mitología, un titán), *Mi.* 103.
- Promona (ciudad de los liburnios, en Iliria), *Il.* 12; 25-27.
- Propóntide (mar de Asia), *P.* 2; *Mi.* 95.
- Prosérpina (en mitología, hija de Júpiter y Ceres), *Sa.* XII, 1; *Mi.* 75; (templo de —), *Sa.* XII, 2; *An.* 55.
- Protopaquio (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 19.
- Prusias (la de al pie de una montaña, ciudad de Asia Menor), *Mi.* 77.
- Prusias I (rey de Bitinia), *Sir.* 11; 23.
- Prusias II el Cazador (rey de Bitinia, hijo del anterior), *Mi.* 2-7.
- Publícola (un romano), *It.* V, 3.
- Publio (véase Galba, P. Sulpicio Galba Máximo), *Mac.* IV.
- Publio (véase Cornelio, Publio, familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Publio (véase Publio Cornelio Escipión Africano), *Sir.* 30.
- Puertas Cilicias (lugar de Asia Menor), *Sir.* 54.
- Puertas Escitas (lugar de Escitia), *Mi.* 102.
- Púnico (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Pupio Pisón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Queronea (lugar de Beocia), *Mi.* 29; 42; (batalla de —), 45.
- Quersoneso (Tracio), *Sir.* 1; 6; 21; 28-29; 37-38; 43; *Mi.* 13.
- Quersoneso del Ponto, *Mi.* 102.
- Quersoneso (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Quintio (general romano), *Ib.* 66-67.
- Quintio, Tito (Penno Crispino Capitolino, general romano), *Ga.* I, 1.
- Quíos (embajadores de —), *Mac.* III, 1; (isla de —), *Mac.* IV; *Sir.* 22; (una nave de —), *Mi.* 25; (los de —), *Mi.* 25; 46.
- quiotas (habitantes de Quíos), *Mi.* 46-48; 55.
- Rea Silvia (en mitología, madre de Rómulo y Remo), *R.* I, 2.
- Regilo (ciudad sabina, en Italia), *R.* XII.

- Regilo, L. Emilio (almirante de la flota romana), *Sir.* 26-27.
- reginos (habitantes de Regio), *Sa.* IX, 3.
- Regio (ciudad del sur de Italia), *Sa.* IX, 1-2; XII, 1; *An.* 44.
- Régulo (véase Atilio Régulo, M., jefe de la flota romana en África en el 256 a. C.).
- Remo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; I A.
- Rennio (de Brindisi, ciudadano romano), *Mac.* XI, 7-8.
- Reso (en mitología, héroe tracio), *Mi.* 1.
- Reteo (ciudad de la Tróade), *Sir.* 23.
- retios (tribu del Danubio), *Il.* 6; 29.
- Retógenes (un numantino), *Ib.* 94.
- Rin (río de Europa), *P.* 3; *Ga.* I, 5; II; XVI.
- Ríndaco (río de Misia), *Mi.* 75.
- Ródano (río de Europa), *Ga.* XV.
- Rodas (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Sir.* 21; 27; 68; *Mi.* 19; 24; 26-27; 33; 46-47; 56.
- rodios (habitantes de la isla de Rodas), *Af.* 65; *Mac.* IV; VII-VIII; XI, 3; XVII; *Sir.* 12; 25; 28; 44; *Mi.* 22; 24-27; 33; 61-62.
- Rodoguna (hermana de Fraates, rey de los partos), *Sir.* 67-68.
- Ródope (tribus del —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- Roma (nación), *P.* 1; 12; 15; *R.* V; XII; *Sa.* I, 1-2; IV, 2; *Ga.* II; XIII; *Ib.* 2; 10; 12; 43; 45; 51-52; 56; 58; 62-63; 79; *An.* 10; 28; 32; 36; 38; 53; *Af.* 5; 51; 54; 56; 61; 64; 65; 67; 69; 135; *Nu.* II; *Mac.* III, 1; IV; VII; IX, 4; XI, 1; XVIII, 1-2; *Il.* 6-7; 15; 21-22; 28; 30; *Sir.* 12; 22; 38; 50; *Mi.* 3; 7; 30; 53; 57; 68; 97; 106; 114.
- Roma (ciudad), *P.* 7; *Il.* V, 5; IX; *Sa.* IV, 1; VI, 2; IX, 3; X, 1; 3; XI, 1; *Ga.* I, 1; 5; III; *Si.* II, 1-2; VI, 1; *Ib.* 7; 11; 23; 29; 38; 49; 50; 57; 60; 61; 64-65; 73-74; 76; 78; 80-81; 83-84; 101; *An.* 5; 8-9; 12; 16-17; 26; 28; 31; 35; 38; 43; 47; 56-57; *Af.* 6; 23; 28; 31; 32; 34-35; 48-50; 53; 56-57; 65; 69; 74; 75-77; 80; 89-91; 93; 99; 109; 112; 114; 133-134; 136; *Nu.* I; *Mac.* III, 2; VIII-IX, 3; XI, 1; 4; XII; XVII; *Il.* 7-9; 11; 13; 24; 27; 30; *Sir.* 2; 6; 12; 21; 23; 38; 43-44; 46; 50; *Mi.* 2; 4; 6; 16; 51; 52; 60; 63-65; 67; 68; 72; 77; 93; 95; 103; 116.
- romanos (habitantes de Roma), *passim.*
- Rómulo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; II; V; *Af.* 112.

- Rómulo Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Rutilio (legado de Sila), *Mi.* 60.
- Rutilio Rufo (tribuno militar y analista romano), *Ib.* 88.
- rútulos (pueblo de Etruria), *R.* I, 1.
- sabinos (pueblo de Italia), *R.* V; XII; *Sa.* IV, 5; VI, 1; *Ga.* XI; *Af.* 58.
- saguntinos (habitantes de Sagunto), *Ib.* 7; 10-12; *An.* 2-3; *Af.* 6; 63.
- Sagunto (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19; 75; *An.* 3.
- Salapia (ciudad de Yapigia, en Italia), *An.* 45.
- salapios (habitantes de Salapia), *An.* 50.
- salasos (tribu alpina), *Il.* 17-18.
- Salinátor, M. Livio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- salios (tribu germana), *Ga.* XII.
- Salona (ciudad de Dalmacia), *Il.* 11.
- samnitas (pueblo de Italia), *P.* 14; *Sa.* I, 1; IV, 1-2; 4; 5; VII, 3; X, 1; *Ib.* 83; *Af.* 58; *Mi.* 112.
- Samos (ciudad e isla de Jonia), *Mac.* IV; *Sir.* 24-25; *Mi.* 63.
- Samotracia (isla frente a la costa asiática), *Af.* 71; *Mac.* XVIII, 1; *Mi.* 63; (templo de —), *Mi.* 63.
- Sangario (río de Bitinia), *Mi.* 19.
- Sardes (capital de Lidia), *Sir.* 29.
- sármatas (habitantes de Sarmacia, en la Tracia europea), *Mi.* 15.
- Saro (río de Cilicia), *Sir.* 4.
- Sarpedonio (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.
- Saturnalia (fiestas en honor de Saturno), *Sa.* X, 5.
- saurómatas (igual a sármatas, véanse éstos), *Mi.* 57; 69.
- Savo (río de Panonia), *Il.* 22.
- Saxa (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Sedetania (región de Iberia), *Ib.* 77.
- Segeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 44.
- segedanos (habitantes de Segeda), *Ib.* 45.
- Segesta (ciudad de Panonia), *Il.* 23.
- segestanos (tribu panonia), *Il.* 10; 17; 22-23; 24.
- Selene (esposa de Antíoco Ciziceno y de Antíoco el Gripo), *Sir.* 69-70.
- Seleucia (sobre el mar, ciudad de Siria), *Sir.* 4; 63.
- Seleucia (fortaleza de Mesopotamia), *Mi.* 114.
- Seleucia (ciudad de Palestina, pasaje corrupto en Apiano), *Mi.* 117.
- Seleucias (junto al mar, y a orillas del Tigris, dos ciudades construidas por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57-58.

- seléucidas (dinastía de reyes sirios), *Sir.* 48-50; 67; 70.
- Seleuco (Nicátor, sátrapa y rey de Babilonia), *Sir.* 1; 53-54; (rey), 55-67; 70.
- Seleuco II (Calinico, padre de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 66.
- Seleuco III (Cerauno, hijo de Seleuco Calinico), *Sir.* 66.
- Seleuco IV (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 3; 14; 26; 33; 45; 66.
- Seleuco V (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Seleuco VI (Epífanes, hijo de Antíoco Gripo), *Sir.* 69.
- Sempronio, Gneo (jefe de embajada de prisioneros), *An.* 28.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14; *An.* 6; 8.
- Sempronio, Publio (militar romano), *An.* 26.
- Sempronio Tuditano, G. (cónsul contra los yápodas), *Il.* 10.
- Sempronio Tuditano, Publio (cónsul en el 204 a. C.), *Ib.* 39.
- Sena (ciudad de Italia), *An.* 52.
- senones (tribu gala), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI.
- Serrano (prefecto de la flota, tal vez Sexto Atilio Serrano, cónsul en el 136 a. C.), *Af.* 114.
- Sertorio, Quinto (político de la facción de Cinna), *Ib.* 101; *Mi.* 68; 70; 76; 112.
- Serviliano (véase Fabio Máximo Serviliano).
- Servilio Cepión Q. (pretor en Iberia en el 140/139 a. C.), *Ib.* 70; 74-75.
- Servilio, Gneo (Gneo Servilio Gémino, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8; 10; 12; 16; 18; 19; 22-24.
- Servilio Isaúrico (cónsul contra los piratas), *Mi.* 93.
- Servio Tulio (rey de Roma), *R.* II.
- Sestos (ciudad del Helesponto), *Sir.* 21; 23; 36.
- Setovia (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sextilio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 84-85.
- sibilinos (libros), *Mac.* II; *Sir.* 51.
- Sicilia (estrecho de —), *P.* 3; *Sa.* IX, 1.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 8; 12; *Sa.* XI, 1-2; XII, 1; *An.* 50; 55; *Af.* 2-5; 57; *Si.* I-II, 2-3; III; *Ib.* 3-4; 17; 99; *An.* 2-3; 8; *Af.* 7-8; 13; 15; 17; 39; 62-63; 76-77; 80; 86-87; 110; 113; 133; 134; *Mac.* I; *Mi.* 59; 95; (pretor de —), *Mi.* 93.
- sicilianos (habitantes de Sicilia), *Sa.* XII, 1; *Si.* III-IV; *Af.* 8.
- Sículo (mar en torno a Sicilia), *P.* 5.

- sidetas (pueblo de Panfilia), *Af.* 123.
- Siete Sabios (de Grecia), *Mi.* 28.
- Sifax (rey de los númidas), *Ib.* 15-16; 29-30; 37; *Af.* 10-14; 17-18; 20; 22; 26-28; 32-33; 59-106; *Nu.* IV.
- sigambrios (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Sila, L. Cornelio (político y hombre de armas romano), *P.* 14; *Ib.* 101-102; *Nu.* IV-V; *Mi.* 22-23; 30-43; 45-51; 53-61; 63-68; 83; 92; 112.
- Silano, M. Junio (lugarteniente de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 28; 32.
- Silvio Latino (véase Latino Silvio).
- Sinodio (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sinope (ciudad de Paflagonia), *Mi.* 78; 83; 113; 120.
- sinopenses (habitantes de Sinope), *Mi.* 83.
- Sinorex (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 101.
- sintos (pueblo vecino de Macedonia), *Mi.* 55.
- Síntrico (padre de Fraates rey de los partos), *Mi.* 104.
- Sípilo (monte de Lidia), *Sir.* 30.
- Sira (apodo de Cleopatra hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Siracusa (ciudad de Sicilia), *Si.* II, 2; III-IV; *Af.* 14.
- Siria (país de Asia), *Mac.* IV; *Sir.* 2; 12; 22; 36; 45; 46; 48-49; 51-53; 57; 61; 65-66; 69-70; *Mi.* 9; 13; 33; 106-108; 118; (provincia de —), *Il.* 13; (interior), *Sir.* 50; (desde el Éufrates hasta el mar), *Mi.* 16; 105; (de en torno al Éufrates), *Mi.* 106; (gentes de —), *Mi.* 116; (interior hasta el Éufrates), *Mi.* 118.
- Siria Palestina (nombre dado a Siria a partir de Adriano), *P.* 2.
- sirios (habitantes de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 45-48; 50; 66; 69; *Mi.* 92.
- Sirtes (aguas poco profundas entre Tunicia, Tripolitania y el territorio de Cirene), *P.* 1.
- Sisena, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Sobadaco (un escita), *Mi.* 79.
- Sócrates (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Sócrates Cresto (hermano de Nicomedes Filópator), *Mi.* 10; 13; 57.
- Sofene (parte de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Sofonisba (esposa de Sifax), *Af.* 27-28.
- Sogdiana (región de Asia), *Sir.* 55.
- Sol (procesión del, entre los rodios), *Mac.* XI, 3.
- Solos (ciudad de Cilicia), *Mi.* 115.

- Sotira (ciudad de Partia), *Sir.* 57.
- Soter (sobrenombre de Demetrio el hijo de Seleuco), *Sir.* 47.
- Suba (lugarteniente de Masinissa), *Af.* 70.
- suevos (tribu germánica), *Ga.* XVIII.
- Sulpicio (véase Galba, Publio Sulpicio Galba Máximo).
- Sulpicio, Gayo (Pético, dictador romano), *Ga.* I, 1.
- Tacio (Tito, rey sabino), *R.* III-V; *It.* V, 5.
- Tais (véase Filócaris).
- Tajo (río de Iberia), *Ib.* 51; 57; 64; 71.
- Talábriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 73.
- Talaura (ciudad del Ponto), *Mi.* 115.
- Tangino (capitán de bandidos), *Ib.* 77.
- Tántalo (lusitano sucesor de Viriato), *Ib.* 75.
- tapiros (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Tapso (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- tarentinos (habitantes de Tarento), *Sa.* VII, 1-2; VIII; X, 1; 4; XI, 2; *An.* 32; 34.
- Tarento (ciudad de Calabria, en Italia), *Sa.* VII, 1-2; VIII; *An.* 32-35; 49; (puerto de —), *An.* 34; *Sir.* 15.
- Tarquinio (Prisco, rey de Roma), *R.* II.
- Tartessos (ciudad y región del sur de Iberia), *Ib.* 2; 63.
- Taulante (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- taulantios (pueblo de Macedonia), *Il.* 2.
- taulantios (tribu iliria), *Il.* 16; 24.
- Taurasia (ciudad gala), *An.* 5.
- Taureas (un capuano), *An.* 37.
- tauriscos (tribu iliria), *Il.* 16.
- tauromenios (habitantes de Tauromenio, en Sicilia), *Si.* V.
- Tauro (monte de Asia), *Sir.* 29; *Mi.* 62; 106.
- tauros (aliados de Mitridates), *Mi.* 15; 69.
- Taxiles (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70; 72.
- Teano (ciudad de Italia), *An.* 27.
- Tebano (apelativo del dios Hércules), *Ib.* 2.
- tebanos (habitantes de Tebas, en Grecia), *Sir.* 13.
- Tebas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 13; *Mi.* 30.
- tectosagas (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tegea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- telmisesos (habitantes de Telmisis, en Asia Menor), *Mi.* 24.
- Temiscira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78.

- temiscirios (habitantes de Temiscira), *Mi.* 78.
- Tempe (valle de Tesalia), *Sir.* 16.
- tencterios (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Teodosia (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108; 120.
- Teófilo (el paflagonio asesino a sueldo de los tralianos), *Mi.* 23.
- Teos (véase Antíoco Teos).
- Terencio Varrón (cuestor romano en Iberia en el 150 a. C.), *Ib.* 56.
- Terencio Varrón (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 23; 26.
- Terencio Varrón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tergesto (ciudad costera de Istria), *Il.* 18.
- Termancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 76-77.
- termantinos (habitantes de Termancia), *Ib.* 77.
- Termeso (ciudad de Iberia), *Ib.* 99.
- Termo (tribuno militar), *Af.* 36; 44.
- Termo (otro, tribuno militar), *Sir.* 39.
- Termo (propretor de Flaco), *Mi.* 52.
- Termodonte (río del Ponto), *Mi.* 69; 78.
- Termópilas (paso entre Tesalia y la Fócide), *Sir.* 17; *Mi.* 41.
- Termópilas (batalla de las —), *Sir.* 38.
- Terpono (ciudad de Iliria), *Il.* 18.
- Terracina (ciudad de Italia), *Sa.* I, 1.
- Tesalia (región del norte de Grecia), *P.* 3; *Mac.* XI, 4; XVIII, 3; XIX; *Sir.* 2; 13; 16-17; 43; *Mi.* 30; 41; 51; 95.
- tesalios (habitantes de Tesalia), *Mac.* XI, 1; XII; *Sir.* 14.
- Tespis (los de —, en Beocia), *Mi.* 29.
- Tesprocia (parte de la costa del Epiro), *Il.* 1.
- Testimo (oficial dálmata), *Il.* 26-27.
- teutones (tribu germana), *Ga.* I, 4; XIII.
- Tiatira (llanura de Lidia), *Sir.* 30.
- Tíber (río de Italia), *R.* I, 2; I A; *An.* 56; *Sir.* 21.
- Tiberino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Tiberio (emperador romano), *Il.* 30.
- Tiberio Nerón (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tiberio Pandusa (general romano), *Il.* 10.
- Tíbris (antiguo nombre del Tíber), *R.* I A.
- Tigilas (véase Bannón Tigilas).
- Tigranes (padre, rey de Armenia), *Sir.* 48-49; 69-70; *Mi.* 15;

- 67; 78; 82-85; 87-88; 104-107; 114; (imagen de —), 117.
- Tigranes (hijo del anterior), *Mi.* 104-105; 117.
- Tigranocerta (ciudad de Armenia), *Mi.* 67; 84-86.
- tigurinos (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Timarco (sátrapa de Babilonia), *Sir.* 45; 47.
- Timarco (tirano de Mitilene), *Sir.* 65.
- Timoteo (médico de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 89.
- Tiquiunte (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-18.
- Tirio (apelativo de Hércules), *Ib.* 2.
- Tiro (ciudad fenicia), *Af.* 1; 89; *Sir.* 8.
- Tirreno (mar, entre Italia e Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1; (islas del —), *P.* 5.
- Tisca (país africano), *Af.* 68.
- Tiseo (ciudad de Macedonia), *Mi.* 35.
- Tisia (ciudad de Italia), *An.* 44.
- titos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- Toante (jefe de la embajada etolia), *Sir.* 12.
- tolistobeos (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tolomeo I Soter (hijo de Lago, un epígono y rey de Egipto), *Si.* I; *Sir.* 50; 52-54; 56; 62.
- Tolomeo II (Filadelfo, hijo del anterior), *P.* 10; *Si.* I; *Sir.* 65.
- Tolomeo Cerauno (hijo de Tolomeo Soter), *Sir.* 62-63.
- Tolomeo IV (Filópator, rey de Egipto), *Mac.* III, 1; IV; *Sir.* 1-5; 38.
- Tolomeo V (Epifanes, hijo de Filópator), *Sir.* 5.
- Tolomeo VI (Filométor, rey de Egipto), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 66-68.
- Tolomeo XI (Auletes, rey de Egipto), *Sir.* 51.
- Tolomeos (reinos de los —), *Mi.* 115.
- Tolunte (ciudad de Africa), *Af.* 18.
- Ton (ciudad de Africa), *Af.* 47.
- Tórax de Farsalia (el que enterró a Lisímaco), *Sir.* 64.
- Trace (heroína epónima de Tracia), *Mi.* 1.
- Tracia (país de Europa), *Mac.* IX, 5; XI, 1; *II.* 1; *Sir.* 1; 3; 6; 14; 23; 28; 38; 43; 53; *Mi.* 1; 56; 95; 102.
- tracios (habitantes de Tracia), *P.* 3; *Nu.* III; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 1; 6; 43; *Mi.* 1; 15; 57; (bitinios), *Mi.* 1; (del Ponto), *Mi.* 41.
- Trajano (emperador de Roma), *Ib.* 38.
- tralianos (habitantes de Tralles, en Lidia), *Sir.* 32; *Mi.* 48.
- Tralles (habitantes de —), *Mi.* 23.
- Traquea (Cilicia, zona costera de Cilicia), *Mi.* 92; (hombres de la —), *Mi.* 92; 96.



- Trebia (río de la Galia Cisalpina), *An.* 6.
- Triario (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77; 88-89; 112; 120.
- Tribalo (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- tribalos (tribu iliria), *Il.* 2.
- Tríbola (ciudad de Iberia), *Ib.* 62-63.
- tricorios (tribu galo-helvéctica), *Ga.* I, 3.
- Trifón (sobrenombre de Diódoto esclavo de la casa real seleucida), *Sir.* 68.
- Trifón (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- «trincheras fenicias» (denominación de los límites del imperio cartaginés), *Af.* 32; 54; 59.
- trocmos (tribu gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Troya (ciudad de Asia Menor), *R.* I, 1; *Af.* 1; 132; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 67; 102; (guerra de —), *Af.* 71; *Mi.* 53.
- Tulio (véase Anco Hostilio).
- Túnez (ciudad de Africa), *Si.* II, 3.
- turbuletes (pueblo de Iberia), *Ib.* 10.
- Turditania (región de Iberia), *Ib.* 16; 59; 61.
- turditanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 55.
- turios (habitantes de Turios colonia griega en Italia), *Sa.* VII, 1-2; *An.* 34; 49; 57.
- Turios (colonia griega en Italia), *An.* 35; 50.
- Turpilio (jefe de la guarnición romana en Vaga), *Nu.* III.
- Ulises (héroe griego), *Mi.* 53.
- Umbría (región de Italia), *An.* 9.
- usipetos (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Útica (ciudad de Africa), *Si.* II, 3; *Af.* 13-14; 16-18; 30; 75; 77-78; 80; 94; 110; 113-114.
- uticenses (habitantes de Útica), *Af.* 25; 114; 135.
- vaccos (tribu celtíbera), *Ib.* 51; 55; 59; 80; 81.
- Vaga (senado de —, ciudad de África), *Nu.* III.
- Valeria (mujer romana), *It.* V, 3.
- Valerio (M. Valerio Corvo, héroe romano y cónsul en el 343 a. C.), *Ga.* X; *Sa.* I, 1-2.
- Valerio, Lucio (tribuno militar), *Sir.* 18.
- Vario, Marco (general de Sertorio), *Mi.* 68; 70; 76-77.
- Vatinio (lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 13.
- Venus (monte de —, lugar de Iberia), *Ib.* 64; 66.
- Venus Elimea (templo de —), *Sir.* 66.
- Venusia (ciudad de Italia), *An.* 50.

- Vermina (hijo de Sifax), *Af.* 33; 59.
- Verso (jefe dálmata), *Il.* 25.
- Vespasiano (emperador de Roma), *Sir.* 50.
- Vesta (templo de —), *Ga.* VI; (estatua de —, en Caunio, Caria), *Mi.* 23.
- Vetilio, Gayo (pretor en Iberia en el 147 a. C.), *Ib.* 61-63.
- Veto (Gayo Antistio Veto), *Il.* 17.
- vetones (tribu de Iberia), *Ib.* 56; 58; 70.
- Veturia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Veturio (T. Veturio Calvino, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6.
- Veyes (ciudad de Italia), *It.* VIII, 1.
- Viriato (caudillo lusitano), *Ib.* 60-71; 73-76; (guerra de —), *Ib.* 63.
- Volas (guardia de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Volcacio (Volcacio Tulo, cónsul con Augusto), *Il.* 28.
- volscos (pueblo de Italia), *It.* I; III-IV; V, 1; 3; 5; *Af.* 58.
- Volumnia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Vulcano (en mitología, dios romano), *Ib.* 45.
- Yapigia (zona del sur de Italia), *An.* 15; 17; 33; 35-36; 45; 55.
- yapigios (habitantes de Yapigia), *An.* 49.
- yápodes (tribu iliria), *Il.* 10; 14; 16-19; 21-22.
- Yasos (ciudad de Caria), *Mi.* 63.
- yáziges (pueblos de la boca del Dnieper), *Mi.* 69.
- Yugurta (númida nieto de Masinissa), *Ib.* 89; *Nu.* I; III; IV-V.
- Zacinto (isla y ciudad en el Adriático), *Ib.* 7; *Mi.* 45.
- Zama (ciudad de África), *Af.* 36.
- Zeuxis (general de Antíoco), *Sir.* 33.
- Zenobio (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 46-48.
- Zoro (fundador de Cartago), *Af.* 1.

## ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL ... ..	7
1. Vida y obra de Apiano ... ..	7
2. El texto de la <i>Historia Romana</i> ... ..	27
BIBLIOGRAFÍA ... ..	41
PRÓLOGO ... ..	43
I. — <i>De la realeza</i> (fragmentos) ... ..	55
II. — <i>Sobre Italia</i> (fragmentos) ... ..	63
III. — <i>La historia samnita</i> (fragmentos) ... ..	70
IV. — <i>La historia de la Galia</i> (fragmentos) ... ..	88
V. — <i>Sobre Sicilia y otras islas</i> (fragmentos) ...	100
VI. — <i>Sobre Iberia</i> ... ..	106
VII. — <i>La guerra de Anibal</i> ... ..	189
VIII. — <i>Sobre Africa</i> ... ..	237
Sobre Numidia (Apéndice del libro <i>Sobre Africa</i> [fragmentos]), 356.	
IX. — <i>Sobre Macedonia</i> (fragmentos) ... ..	359
X. — <i>Sobre Iliria</i> ... ..	382
XI. — <i>Sobre Siria</i> ... ..	407
XII. — <i>Sobre Mitridates</i> ... ..	476
ÍNDICE DE NOMBRES ... ..	599